UPWG
056
RLV

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

DIRECTOR HONORARIO:
RAUL MONTERO BUSTAMANTE

AÑO VIII - AGOSTO DE 1945 - N.° 92

MONTEVIDEO — URUGUAY
1945

UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA
DEPARTAMENTO DE DOCUMENTACION Y BIBLIOTECA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA
Ministro Secretario de Estado:
DOCTOR DANIEL CASTELLANOS

REVISTA NACIONAL

LITERATURA · ARTE · CIENCIA

SUMARIO

Nº 92 — AGOSTO — 1945

Págs.

PEDRO BUSTAMANTE. — El valor cívico 161
JOSE MARTI. — Juan Carlos Gómez 171
JULIO HERRERA Y REISSIG. — Holocausto 179
ALEJANDRO CHRISTOPHERSEN. — Sobre arquitectura colonial 181
CARLOS MARTINEZ VIGIL. — Recordando tiempos viejos 185
JUAN ANTONIO ZUBILLAGA. — De «Estudios y opiniones» 189
MIGUEL VICTOR MARTINEZ. — Los fantasmas de Santa Teresa 200
JUAN CARLOS GOMEZ HAEDO. — Julio Herrera y Obes 225
ROGER D. BASSAGODA. — Acuña de Figueroa. Repeticiones, enmiendas, fuentes y otras notas sobre su obra 230
OTTO MIGUEL CIONE. — Inspiración 252
MARIO A. SILVA GARCIA. — El realismo de Meyerson 255
VIVIAN TRIAS. — Estética y psicología de los payasos 270
RAUL MONTERO BUSTAMANTE. — Lecturas. El poeta de la ciudad y del dolor 278

PAGINAS OLVIDADAS

CARLOS MARIA RAMIREZ. — La independencia nacional 287

SECCIONES PERMANENTES

REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — La Cancillería del Uruguay precisa su posición. — Creación de la Biblioteca del Ministerio de Instrucción Pública 292
REVISTA LITERARIA. — Sarah Bollo juzgada por Juana de Ibarbourou. — El «Círculo de la Crítica» llama a concurso. — «La Revista» de Julio Herrera y Reissig 301
REVISTA HISTORICA. — Las tratativas de paz de 1838. Las instrucciones a los delegados del gobierno del general Oribe 313
REVISTA ANECDOTICA. — La severidad del general Soler. — Batallón de Asoleados. — La astucia de Rivera. — Juanicó en las Tullerías 315
BIBLIOGRAFIA. — «La cabellera oscura», por Clara Silva; «Acercándose a ellos. Diez genios de la música al alcance de los niños», por Ernestina Corma de Kussrow; «Jorge Manrique. Fuentes bíblicas de sus coplas», por Eugenio P. Bergara; «Medio siglo de aeronáutica. Historia de la aviación en el Uruguay», por Juan Carlos Pedemonte 318

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

DIRECTORIO: *Presidente:* Dr. Carlos María Sorín; *Vice Presidente:* Don Andrés Martínez Trueba; *Vocales:* Don Enrique Givogre, Arq. Carlos Pérez Montero. Dr. Eduardo Jiménez de Aréchaga.
Gerente: Gualberto Mendioroz

La Caja Nacional de Ahorro Postal es una institución del Estado, y sus disponibilidades se invierten en la construcción de caminos, carreteras, mercados públicos y otras obras de beneficio general.

REVISTA NACIONAL
LITERATURA — ARTE — CIENCIA
Año VIII Montevideo, Agosto de 1945

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
Entró el 4/3/48
N.º 941

EL VALOR CIVICO (1)

No sin razón se ha dicho que los viejos son ricos en experiencia y en cuentos.

Por mi parte, dejando los cuentos para ocasión más oportuna, vengo, a falta de mejor cosa, a ofrecer en tributo al Ateneo del Uruguay el resultado de una parte de mi experiencia, haciendo votos porque en algo le aproveche.

Harto sé yo que en rigor todavía debería pagar porque se me admitiera la ofrenda, al menos en la forma en que la presento; pero confío que daréis las cuentas por chanceladas, cuando más no sea, por aquello de que a nadie debe exigirse lo que no tiene. Háseme pedido que hable, y hablo del único modo que yo sé hacerlo, y para adquirir el derecho de oir hablar mejor.

Una disertación sobre el valor cívico en los presentes tiempos, es cosa que más de cuatro podrán tomar a primera vista por una especie de anacronismo o una amarga ironía. Dos circunstancias, sin embargo, me han inducido a dar la preferencia a este tema sobre

(1) Esta conferencia fué dictada en el Ateneo del Uruguay, como entonces se llamaba el actual Ateneo de Montevideo, por el doctor don PEDRO BUSTAMANTE en los días más duros del gobierno dictatorial del Coronel don Lorenzo Latorre. Hablar sobre el tema elegido por el orador, y hablar en la forma en que él lo hizo, era en aquella época, dar el más alto ejemplo de valor cívico. Así predicaban aquellos hombres, con la palabra y con el ejemplo, dando lo mejor de su espíritu y exponiendo cuanto el hombre puede exponer, incluso la vida. La juventud de la época, movida por este ejemplo, iba al viejo Ateneo de la calle Soriano, a escuchar al ilustre orador principista, y, mientras los esbirros acechaban desde la calle, conmovida por la elocuencia con que eran proclamados los conceptos de moral política, de verdad democrática y de virtud republicana, prorrumpía en aclamaciones, y, embriagada de libertad, escoltaba luego al viejo tribuno. «Cuando aquel hombre de mediana estatura, escribió Antonio Bachini, modestamente vestido, de cuerpo enjunto y rígido, de ceño plegado y de ojo incisivo, atravesaba las calles de la ciudad, meditabundo, abstraído, sin buscar saludos, contestándolos a veces con un rezongo de protesta, el amigo, el adversario y el indiferente lo seguían con la vista, respetándolo y admirándolo, aunque sólo fuera en lo íntimo de cada conciencia». Así llegaba el filósofo hasta su modesta morada, donde, al decir del mismo escritor, «vagaba silencioso, con calma estoica, en la brumosa habitación que le servía de albergue, donde no se veían más muebles que los indispensables, sin alfombras, sin fuego aunque la temperatura bajara hasta congelar el agua, esperando los mejores tiempos en que tenía fe a pesar de su escepticismo político.» Tal fué la cátedra que levantaron los hombres de la generación preclara en aquellos días oscuros para las libertades públicas, y tal la forma en que ejercieron su fecundo apostolado.

UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA
DEPARTAMENTO DE DOCUMENTACION Y BIBLIOTECA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS

otros: primera, la índole de mi auditorio, compuesto principalmente de personas que atraviesan aquella estación de la vida, de todas, la más propicia para la germinación de las grandes virtudes públicas; segunda, la consideración de que cuando más debemos esforzarnos por levantar y prestigiar esas virtudes, es precisamente cuando ellas pierden terreno y parecen refugiarse, como en su último baluarte, en el fondo de algunas almas escogidas.

Señores: el valor cívico tiene su orígen en el patriotismo, fuente común de todas las virtudes del ciudadano, y bien pudiera decirse que no difiere del patriotismo asociado a la fe en ciertos principios de buen gobierno y a la perseverante voluntad de sostenerlos.

PEDRO BUSTAMANTE

Adoptar en el orden político y como único norte de nuestras aspiraciones y de nuestros actos la justicia y el bien común, sin dejarnos desviar, ni por los hombres, ni por los sucesos, ni por las sugestiones del propio interés, de la ruta que nos traza la conciencia, eso es hacer prueba de valor cívico.

Virtud que supone una pasión viva por el bien, tanta abnegación y una fuerza de voluntad tan superior, ya se comprende que no puede ser muy común, porque jamás lo son las grandes virtudes.

Por suerte, tampoco es eso indispensable para que sus buenos efectos se produzcan, siempre que ella se anide en el alma de aquellos a quienes está más especialmente cometida la dirección de los destinos sociales. Un solo acto de valor cívico, un arranque de viril resistencia al mal, al error, a la adversa fortuna o al peligro extremo, ha bastado a veces para conjurar las más serias catástrofes y aún para cambiar los destinos de un pueblo entero. Tan cierto es, señores, que las *fuertes individualidades son necesarias en la economía del mundo civil para sostener la razón, la virtud y hasta el heroísmo de las masas, que privadas de sus guías naturales, fácilmente se enceguecen y extravían!*

Bien que el océano de las virtudes cívicas diste mucho de ser inagotable, de ellas también puede decirse, como se ha dicho de la libertad, que jamás les faltaron ni les faltarán herederos. Aún en las épocas de mayor abatimiento moral y político y de mayor indigencia de hombres superiores, ellas han tenido sus representantes, y

los grandes caracteres imitadores y émulos que han seguido de más o menos cerca los pasos de los Sócrates y los Catón de Utica, de los Helvidio y los Traseas. En esto también, como en el órden físico, si los individuos escasean a veces, el tipo o la especie jamás se extingue.

Allí donde vemos un ciudadano honesto y firme en sus principios, en sus propósitos y en sus actos, allí decimos luego que hay un hombre dotado de valor cívico, un hombre de carácter; y es que, en efecto, el valor cívico tiene su punto de apoyo mucho más que en la inteligencia, y más también que en el corazón, en el carácter o fuerza de voluntad. La experiencia de todos los días ¿no nos dice que un excelente natural y un gran talento no siempre bastan a preservar a un hombre de la más extrema debilidad?

El valor cívico, como todas las grandes virtudes públicas, tiene también sus anales, en cuya utilísima lectura el corazón se expande y el alma se eleva y fortifica a la vez; y en esos anales, los grandes caracteres de la revolución de Inglaterra, por ejemplo, ocupan una bellísima página.

Era sin duda un gran carácter aquel Sidney, que todos los días de su vida llamaba a Cromwell *tirano*, al paso que todo un cardenal - ministro, Mazzarino, y todo un monarca absoluto enamorado de sí mismo y de su grandeza, *le Roi Soleil*, se descubrían la cabeza al hablar con los embapadores del regicida.

Eran grandes caracteres y ejemplos vivos de valor cívico aquel Bradshaw que cuando Cromwell acababa de despedir al Parlamento, le decía en su propia cara: «El Parlamento no está disuelto, y ni vos ni nadie, si no es él mismo, tiene autoridad para disolverlo»; aquel Ludlow, que amenazado por Cromwell de ser encerrado en la Torre de Londres, le negaba con toda flema el derecho de ordenar un arresto, diciéndole: «Un juez de paz lo podría, porque está autorizado para ello por la ley; vos, nó, porque no lo estáis», y que creyéndose culpable en conservar un empleo después de muerta la libertad, contestaba a la objeción banal que algunos le hacían de que abandonando su puesto, perdía la ocasión de hacer el bien, diciendo: «Ayudar a cooperar a la usurpación de ese hombre es un mal, y no quiero concurrir a un mal, aunque de ello pudiera resultar algun bien»; aquel Harison, que día a día afrontaba valientemente el odio y las iras del Protector; y aquel Lilburn, en fin, que mutilado por órden de Carlos I por haber osado escribir contra la tiranía, la desafiaba una vez más escribiendo contra ella en tiempo de Cromwell; mártir de la libertad bajo todos los poderes, dice Villemain, y tildado de espíritu quimérico y de insensato por aquellos que no pueden concebir la resistencia contra el más fuerte.

¡Qué pléyade aquella de ciudadanos y de grandes caracteres, señores! Y qué gloria, qué justo motivo de orgullo para una nación haberlos producido y saberlos comprender y admirar!

Y todavía después de ellos, la revolución de Inglaterra nos ofrece otros dos grandes modelos de valor cívico: el uno en aquel ilustre

patricio que preguntado cuando le conducían al patíbulo dónde estaba en aquel momento la vieja buena causa, respondió, llevándose la mano al corazón: *¡Aquí!* El otro en el gran Milton, que ha sabido arrancar a un moderno escritor, mediocremente liberal y nada lisongero, estas palabras que son también todo un apoteosis: «Si, hablad-me de esos hombres nacidos de pié, a quienes no doblegan ni amigos ni enemigos, que sobresalen en decir *nó*, y que serían capaces de mirar al sol mismo cara a cara. Rara es esa raza de hombres, tan rara que toca ya en lo ideal, y que la más bella nota de los líricos es el apoteosis de los obstinados. *Justum et tenacem*, cantaba Horacio... y en cuanto al *Paraíso perdido*, su héroe no es Satán; es, sí, el poeta mismo (oíd bien, señores) es Milton; Milton, viejo, pobre, ciego, cuyas últimas miradas han visto caer la república; Milton, perseguido y fulminado a la vez por los acontecimientos... pero inflexible como todo un pandemónium...».

Señores: felices, mil veces felices, aquéllos a quienes la posteridad puede tributar tales homenajes! Ellos no tendrán, por cierto, el favor de los poderosos, reservado para los espíritus débiles o las conciencias acomodaticias y dúctiles, y bien puede suceder que tampoco reciban en vida la aprobación de los contemporáneos, que no siempre aciertan a distribuir equitativamente sus coronas; pero en cambio tendrán lo que vale más aún: el rico galardón de una conciencia tranquila; legarán a sus hijos un nombre más que respetable, y más día, menos día, los venideros les harán la justicia què les nieguen los presentes.

Y no se crea que el coraje civil es privilegio exclusivo de las naciones populosas. No necesitaríamos remontar nuestro pensamiento a otras edades ni volver la vista a otras regiones para encontrar un grande ejemplo de valor cívico en un hombre que todos vosotros conocéis, al menos de nombre y por sus escritos: un hombre que se ha estrellado contra todos los caudillajes y todas las prepotencias personales; que ha combatido con su poderosa palabra todos los intereses inmorales, a la vez que pulverizado todos los sofismas de la casuística política, sin cortejar por un momento ni a gobiernos ni a pueblos, ni a amigos ni a enemigos, y lo que requiere un temple de alma superior a todo cálculo: un hombre, señores, que para poder salvar inmaculada su conciencia de ciudadano, no ha trepidado en atraer sobre su cabeza las iras de su propio país, o por lo menos en afrontar su amarguísima censura, y como él mismo lo ha dicho, en *renunciar acaso para siempre a descansar su frente y refrescar su espíritu bajo la copa de los árboles que plantaron sus mayores.* (1)

¿Conocéis muchos que hayan hecho otro tanto?—Dueño es cada cual de disentir de sus ideas y de sus opiniones; pero ¿quien osaría poner en duda su indómito coraje y su extraordinaria independencia de carácter?

Digo pues, con un gran publicista y político moderno, que la pri-

(1) Se refiere a Juan Carlos Gómez.

mera cualidad del hombre público, la primera de todas, no es el talento, sinó el carácter, y agregaré con él, que los prodigios del heroísmo, los triunfos del hombre de Estado y hasta las concepciones del gran capitán, dependen más todavía del carácter que del talento, y aún del genio mismo.

Los pueblos, señores, consciente o inconscientemente y bien que por lo común y por desgracia también algo tarde, vienen al fin a reconocer esta preeminencia del carácter sobre el talento. Ved, sino, el espectáculo, iba a decir el apoteosis que acaba de tener lugar en la vecina orilla. Treinta mil o más personas, con el luto en el corazón y la zozobra en el espíritu, acaban de rodear y de honrar muerto al que vivo fué para muchas de ellas un objeto de abominación o de odio, y el blanco de muchas invectivas y de no pocas calumnias. ¡Ah, señores! es que un sillón vacante o una tumba abierta tienen extrañas relaciones, rasgan muchas vendas, enseñan muchas cosas que se ignoraban por los más, y descubren abismos o peligros en que ni siquiera se había soñado. El vacío que las fuertes individualidades dejan en un pueblo no se mide bien hasta que ellas vienen a faltar, y ha sido preciso que la muerte arrebatase a su país a Adolfo Alsina para que sus conciudadanos todos, sin distinción de color o de matiz político, comprendieran que en la actualidad Adolfo Alsina era tal vez el eje sobre que giraba la máquina política de la República Argentina y para que le tributaran el merecido homenaje. Cierto que sin dotes intelectuales más que comunes, Alsina no habría podido llegar a tanta altura: pero si se examinan bien su conducta y sus actos todos como hombre de gobierno y de administración y como jefe de partido, fuerza será reconocer que sus mejores triunfos, los más fecundos en buenos resultados, y los que le aseguran un lugar al lado de las grandes notabilidades políticas que ha tenido su país, fueron la obra, más aún que del talento, del carácter.

Nuestra actual civilización con sus crecientes refinamientos, sus tendencias más que sensualistas, su espíritu eminentemente calculador y positivo no podía ser favorable a la vigorización de las almas ni a la formación de los grandes caracteres que no se amasan por cierto entre mullidos cojines o en estrados, banquetes y saraos, ni revolcándose en el oro. Así, por lo general, y salvo honrosas excepciones, si comparamos nuestros hombres de hoy con los de ahora treinta o más años, nos parecerán de escasa talla, y si los comparamos con la generación del año 10 o del año 25, acaso los hallaremos pigmeos.

Esto quiere decir, señores, que hemos perdido en energía de carácter y en virtudes cívicas tanto o más de lo que hemos ganado en sociabilidad, en luces y en *confort*. Y esto que digo de nuestro país, podría decirse también de todos los demás, porque causas universales o idénticas producen siempre y en todas partes idénticos efectos.

¿Será acaso la *manía*, común a tantos, de levantar lo pasado a expensas de lo presente, o bien un estado de exacerbación producido en mi espíritu por el espectáculo de nuestros actuales infortunios, será eso lo que me mueve a discurrir y a expresarme así?

No lo creo, señores, y no lo creo, primero, porque no soy refractario al progreso, ni desconozco lo mucho que en otros sentidos ha avanzado la humanidad en nuestro siglo; y segundo, porque a través del Océano llega hasta mis oídos el grito de alarma que de tiempo en tiempo arranca a los moralistas, así de Europa como de América, el espectáculo aterrador de una relajación progresiva en las costumbres, de una perversión cada dia más acentuada del sentido moral, y de una creciente enervación de las almas y de los caracteres.

Pero en todo caso, y sean o no fundadas mis opiniones a tal respecto, no haya miedo de que ellas se contagien, pues el peligro hoy no viene de los *descontentos*, sino antes por el contrario, de los *satisfechos*. Los descontentos, o como suele llamarlos la gente de buen humor en sus ratos de indulgencia, los *misántropos políticos*, son por lo comun demasiado amargos para que puedan ser medianamente seductores, y a esta hora parecen ya, como aquel Labieno, contemporáneo del *buen Augusto*, habitantes desprendidos de otro planeta que pugnasen por volver a su centro.

Una circunstancia que habrá de dificultar siempre la formación de los grandes caracteres y la difusión del valor cívico es el disfavor con que la generalidad de los hombres mira, en la vida al menos, a los Catón, Sidney, Milton, etc.; disfavor que, mucho más que por ese aire de severidad y de altivez tan comun en los hombres independientes y que bien pudiera no ser sino al exceso de sus cualidades, se explica por su ninguna contemporización con los intereses egoístas, que más o menos pululan siempre en el seno de toda sociedad, y por cierta mezcla de repulsión instintiva y de secreta envidia hacia las superioridades de todo género que sin cesar ulcera el corazón de las multitudes, sobre todo en las épocas de decadencia moral o política, o cuando la sociedad obedece a las malas inspiraciones de la democracia niveladora.

Con efecto, la virtud cívica es de suyo austera, no hace la corte a nadie, ni a gobiernos, ni a pueblos; no consulta los astros, ni interroga el vuelo de las aves, ni pregunta de qué lado sopla el viento para formular sus decisiones; no conoce otro lenguaje que el de la verdad y franqueza, y esto hace que su comercio no sea amable ni atrayente para la opinión pública, que suele pecar por intolerante, que a menudo toma por un conato de rebelión todo principio de independencia, todo disentimiento del comun sentir, hasta en los más arduos y complicados problemas del órden político o social: y que a los que osan resistirle valientemente y se atreven a decir *sí* cuando ella dice *nó*, o *nó* cuando ella ha dicho *sí*, les lanza el anatema.

La impopularidad,—he ahí, señores, la piedra de toque del valor cívico; por que ya se comprende que aún para las almas mejor templadas y los caracteres mas independientes, no es la misma cosa divorciarse de un gobierno o romper con un grupo, pequeño o grande, de hombres, que divorciarse de todo un pueblo; y lo es tanto menos, cuanto que la excomunión popular suele extenderse hasta la interdicción del agua y el fuego... Es así como se venga la opinión pública de aquello que no logra avasallar.

Pocos son los que se doblegan y sucumben a los primeros embates del huracán, y contados los que por solo el amor del bien y de su país, posponen las buenas gracias de la multitud a la aprobación de la propia conciencia, decidiéndose a beber la cicuta, y en último caso diciéndose a sí mismos: *He cumplido con mi deber y basta.*

Pero el que esto hace, el que resiste a la prueba, ese queda ya definitivamente encorazado contra todos los peligros, presentes o futuros, y todos a una, así los que le quieran como los que nó, todos dirían de él: *He ahí un hombre de carácter.* Ahora bien, señores, tener así, a falta del favor de los muchos, el respeto de todos ¿no os parece ya un principio de compensación?

Para ser hombre de carácter, mucho es ya quererlo; pero no olvidemos que en esto como en todo, la materia prima la pone la naturaleza. Antes, pues, de lanzarnos a la carrera, la prudencia exige que nos interroguemos a nosotros mismos y calculemos bien nuestras propias fuerzas, porque es con ellas que hemos de hacer la jornada, y no con las del vecino. Un valor cívico de parada, una energía de carácter que sucumbiese a la primera prueba, sería, en verdad, la cosa más ridícula del mundo, y bien se ha hecho en bautizar semejante valor con el nombre de *quijotismo político.* Lo que importa es no parecer enérgico, sino serlo, y agregaré, que el que no lo sea, por lo menos en un cierto grado, bien hará en renunciar a la vida pública.

Epocas hay, sin duda, en que la fatalidad del destino, la fuerza de los acontecimientos, más poderosos siempre que la voluntad del hombre, por fuerte que ésta sea, o la comun inercia de los espíritus, le imponen al valor cívico un rol puramente pasivo; pero no hay ninguna tan desgraciada, ni hay tampoco consideración alguna de lugar, de tiempo o de circunstancias que baste, no digo ya a justificar, pero ni a excusar siquiera las apostasías o la participación con el mal. *Cómplices* de los crímenes que mancharon la gran revolución francesa fueron los miserables que se asociaron a sus perpetradores o instigadores, y *cómplices* de los Napoleon III, los que ayudaron al infame parricida a asesinar a la república, a hacer de su cadáver un escabel para elevarse al trono, a sustentar su ominoso Imperio y a humillar a la Francia.

Aquéllos que, olvidando la saludable máxima de Ludlon, concurren a lo malo en la esperanza, dicen ellos, de que su concurso pueda producir algunos bienes o evitar muchos males (pequeños monstruos de vanidad u orgullo, y de ignorancia también, si creen lo que dicen,

y grandes monstruos de ambición y de hipocresía si no lo creen), aquéllos digo, juegan una partida en que tienen siempre que salir vencidos, cuando no materialmente, moralmente; y en las luchas políticas puede decirse que la fuerza moral es todo para la causa que representa el bien, por lo cual jamás debe ella desprenderse de esa fuerza si no quiere suicidarse. Solo Dios o la Providencia, por una especie de alquimia que nosotros no conocemos, solo Dios puede hacer surgir el bien de las entrañas mismas del mal. Si lo pudiera el hombre, la moral carecería de toda sanción en la tierra, y no se concibe lo que entonces pudieran ser las sociedades humanas. — Nó, no se llega al bien por el camino del mal.

Yo bien sé que otra es la opinión y la regla de conducta práctica y diaria de los *hábiles,* de los pequeños Maquiavelos, herederos legítimos o genuinos representantes de la doctrina del Maestro, ya que no de su genio; pero para saber qué autoridad tengan las opiniones de esos tales y qué fe merezcan sus palabras, estudiad, os ruego, la historia de su vida, observad el rol que jugaron en los acontecimientos que se linsogeaban de poder dirijir o encaminar a favor de su mucho talento, su ciencia infusa, su gran táctica y su nunca visto *savoir faire;* mirad, en seguida, al término de la jornada, o si lo preferís, el fin de la pieza, y por último cantad sus triunfos...

¿Triunfos?—No los hay, señores. Lo que hay, si, son grandes y repetidos desastres para los pueblos que les creyeron, y descrédito y algo más que descrédito, para ellos mismos...

Una vez inducido un hombre o un partido a entrar por el aro fatal de los acomodamientos, un primer error lo empuja a otro error, una falta a otras, y otras, porque la fecundidad del mal es prodigiosa; y así, de renuncio en renuncio, de claudicación en claudicación, de caída en caída, váse rodando hasta tocar el fondo del abismo, y piérdese al fin, no ya el valor cívico, sino otra cosa más preciosa aún, y si posible es, más necesaria para los que suben que para los que bajan la montaña de la vida: *el pudor cívico.*

En definitiva, a eso conducen las debilidades y las capitulaciones con el mal; a eso, y a extraviar la razón y corromper la conciencia de las masas populares, porque, señores, ¿qué queréis que haga el infeliz soldado, cuando los generales le enseñan y le abren con su propio ejemplo el vergonzoso camino de la deserción?

En la carrera que en un día no lejano habréis de emprender, tenedlo por cierto, mis jóvenes amigos, no han de faltar Satanes que os ofrezcan también el reino de la tierra mediante una prudente transacción, en que empezaríais por abatir vuestra bandera y romper o mellar vuestra espada. A esos, responded como Jesús al gran tentador, o si preciso fuese, como Ulises a las sirenas, haciéndoos atar al mástil de vuestro navío para mejor escapar a sus pérfidas caricias y seductoras promesas. Entre derribar un edificio y apuntalarlo, hay un medio que está al alcance del común saber, y ese es el único medio salvador para el que no puede hacer el bien ni concurrir a él.

Por numerosas que las defecciones pudieran ser, nadie tema quedarse solo, que no hay soledad comparable al suplicio del que procura esquivar la mirada de los hombres dignos, seguro, o receloso al menos, de leer en sus ojos la reprobación de su propia conducta. Y luego, nunca está solo el que está con la verdad y la justicia, ni mal acompañado el que vive en paz con su honor y su conciencia.

Haz lo que debes, suceda lo que suceda: ¿no es este el precepto de la sabiduría estóica y de la moral cristiana tambien? Pues sea él la base fundamental de nuestro plan de vida, en política como en todo. Los mejores cálculos engañan a menudo, la conciencia nunca.

La generación que os ha precedido en el escenario político se retira de él estenuada tras una labor larga y penosa, y más acaso que otra alguna, acongojada, pero no desesperanzada. ¿Sabéis por qué? Porque en medio de todo, y a despecho de todo, ella deja más de un ejemplo de valor cívico, de abnegación patriótica y de consecuencia política que imitar, y ha sembrado en su camino una semilla que confía será fructificada por los cuidados y cosechada por la mano de las generaciones que la han de suceder. Así acontece siempre, señores: sembrar y recoger son demasiadas operaciones para una sola generación. La que recoge no es nunca la que sembró, y, ¡gracias todavía cuando la siembra no exige el concurso de varias de ellas!

Para levantarse de su postración y encaminarse a mejores destinos, nuestro país necesita, más todavía que hombres de extraordinario talento, hombres de verdadero buen sentido y de buena voluntad. Jorge Washington no fué otra cosa que el tipo más acabado de esa especie de hombres, y entretanto él ha eclipsado a todos los grandes genios que le han precedido o sucedido en el mundo; ha fundado la independencia y la libertad de su país; ha echado o ayudado a echar en él los cimientos de un poderoso imperio, objeto hoy de la admiración de los más, de los celos de algunos, y ha dado no solo a su patria sino al mundo entero, el grande y saludable ejemplo de la practicabilidad de la república democrática, que sin él acaso sería todavía hoy una utopía para muchos y un problema para todos.

Ya lo veis, señores: la verdadera grandeza; el verdadero genio político; el que se sobrevive en sus propias obras, en el duelo de sus contemporáneos, y en los recuerdos, en la admiración y el reconocimiento de las edades póstumas, no es el genio teatral y deslumbrador, pero egoísta y solo fecundo para el mal, de los Césares y Napoleones, funestos en vida y hasta después de muertos, sino antes bien aquél que se pone sin reserva al servicio de las ideas justas, de los sentimientos generosos y de los intereses legítimos de los pueblos que le confían sus destinos.

Dejad a los sofistas políticos inventar sistemas quiméricos o extravagantes, adulterar la historia y apurar los recursos de su ingénio para forjar títulos a la opresión, absolver las empresas y los

actos más condenables e insultar por su propia cuenta o por la ajena a los pueblos que sus ídolos tiranizaron o pueden tiranizar; hay en el mundo una tradición de verdad y de justicia que ni tiranos ni sofistas podrán jamás borrar, y dígase y hágase cuanto se quiera, la conciencia humana ha de protestar eternamente contra las usurpaciones y los crímenes *por mayor* de esos grandes bandidos coronados, tan injustamente llamados grandes hombres.

Lo sé; todos no pueden ser Wáshington; pero no hay nadie que no pueda buscar inspiraciones para su propia conducta en lo que él quiso para su patria y supo hacer por ella, y que no pueda amar y ser útil a la suya.

Una palabra más y concluyo.

Hay una aristocracia natural, que solo la mediocridad o la envidia podrían repudiar, una única nobleza legítima y a la que nuestra democrática Constitución ha dado una consagración expresa: la de los talentos y las virtudes. Vosotros, amigos míos, nobles ya por el talento, por la ciencia, que lo desarrolla, lo pule y lo disciplina, sedlo también para que nada os falte, por el conjunto de las virtudes cívicas, y para ello procurad, sobre todo, educar y fortificar la voluntad, que es la base del carácter; pero sin olvidar que la fuerza misma de voluntad deja de ser una cualidad si no va acompañada de la consecuencia de principios, de la moralidad de medios y de la pureza de propósitos y fines. No basta amar el bien; es necesario, además, amarlo y practicarlo con pasión, y si posible es, identificarse con él.

PEDRO BUSTAMANTE.

JUAN CARLOS GOMEZ (1)

Hay seres humanos en quienes el derecho encarna y llega a ser sencillo e invensible, como una condición física. La virtud es en ellos naturaleza, y puestos frente al Sol, ni se deslumbrarían, ni se desvanecerían, por haber sido soles ellos mismos, y calentado y fortalecido con su amor la tierra. Los apetitos y goces vulgares les parecen crímenes; los hombres que viven para su placer, insectos; la intranquilidad de sus amores, es lealtad a un tipo de amor buscado en vano; sus goces blandos y espaciosos como la luz de la luna; sus dolores bárbaros y penetrantes como aquellos hierros de punta retorcida, que no salen de la carne rota sino desgarrándola y amontonándola en escombros rojos. Aman por cuantos no aman; sufren por cuantos se olvidan de sufrir. La Humanidad no se redime sino por determinada cantidad de sufrimiento, y cuando unos la esquivan, es preciso que otros la acumulen, para que así se salven todos. De estos hombres fué ese magno del Plata, que acaba de caer, no en la tumba, sino en la apoteosis. Dos pueblos, que no son más que uno, acompañaron a la sepultura su cadáver. Muerto, nadie dice que lo está; que todos lo sienten vivo. Los padres de aquellas tierras hablaron como hermanos al borde de su sepultura. Era llanto de los ojos y festejos de las almas. Es dado a

JUAN CARLOS GOMEZ

(1) Esta semblanza de Juan Carlos Gómez es casi desconocida en nuestro país. La escribió el ilustre libertador y escritor cubano JOSE MARTI a raíz de la muerte del cantor de la Libertad. Fué publicada por primera vez en el periódico «La América», de Nueva York, en Julio de 1884, y ha sido reproducida en el tomo IX, *Nuestra América*, segunda parte, páginas 331 a 342 de las «Obras de Martí», edición de Gonzalo de Quesada. Las afinidades espirituales que existieron entre aquellos dos hombres preclaros, que, a sus condiciones de políticos y tribunos agregaron el excelso don de imprimir inmarcesible belleza a cuanto salía de sus plumas, permitió al prócer cubano penetrar el carácter del prócer oriental y trazar la hermosa semblanza en que éste aparece con todo el prestigio y la autoridad de su jerarquía moral e intelectual. El libertador de Cuba, que estuvo unido por vínculos estrechísimos al Uruguay, cuya representación ejerció con singular dignidad y brillo, agregó con esta bellísima semblanza un título más a la veneración y al afecto que nuestro país siente por el grande hombre de la patria antillana que legó a América con su vida, su obra y su holocausto el más alto ejemplo de amor a la Libertad y a la Democracia .

ciertos espíritus ver lo que no todos ven; y allí se vieron como juramentos hechos al cielo azul por espadas de oro; y lágrimas con alas. De esa manera ha sido sepultado, en hombros de todos los hombres buenos del Uruguay y la República Argentina, el que a los dos pueblos trabajó por unir, y en su corazón caluroso los tuvo juntos siempre; porque, como todo espíritu esencial y primario, que por merced de la creación arranca directamente sus ideas de la Naturaleza, no entendía que razonsuelas transitorias pudiesen estar por encima de las generosas razones naturales. Para otros la Tierra es un plato de oro, en que se gustan manjares sabrosos; y los hombres, acémilas, buenas para que los afortunados las cabalguen. Juan Carlos Gómez, que es el que acaba de morir, miraba a cada hombre como una porción de sí mismo, de cuya vileza era responsable, en tanto que hubiese trabajado ardientemente para remediarla. El amor era su ley; y para él, la Tierra entera debía ser un abrazo.

Sus versos flamean; sus párrafos son estrofas; su vida fué de polémica grandiosa. Parecía singular caballero, de blanca armadura, que a anchos golpes de espada lumínea defendía de la gente invasora el templo de la virtud abandonada. Porque no hay que estudiar a Juan Carlos Gómez como persona local y de accidente, que devuelve las luces que recibe y brilla en su tiempo porque lo refleja, sino como persona propia, que trajo luz consigo y no vivió para acomodarse a su época, sino para impedirle que se envileciera, y para enderezarla. Para él no hubo más templo digno de ver de rodillas al hombre que la Naturaleza; y vivió comido de sueños del Cielo y amores humanos. No cabían tampoco sus pensamientos en los moldes comunes, y creó sin sentirlo una prosa encendida y triunfante, que no parece de palabras concebidas y dadas a luz en dolor, como en él fueron, y en todo escritor honrado y sincero son: sino a manera de ríos de oro de solemnes ondas, que con natural majestad ruedan, agólpanse un momento —para quebrarlo, u horadarlo, o saltar sobre él—, en torno al obstáculo que hallan al paso; y siguen su camino victoriosas, como si hubieran dejado tendido por la Tierra, un estandarte. Hizo urna magnífica a su espíritu con su lenguaje fulguroso.

Los hechos de su vida quedan para biógrafos menudos. Nació en el Uruguay, cuando éste era del Brasil, en los tiempos penosos de la Cisplatina, y aunque apenas tenía cinco años cuando la Banda Oriental se salió de los brazos lusitanos, el pensamiento de la pasada esclavitud de su patria, fué tan vivo en aquella alma nacida a la epopeya, que llevó durante toda su existencia la dolorosa memoria, como hubiera llevado un golpe en la mejilla. Estuvo en Chile. Vivió poco en su patria. Pasó la mayor parte de su vida en la República Argentina. Jamás obró por el provecho propio, sino porque no se mancillase el decoro humano. Sentía en sí al hombre vivo, y cuanto atentaba a la libertad o dignidad del hombre le parecía un atentado a él, y echaba sobre el ofensor su cólera magnífica. En los diarios escribió su poema: en *El Nacional;* en *Los Debates.* Con igual ánimo

imprecaba al hombre horrible que tiñó en sangre a Buenos Aires hasta los campanarios, y los árboles del campo hasta las copas, que a aquellos de su bando que, luego de abatir el poder del criminal en Monte Caseros, quisieron aprovecharse en demasía de su triunfo. Cuanto hizo, nació de su pureza. Por donde iba, iba un pabellón blanco abierto. Del lado del derecho pasó toda su vida. Y más que de otros, sufrió de dos males: el de vivir, como un espíritu superior, entre la gente usual; el de vivir, dotado de un alma angélica y exquisita cultura, en una época embrionaria.

¡Oh, pena prolongada, incurable y cruentísima, la de un hombre de luz ayuntado a un pueblo que acababa de salir del seno de la fiera! ¿Quién no se maravilla, que piense hondo, de que con tanta prisa se estén nuestras nacionalidades de América fortaleciendo y transformando? ¿Qué tuvieron al nacer, sino indios desnudos, adoloridos y enajenados, al servicio de un señorío arrogante y frailesco, el que, como quien vacía la luz a torrentes, unos cuantos jóvenes generosos, con la enciclopedia en el cerebro y Wáshington en el alma, se vaciaron? ¡Qué manos, dignas de ser moldeadas en bronce y puestas en las plazas públicas a recibir los besos agradecidos de sus descendientes; qué manos no hubieron de ser aquéllas que de tierra tan ruin levantaron, a que el tiempo las puliese y la sangre las animase, estas firmes estatuas! Quedaron en lucha, a la hora de la libertad, el hombre directo y genuino de la tierra, impetuoso y selvático, y el caballero de salón y libros, en cuyo espíritu brioso, nutrido del propio suelo, asentábase, aquilatada por todas sus experiencias y dolores, el alma europea. Y fué la lucha entre el apetito, que es la primera expresión humana, y la última, que es el derecho. ¡Qué trabajo, el de ir acomodando los empujes rústicos de la naturaleza rudimentaria e inculta a las sublimes concepciones y amorosos desvaneos de las sociedades más adelantadas! ¿Cómo, sin convulsiones y catástrofes? ¿Cómo, sin sacudimientos tremendos y dolor enorme, concertar en un breve número de años estos dos elementos diversísimos, y del agraz sacar vino, sedoso, y saltar en una mitad del siglo del hombre embrionario, batallador y egoísta de la Naturaleza, al hombre desinteresado pacífico de la civilización? ¡Enseñad, enseñad, pueblos de América, como timbres de honor y certificados de grandeza, vuestras guerras y desgracias!

Nuevo es el problema americano, y más difícil que otro alguno, pues consiste en unir de súbito, lo cual no puede ser sino de modo violento, los extremos de la civilización, que en todo el resto de la Tierra se ha venido naturalmente edificando. De la rudeza patriarcal, por despacioso desenvolvimiento, los pueblos del mundo han venido espiritualizándose y puliéndose, y a su hora natural apareciendo en el árbol humano, después del riego costoso, las flores y frutas. ¡Y a los americanos se nos pide que, contra historia y naturaleza, pongamos los paramentos de oro fino al caballo que trae aún en las crines los olores nuevos de la selva! A bien que, por fortuna, el sol de

América es mágico, y como solar la mente americana; ¡y lo estamos haciendo!

Pero de este torneo maravilloso, en que a la arremetida de la lanza de a caballo oponen los contendientes, como un escudo, una idea, y están echando atrás la lanza; de este comercio de los caudillos fuertes que triunfan, imponen y pagan, y los hombres inteligentes, siempre al principio vencidos, que, por falta de ajuste entre sus conocimientos y tendencias superiores y el estado elemental de sus pueblos, viven en ellos como sin alimento ni trabajo propio; de este contacto del vencedor de guerra que corrompe, y el vencido de paz, que por su misma condición de inteligencia ama la vida holgada y fastuosa, o necesita de todos medios de vida; del aflojamiento en que en presencia de la fuerza y la riqueza caen, aunque la Naturaleza las haya marcado con su sello de luz, ciertas almas; de todos estos lances e irregularidades de nuestro problema americano, habían de originarse apostasías, miedos y vilezas grandes. Cual por deslumbramiento, cual por amor a los goces de la fortuna, cual por poquedades de ánimo, era frecuente que, como envuelve el toreador, para distraer al animal, su espada de matar en una capa roja hubiera hombres de mente que diesen color de idea a los látigos y a las espadas; y pusieran la cabeza, como los cortesanos desnudos de los reyes de África, a los pies, a menudo ensangrentados, de los caudillos vencedores. Vuelcos de alma sentía Juan Carlos Gómez contra toda esa traílla de gentes miedosa o traidora; y todavía vibra su pluma sobre las frentes que marcaba. Era en él el decoro como el pudor debe ser en las mujeres; y resentía toda tentación a su pureza y a la ajena, como resiente la sensual solicitud de un galán de calle una mujer honrada. Mientras mayor amenazaba ser este desvío de la virtud y desconcierto moral que fuera de sí veía y padecía en si, como si fuese llaga encendida que le consumiera el cuerpo, era mayor su enojo sagrado, su discurso más alto y seguro, su polémica más avasalladora y animosa. Trozos de rayo, y no palabras, le salían de la pluma. Si le contendían, pronto estaba él solo, triunfante, como que peleaba en él el derecho, entre ideas cadáveres.

Que erró alguna vez, ha debido ser; nunca por interés ni por pasión sino por engaño honrado. Un dolor parecido al frenesí le causaba la merma de la virtud en los hombres de su pueblo, y se le iba entrando por el alma la dolorosa aflicción que se la sacó al cabo del cuerpo. Porque vivía penetrantemente enamorado de la pureza y hermosura; y quedaba herido de todo golpe que sobre la faz de la tierra se asestaba el decoro humano. Es así la virtud, que, distribuída por el Universo equitativamente, siempre que en un espacio o localidad determinada falta en muchos, en uno sólo se recoge, para que no se altere el equilibro y venga a padecer la armonía humana; en uno solo, que el honor que en los demás escasea amontonan en sí, y adquiere de ello profética indignación y elocuencia resplandeciente; y es todo vergüenza, por faltar en los demás; y es todo meji-

lla. De aquí, que en las épocas decorosas de libertad y paz sea menor, o menos perceptible, el número de hombres extraordinarios, por estar en ellos distribuídas entre todos las condiciones que, cuando es costoso poseerlas, se recogen en los espíritus sublimes, como en la tempestad una bandera en su asta. Ni la serpiente pudo nunca morder en la lima, ni la tentación en Juan Carlos Gómez. ¡Y sólo los que se los han sacudido de los hombros, como un manto de espinas encendidas, saben lo que cuesta rechazar los halagos de los tiranos!

Sin que dejara ese de ser motivo perpetuo de amargura y contienda para ese caballero de la virtud, duro y centelleador como el brillante, un nuevo dolor, tal como si sintiese que Mesalina se sentaba en su mesa de familia, cayó, como una mortaja, sobre su alma. La prosperidad que no está subordinada a la virtud avillana y degrada a los pueblos; los endurece, corrompe y descompone. Del descubrimiento de la ilimitada y fácil riqueza de su territorio, y del saludable afán de buscar satisfacción a las necesidades de la vida, no en el tahalí de un capitán afortunado, sino en las fuerzas de la naturaleza, se engendró naturalmente en la República Argentina un ardoroso espíritu de empresa que, con los beneficios que empezó a dar al punto, y el gusto por la elegancia y la belleza, en todas nuestras tierras espontáneo, creó pronto un vivo amor al fausto, que es afición que en todos los pueblos ha puesto siempre en peligro el decoro. A cada carácter que con las nuevas solicitudes se enturbiaba; a cada caída o vacilación de un ciudadano útil; a cada muestra del predominio del interés en las relaciones usuales, se estremecía aquel anciano de barba gris, límpida frente y ojos penetrantes y melancólicos, como si viera ya, el cinto desatado, el seno ardiente y enjuto, y en el cabello seco las flores corrompidas, reclinada a su patria infeliz, junto a la mesa llena de jarros de vino envenenado, en la litera de la orgía romana. A exaltadas imaginaciones y desconfianzas enfermizas le llevaba aquel nobilísimo desasosiego, y el pesar de creer que no podría detener este peligro le fué enflaqueciendo las fuerzas y avecinándolo a la muerte; por ser el morir de miedo ante la debilitación de la virtud, remate propio de aquella limpia vida.

Pero estas cosas no parecen, ni deja de haber quien las guarde. La perla está en su concha, y la virtud en el espíritu humano. Afírmase siempre —por la soledad, náusea y hastío que el fausto desnudo produce—, la espiritualidad de la existencia. De la tumba en que parece sepultado, se alza con nueva fuerza el espíritu de amor, de desinterés y de concordia. Cuando los gozadores y egoístas, alegres de no ver ya en pie a quien con su exquisita pureza los molestaba y ofendía y por todas partes les iba detrás como un rayo de luz, vienen cantando, con su copa de champaña en las manos, del brazo de sus mancebas de regaladas carnes y suelta cabellera, a regocijarse frente a la tumba de aquel testigo enojoso, hallan en pie sobre la tumba, armado de coraza radiante, a un hombre nuevo, con el estandarte del que murió enhiesto en las manos. La virtud crece. El honor humano es impe-

recedero e irreductible, y nada lo desintegra ni amengua, y cuando de un lado se logra oprimirlo o desvanecerlo, salta inflamado y poderoso de otro. ¡Ni qué eran, más que un ejército de guardianes, los hombres ilustres y conmovidos que, en procesión seguida de gran número de gente, acompañaron a Juan Carlos Gómez a su tumba!

Cuanto recuerda y honra, cuanto ama y piensa, cuanto crea y esculpe, cuanto prevé y prepara, cuanto enseña y estudia, cuanto anda y protesta, cuanto labora y brilla en la República Argentina y el Uruguay, ante el cadáver de Juan Carlos Gómez estaba. En las calles, la muchedumbre silenciosa. En el cementerio, como el mejor tributo, leales damas. ¡Flores fueran las letras de la imprenta, y nosotros dignos de ofrecerlas, y por ese homenaje exquisito y valeroso se las ofreceríamos! Hasta las gentes comunes e indiferentes miraban con respeto y recogimiento el cortejo funerario y el carro de coronas que iban en él; y se inclinaban los que todo lo sacrifican a la posesión de la fortuna, al paso de aquel que vivió y murió en pobreza por no sacrificarle nada; ¡cuando todo género de holguras le hubieran venido de torcer alguna vez la pluma! Odian los hombres y ven como a enemigo al que con su virtud les echa involuntariamente en rostro que carecen de ella; pero apenas ven desaparecer a uno de esos seres acumulados y sumos, que son como conciencias vivas de la Humanidad, y como su médula, se unen y aprietan en sigilo y angustia en torno del que les dió honor y ejemplo, como si temiesen que, a pesar de sus columnas de oro, cuando un hombre honrado muere, la humanidad se venga abajo.

¡Oh, y qué armoniosa y soberana inteligencia acababa de volar de aquel hermoso cráneo! ¡Con qué claridad vieron sus ojos que la vida es universal, y todo lo que existe mero grado y forma de ella, y cada ser vivo su agente, que luego de adelantar la vida general, y la suya propia en su camino por la Tierra, a la Naturaleza inmensa vuelve, y se pierde y esparce en su grandeza y hermosura! Como a madre quería a la Naturaleza; que tal hijo no había de tener madre menor. En un cajón de pino mandó que le enterrasen, para que su cuerpo entrara más pronto en la tierra; que su estoica virtud nunca necesitó de eclesiástico estímulo, ni de futuro premio. ¡Cierto aplauso del alma, y cierto dulce modo interior de morir, valen por todo! De pie estuvo toda la vida; ni acostado jamás, ni encorvado. Por la luz tenía un amor ferviente; y no amaba la noche sino como seno del día. Perseguía con los ojos sedientos un ideal de pureza absoluta, y tenía aquella ternura femenil de todas las almas verdaderamente grandes; y, de no ver a los hombres tan puros como él quisiera, una tristeza que parece desolación. Campea mejor su pensamiento artístico en los peligros amplios y gallardos de la prosa que en la estrofa poética, por más que en analogía con su espíritu y el cielo y el río que veían sus ojos fuera su estanza usual ancha y pomposa; más se ve bien su alma en sus versos; y ya es en ellos guerrero pujante, ya paje tímido y sencillo enamorado de su doliente castellana; ya cru-

zado que pone a los pies de su señora su casco hendido y su bandera de colores; ya alma arrebatada y altiva que desdeña y rechaza a las interesadas e insensibles, y a la belleza inútil que no sabe consumirse en el amor, y como una copa de ámbar en los altares, expirar envolviendo en sus perfumes al ser que ama. Vése en todos sus versos, como en onda confusa, la idea gigantesca: se ve el lomo del monstruo, que sólo de vez en cuando alza, colgada de olas, la cabeza divina. La tristeza, que era en él lo más hondo, le inspiró sus más acabadas estrofas; porque venía en ellas el pensamiento tan verdadero y seguro, que se plegaba a él, vencida, la forma, como a un coloso un carrizo. Y tiene a veces versos que parecen columnas de mármol blanco y elegante que alzan al cielo el capitel florido. A la Tierra la imaginaba llena de luz; a los hombres, con alas. Sentía náusea del placer frívolo, y odio de sí por haberlo gozado. Cayó en exageraciones románticas, porque éstas eran en su tiempo el símbolo y ropaje de la libertad, y una revuelta saludable contra la literatura de peluca y polvos, sustituída de prisa, en tanto que se adquiría el conocimiento de la sana e inspiradora realidad, por una especie de realidad imaginaria; se desbordaba la inspiración romántica por los versos, como mar sacado de madre por las playas, y hacia colosales travesuras, y daba al Sol magníficos reflejos, para evaporarse ¡ay! casi toda, por falta de esencia real y condensación en moldes sólidos; templo fué de oro y piedras preciosas, levantado en columnas de espuma. Pero aquel superior sentido suyo de armonía y casto disgusto de lo vano y hojoso, trajeron pronto a Juan Carlos Gómez, con lo sincero de sus penas, a más vigoroso estilo poético, que solía alzarse, por lo ceñido y conciso, a verdadera majestad. La de su vida fué más igual, eficaz y serena; era de los que tienen a la vez la visión de lo por venir y la prudencia del presente, y por aquélla viven, empujados y refrenados por ésta, sin que admitan que las transacciones por la inmoralidad, por mucho que se barnicen y disculpen, sean eficaces para los pueblos, que por ellas ven pospuestos sus intereses a los de los que van conduciendo sus destinos, ni sean honradas en quienes las cometen. Entendía que se fuese por la justicia relativa a la absoluta, pero no que, mermando aquélla, y con lo injusto transigiendo, se acelerase el triunfo de la justicia absoluta. Se le inflamaba el rostro y se le encendía la pluma cada vez que veía en peligro el honor del hombre, y caía sobre el transgresor, como si de la Naturaleza hubiera recibido encargo de abatir a todos los enemigos de la virtud. Nunca tuvo que pedir a Dios, como el árabe, que le hiciera ir por el camino recto, porque él iba y se detenía sólo a echar su luz, para detenerle o denunciarle, sobre el que se salía de él. Y en su sepultura pudieran grabarse aquellas tres palabras que grabó el duque de Weimar sobre la tumba de Herder: luz, amor, verdad.

Esplende, con la luz igual a la de la más hermosa escena histórica, la escena de sus funerales en la ciudad de Buenos Aires. Una promesa parecía hecha al Cielo. Los padres de aquellas tierras y los

mejores jóvenes hablaron. Con su palabra de grandes círculos y atrevidas alas habló Mitre; habló Sarmiento con la suya inquieta, audaz y misteriosa, y Lucio López con su lengua de colores. Con acentos sacerdotales y proféticos dijo adiós a Juan Carlos, en nombre del Uruguay, el enérgico ciudadano Juan Carlos Blanco y con aquel comedimiento y serenidad de la generación que nace se despidió de él Manuel Herrero y Espinosa, como un hijo. No parecían aquéllas meras palabras humanas, sino que flameaban como banderas, apretaban como compromisos, resonaban como tablas de bronce y brillaban como coronas de plata. Se afirma un pueblo que honra a sus héroes.

En un día 25 de mayo, a los clamores de la noble gente moza que acaba de arrebatar de manos de French los trozos de cinta azul y blanca, llamados a ser luego el pabellón de la patria, surgió libre y gloriosa Buenos Aires de su Cabildo timorato. Llama era toda la plaza, cuajada de gente; en hombros de sus amigos y llevados por los vivas, peroraban los ardientes chisperos; ola de fuego el pueblo parecía, y maza cada mano, cada palabra gloria, cada resistencia caña, coraza cada pecho; llegaba al Cielo el bravo vocerío; detrás se iba la ola de los chisperos y manolos bravos; ¡es hermoso ver cómo nace la libertad, blanca y avasalladora, de los pechos humanos! Nacía el sol de los pueblos orientales. Juan Carlos Gómez, que murió en día 25, se acostó en la tumba, y tenía derecho de acostarse a los reflejos de aquel sol de mayo.

JOSE MARTI

HOLOCAUSTO (1)

Cual murciélagos inmensos los nubarrones se acercan,
Y en sus pupilas oscuras hay relámpagos de espanto,
¡Abre pronto mi ventana, míralos como me cercan
Con sus alas empapadas en la lluvia de mi llanto!

¡Mira, mira cómo pasan en caravana sombría
Cómo arpías fulgurantes de un ejército maldito,
Y semejan amazonas, amazonas de Etiopía
Que en sus corceles de llamas van con rumbo a lo infinito!

¡Abre pronto mi ventana, quiero sentirme aterrado.
Ya pasó la hora del llanto, ya pasó la hora del ruego;
Quiero ver cómo atraviesan el tormentoso nublado
Los relámpagos veloces como cóndores de fuego!

¡Abre pronto mi ventana! Ven mi Némesis; alegra
Con tus venganzas mis odios, déjame morder tu seno:
¡Rimen los genios del rayo la infinita estrofa negra,
Y retumbe en los espacios el apóstrofe del trueno!

¡Nuevo Abraham de mis amores, voy a preparar la hoguera
Donde ha de quemarse el hijo de mis locos embelesos,
El tesoro que he guardado de esa corta primavera
Que en el jardín de una boca perfumó todos mis besos!

(1) Esta composición de JULIO HERRERA Y REISSIG es fundamental para apreciar la evolución de la cultura y del gusto del poeta. Es la primera pieza lírica del autor de «Los maitines de la noche», en que éste se desprende de la retórica tradicional y se deja conquistar por las formas modernas que entonces recién se insinuaban en nuestro medio ambiente. La conquista, en este poema, todavía no es total; pero ella afecta ya a la estructura del verso, a las ideas y a las imágenes. En lo sucesivo, salvo alguna pequeña reacción, como la poesía «A Guido Spano», el poeta, que hasta entonces había escrito dentro de los cánones consagrados la «Oda a España», «El canto a Lamartine», «La musa de la playa» y otras composiciones semejantes, aparecerá totalmente renovado en su técnica, en su pensamiento y en su sensibilidad. Esta composición la publicó en el número de fecha 5 de Diciembre de 1899 de «La Revista», periódico quincenal que entonces dirigía, y en el cual ya había publicado Toribio Vidal Belo, a quien Herrera y Reissig llamó entonces «el poeta de la novedad y de la elegancia, verdadero discípulo de Verlaine en esta orilla del Plata», sus poemas «Noche blanca», «Pontifical» y «Caen las hojas», únicas piezas líricas de carácter «decadente», como entonces se decía, entre las muchas poesías que insertó aquel periódico hasta la fecha a que nos hemos referido, a las cuales podrían agregarse, también como antecedente, por su modernidad, los poemas «Triunfal» y «Primavera» de María Eugenia Vaz Ferreira, que aparecen en los primeros números de la revista del ilustre poeta.

¿Qué hay en este cofre?—cartas, muchas cartas, muchas flores.
Lazos, risos, pensamientos y mariposas escritas:
¡Versos todos del Poema de mis pasados amores,
Joyas de hermosos matices, como serpientes malditas!

¡Abre pronto mi ventana, quiero dárselos al viento;
Con esa presa divina verás que el viento se calma:
¡Ay, para saciar su gula le doy todo mi tormento,
Para acallar su avaricia todo el oro de mi alma!

Allá van los pensamientos y las cartas entreabiertas,
Allá van las flores secas, allá van cintas y lazos:
Allá van todas mis dichas como mariposas muertas,
Allá vá toda mi vida fragmentada en mil pedazos!

Oh, que horrendo apocalipsis; el rayo en la sombra vibra
Como la espada encendida de los ángeles perversos,
Mientras yo, en mi sacrificio, me arranco fibra por fibra
Y con sangre de mis venas hago mis últimos versos!

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡Oh dolor, qué pronto pasas; en el alma no hay vacío,
Ya está todo consumado; ya celebré mi holocausto.
El relámpago y la lluvia son en mi cielo sombrío
Una sonrisa de Heine y una lágrima de Fausto!

Como víboras extrañas del infierno de mis iras,
Silban los vientos helados al pasar por mis oídos,
Y frasean juramentos, juramentos y mentiras,
Y remedan tiernos besos y engañadores gemidos!

Voy hacia el mar, presuroso; quiero estar con él a solas,
Quiero hablar de mis amores, de mis dichas y mis penas,
Mientras oigo los rugidos de las encrespadas olas
Que parecen leones pardos de blanquísimas melenas!

¡Oye, ese ruido es el salmo de mis esperanzas rotas;
Las olas son mis ideas; la tempestad soy yo mismo:
¡Oh, mis pobres ilusiones: son esas blancas gaviotas
Que hacen el nido en las peñas, y se lo traga el abismo!

JULIO HERRERA Y REISSIG

SOBRE ARQUITECTURA COLONIAL [1]

Buenos Aires, 1º de Febrero de 1918.

Señor Raúl Montero Bustamante.

Montevideo.

Estimado amigo:

Recibí su carta y medito para ver en que forma podría serle útil a Vd. para conseguirle *algo* de «arquitectura colonial», de ese arte que en realidad es un mito, al cual hemos elevado un altar de idealismos, agrandando sus méritos e inflándolo hasta hacer de él un estandarte y un clarín que toque atención!

Yo he hablado de esa pseudo arquitectura con entusiasmo en una conferencia que no sé si Vd. conoce, en la cual exhalté el arte colonial a fin de que buscásemos en su orígen una fuente inspiradora, por cuanto el arte colonial no es sino una sombra deformada de aquello que le dió vida en la madre patria, pero que apesar de sus defectos de detalle es una arquitectura más lógica y a veces más razonable para ciertas finalidades que aquella que contra viento y marea han querido arraigar ciertos arquitectos sin tener en cuenta ni clima ni costumbres del país.

Si bien es cierto que determinados países de estas Américas conservan como el Perú y Méjico, obras de mérito, ni nosotros y Vds. hemos sido favorecidos en el reparto.

Sin duda los jesuítas trajeron en sus misiones a artistas de la península; pero éstos eran más bien tallistas y pintores, que se dis-

(1) El reciente fallecimiento del arquitecto argentino, don ALEJANDRO CHRISTOPHERSEN, da actualidad a la carta que hace veintiocho años nos dirigió el ilustre maestro, en la que se contienen los elementos para un más vasto estudio sobre arquitectura colonial, tema que en aquella época recién empezaba a despertar la curiosidad de los estudiosos y de los artistas. El talento, la cultura y la sensibilidad del hombre eminente que acaba de desaparecer dieron a esta epístola, escrita en el afectuoso tono de la amistad, pero con la precisión del profesor que dicta una clase, el interés, la autoridad y el acento que tan largos años transcurridos no han podido marchitar. La damos a luz porque el maestro extinto llena con su nombre y con su obra una época en el proceso de la evolución de la Arquitectura en el Río de la Plata. Como Arquitecto, sobre todo, pero también como pintor, y, en general, como hombre de arte cuyo espíritu estuvo abierto a todas las inquietudes del pensamiento y de la sensibilidad, su nombre queda vinculado a la cultura de la sociedad platense, en la que su obra ocupa lugar de excepcional jerarquía. Nació en Andalucía; su padre fué noruego y su madre española. Hizo sus estudios de humanidades en Noruega y cursó Arquitectura en la Real Academia de Bellas Artes de Amberes, estudios que completó en París, bajo la dirección del maestro Juan Luis Pascal. Vino al Río de la Plata en 1887 y, luego de una corta residencia en Montevido, se instaló en Buenos Aires, donde se convirtió en el

frazaban de frailes, por cuanto el ser artista significa ser disipado, y eso no convenía a las misiones religiosas.

Yo atribuyo a esos falsos frailes muchas de las calaveradas legendarias que se achacaban en aquel entonces en novelas y romanzas a los verdaderos sacerdotes.

Las obras de estos artistas no han sido de gran mérito por lo general.

Los misioneros se ocupaban de su arquitectura eclesiástica y no siempre con acierto estético, mientras que la obra laica fué reservada para los modestos alarifes venidos de algun rincón de Andalucía. Estos, recordando cosas entrevistas en el terruño natal, amazaron ornamentos y motivos del arte barroco y plateresco a su personal antojo prescindiendo de reglas y cánones que ignoraban... y el resultado era bien suficiente, según ellos, para el estado embrionario de la colonia.

Estos jesuitas llevaron su misión arquitectónica más allá de estas costas y dejaron sobretodo en California interesante huella de su paso civilizador. Hoy mismo en esa región de los E. U. los yankees siguen, con gran acierto, el estudio de un arte que llaman «Misión Style» con el cual levantan sus casas de campo y sus residencias aplicando todos los progresos de nuestro siglo a las líneas esquemáticas del primitivo arte misionario o colonial que han perfeccionado y mejorado, refinando su estructura y sus detalles que se inspiran en el renacimiente italiano orígen de toda esa arquitectura, que al pasar por España se almalgamó con el mudéjar y el plateresco y llegó disfrazado a las Indias donde concluyó en esa decadencia que todos conocemos y cuyas causas he señalado.

Estas son las deducciones que he sacado después de analizar el estilo colonial que tiene gran analogía con el estilo andaluz, con el cual estoy familiarizado por el hecho de haber vivido muchos años

animador de la renovación del gusto arquitectónico que se orientaba entonces hacia la tradición francesa. Raúl Lerena Acevedo ha dicho que desde aquella época fué «el maestro indiscutido de esta tendencia. Sus producciones, agrega, formaron escuela en las dos márgenes del Plata.» Fué el renovador de la mansión privada y el creador de grandes edificios públicos. El palacio de Anchorena, sede hoy del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina, es un edificio que señala una etapa histórica. A él se agregaron la sede de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, el Santuario Nacional de Santa Rosa de Lima y numerosas obras que contribuyeron a modificar y modernizar la fisonomía de la capital argentina. En Montevideo se conservan de él dos obras maestras: «El Portazgo», en Melilla, y una residencia señorial frente al Hotel Casino de Carrasco. Pintor de rica sensibilidad y de refinada elegancia, discípulo de Zorn, Robert Fleury y Jules Lefevre, expositor del Salón de Artistas Franceses y del Salón de Otoño de París, premio único para extranjeros del Salón Nacional de Buenos Aires, Presidente del Salón de Acuarelistas, sus telas figuran en Museos de América y Europa y en galerías privadas. Fué también escritor distinguido, notable conferencista y fino y encantador *causeur* cuya palabra chispeante y aguda dió singular relieve al gran señor y hombre de mundo que completaban la fisonomía moral de este notable artista.

allí. Ese estilo andaluz vino con los primeros artesanos de la madre patria y éstos dejaron su rastro en la edificación de estas repúblicas cuyas construcciones domésticas recuerdan las casas andaluzas en cuya edificación no han intervenido artistas sino simples maestros mayores o *menores*, medias cucharas en su tierra, aventureros del ladrillo y la argamasa.

Creo un error persistir por razones de arqueología (sic) en copiar los detalles arquitectónicos y decorativos de ese estilo colonial, cuando nos consta que esos detalles son defectuosos y hasta antiestéticos; pero en cambio debemos insistir en que todos tenemos que inspirarnos en las características de ese arte y reflexionando sobre sus verdaderos méritos que refleja el suelo americano, su clima y sus hábitos, donde las gruesas y espesas paredes conservan el fresco a las habitaciones, donde los aleros salientes, los pórticos y recobas protejen a los muros de los rayos del sol, donde la teja árabe, el ideal de las techumbres por la forma de sus desagües, por la excelencia de su frescura y por la brillantez de su colorido, da una nota encantadora en medio del paisaje de tonos subidos y de un cielo azul.

El patio colonial o andaluz debe conservarse; hay que ampliarlo, embellecerlo y adaptarlo a la vida moderna, calefacción en el invierno, fresco en el verano; hay que darnos la sugestión de frescura con su estanque, su fuente y surtidores que produzcan con el suave murmullo del agua una sensación de plácido frescor.

El patio debe ser sagrado, debe reemplazar al «hall» y al «living-room» y servir de refugio en los días cálidos; ser campo neutral donde los hombres leen, fuman y charlan mientras las mujeres entregadas a sus labores y a la música atienden a los niños que se unen a la reunión familiar con sus risas y sus alegrías.

Creo que por ese camino llegaríamos a algo práctico, dejándonos de muchas majaderías y «snobismos» y solo adaptando lo asimilable.

En su carta me habla Vd. de cierto arquitecto que se ha ocupado aquí de arte colonial. Existe efectivamente un señor Kromfuss, austríaco o aleman, a quién un decano de nuestra facultad, argentino con casco prusiano, le dió cátedra para envenenar las futuras generaciones de arquitectos con la Kultur germana. Ese señor con espíritu de adaptabilidad como todos los de su orígen buscó en una pseudo especialidad fuente de recursos sin mayor éxito.

Por ahora el que con más tezón se ha preocupado de lo colonial es un joven arquitecto Martín Noel, que ha viajado por el interior, por el Perú, etc. trayendo acopio de datos y de fotografías.

Leí hace unos días que la comuna de Luján le había encargado a este colega la refacción del Cabildo de ese pueblo que fué fundado «por el noble hidalgo viscaino Dn. Juan de Lezica y Torrezcuri», antepasado de mi mujer, quien también levantó un templo en Yunga y el de Santo Domingo en esta capital con lo que se arruinó. Cuentan las crónicas que su buena esposa en vista que Santo Domingo no se terminaba por falta de fondos y que solo tenía una de sus dos torres,

prometió a la Vírgen no llevar más que una caravana en las orejas hasta que su marido pudiese dotar al templo de la torre que faltaba... y la torre se levantó! «Ce que femme veut Dieu le veut»!

Volviendo a nuestro asunto le diré que existen algunas revistas norteamericanas que reproducen mucho del arte de las misiones entre ellas «The American Architect» y especialmente «The Architect» publicad en San Francisco.

En esa revista he encontrado tipos de casas de campo parecidas a las de nuestras estancias, construcciones con amplios patios, habitaciones rodeadas de porteras y galerías con sus «sleeping porches» donde sacar las camas y las hamacas en noches de calor, todo eso con el confort moderno de sus buenos cuartos de baño, a cada dormitorio, con sus departamentos de huéspedes, con sus cuartos de baúles y monta carga para éstos y un amplio ascensor que no será muy colonial pero es muy práctico. En una palabra una casa de estancia ideal que lleva por nombre «The King Ranch», el rancho del rey.

En las casas de campo andaluzas y en los caseríos solariegos de esa región de España parecida en su clima a estas Américas me recuerda el tipo de construcción a estas casas californianas salvo en el detalle del moderno confort que naturalmente deja que desear. En esas casas andaluzas se utilizan en el invierno las habitaciones altas para dormir por ser más soleadas y calientes, mientras que sus ocupantes bajan durante el verano a las piezas del piso bajo protejidas por recobas y aleros y sobre todo por el piso alto que las aisla de los rayos de un sol que achicharra.

En esa región California ha levantado últimamente su gran Universidad dentro de un estilo que sin ser colonial conserva las características de ese estilo en muchas cosas. Su arquitectura externa tiene inspiraciones del clásico Italiano adaptado a lo español por su techumbre de teja árabe, por sus pórticos de tipo claustral y sus aleros moriscos. Es un bellísimo edificio, sobrio de líneas, con sus bellas sombras proyectadas por los salientes de los citados pórticos, sombras que contrastan con lo liso de sus muros blanquecinos.

Es un tipo de construcción que deberíamos imitar o adoptar por cuanto refleja bien las características de nuestro clima y de nuestros materiales de construcción. No tenemos piedras y debemos buscar en los reboques tranquilos y claros un efecto al introducir en esas masas reposadas y blancas la nota de policromía por medio de frisos y molduras de color y por la teja roja del techo que contrasta con los fuertes sombreados de los cuerpos avanzados y los salientes de techos y aleros. Creo que con poco que se medite sobre estas reflexiones que señalo se encontrará el camino que nos lleve a algo sincero y valiente. Ahí va mi opinión franca y leal.

Saque Vd. de esto lo que pueda servirle, y si no rompa esta larga lata, reservándose tan solo el cordial saludo que le envía.

Su afmo. amigo

A. CHISTOPHERSEN

RECORDANDO TIEMPOS VIEJOS

Puede ser que muchos maragatos ignoren actualmente que somos nacidos en San José, vale decir, descendientes de los primeros pobladores de la Maragatería, aquella comarca leonesa del sur de Astorga de que nos habla Arturo Capdevila en «Babel y el castellano».

Pero la verdad es que tuvimos una juventud agitada y bulliciosa, un si es no es de *pilletes*, valga la denominación que a sí mismo y a sus amigos del barrio Palermo se ha atribuído y ha atribuído el ex-ministro de Instrucción Pública Dr. Giambruno. Ello no lo habrán olvidado ciertamente cuantos nos conocieron.

Retrotraigo los recuerdos, y una profunda emoción invade mi espíritu al evocar la ciudad de mi infancia, con sus gentes sencillas y buenas, sus polvorientas calles, su caserío bajo y pobre, sus cercos de ladrillo o de simple hilo de alambre, su iluminación a kerosene en las noches sin luna y sus clásicas velas de sebo. Así fué el San José de Mayo que conocimos, que no descollaba seguramente por sus rascacielos, pero sí por su virtud, caballerosidad y cultura, y se caracterizaba por la índole alegre y traviesa de su juventud.

Nací yo, como casi todos mis hermanos, en la casa existente en la calle Sarandí entre las de 25 de Mayo y Arenal Grande, hoy Becerro de Bengoa, donde presentemente funciona el Liceo Departamental. Por los fondos nos comunicábamos con don Eduardo V. Fernández, caballero a la antigua, amigo íntimo de nuestro padre, y por el lado de 25, también a los fondos, con terrenos de doña María Duhagón. El dato es interesante por lo que se verá.

Fuimos cultivadores entusiastas de todos los géneros de deporte, sin más excepciones que los del balompié o fútbol y el del boxeo, que entonces no se conocían. De donde se infiere que jugábamos al trompo, a la rayuela, a la pelota, a la cometa, a las carreras (naturalmente las de a pie), a la bolita, juego en el cual yo había hecho un descubrimiento de importancia: el hoyo ladrón. Y es de mencionar también que cuando las compañías de pruebas se ausentaban, instalábamos nosotros nuestro circo para reproducir en pequeño lo grande que habíamos visto y admirado.

El centro obligado de todas esas diversiones, de que disfrutaban todas las clases sociales sin excepción, desde los magnates del pueblo hasta los humildes muchachos de los alrededores, era nuestra propia casa. Tengo la impresión de que nuestros padres no nos habrían permitido salir fuera para nuestros entretenimientos, por muchos y frecuentes que fueran los trastornos y malandanzas que nuestras raras aficiones caseras les ocasionaban.

De tales fiestas, tratando de arrojarse de lo alto de un trapecio y caer de pie, salió mi hermano Daniel con el brazo derecho quebrado.

Lo entablilló el Dr. I., y comprobado, al cabo del mes, o de los cuarenta días, que estaba mal arreglado (montado un hueso sobre otro), hubo necesidad de quebrárselo de nuevo. Cosas de la guerra. No puede haber revolución sin desgracias, ni pruebas actrobáticas sin porrazos y miembros rotos.

Pero cierto domingo por la tarde, precisamente en casa de doña María Duhagón, —la que alquilaba algunas piezas al súbdito francés señor Sorhanet, y en cuyo amplio terreno se instalaban invariablemente cuantas compañías acrobáticas arribaban a San José—, se organizó una función en forma, no gratuita como las nuestras, sino pagada, cuya entrada, según mis recuerdos, importaba dos centésimos por cabeza, o sea un vintén. Lo módico de la suma no da idea de la importancia del acto. Había números realmente impresionantes, como el del salto mortal por entre un arco revestido de papel de colores...

La función estaba en lo mejor: un «artista» acababa de efectuar la difícil y conmovedora prueba con todo éxito, cuando se nos presentó doña María grandemente indignada y nos espeta con voz que nos heló la sangre: «Esto es una bochinchada. La culpa la tiene Pedrito». Pedrito era nuestro amigo y compañero de andanzas, hijo del señor Sorhanet. Acatamos, naturalmente, la orden de desalojo, y con Daniel nos encaminamos a nuestra casa por los fondos, con el ánimo de saltar el cerco. Un dedo en alto de doña María bastó para hacernos retroceder y cambiar de propósito, y volamos más bien que salimos por la calle 25, por donde habíamos entrado. Así, de esta suerte, terminó la función que había dado comienzo bajo tan excelentes auspicios.

Otro día habíamos hecho la gauchada de salir a la calle a molestar al barrio de la cuadra inmediata, Sarandí entre Arenal Grande y Solís, en las proximidades de la casa que habitaba el coronel don Ramón Arenas, donde la autoridad policial, ignoramos por orden de quién, aunque lo suponemos, nos jugó una mala pasada. Nos hallábamos entregados a nuestras diversiones favoritas, cuando simultáneamente por ambas esquinas se nos apareció un pelotón de guardias civiles, lo que hacía prácticamente inútil toda tentativa de evasión. A su frente figuraba nada menos que uno al que temíamos más que al propio Belcebú: un canario grandote a quien conocíamos por el apodo de «El Avestruz Macho». No había nada que hacer. Caímos como chorlitos. ¡Qué desgracia tremenda!

«El Avestruz Macho» nos condujo presos a la Jefatura de Policía a Daniel y a mí, que éramos por lo visto las víctimas preferidas. Marchamos nosotros dos adelante, y elegimos, como quien no quiere la cosa, la orilla de la acera de la izquierda. Así íbamos sin poder comunicarnos ni una sola palabra naturalmente, cuando al pasar por nuestro domicilio, un rayo, no otra cosa, penetró en nuestra casa: era Daniel, y detrás de él yo siguiendo su ejemplo. Todavía ignoro la cara que puso nuestro aprehensor ante tamaña sorpresa. Era la primera vez que caíamos, aunque muchas otras los guardianes del orden público, en cumplimiento de su deber, habían dispersado nuestras huestes sin darnos caza.

En otras oportunidades organizábamos carreras a pie frente mismo a nuestro domicilio, y era de ver la agilidad verdaderamente extraordinaria de algunos contendientes disputándose el vencimiento en las cien varas de la cuadra. Entre los corredores más afamados se encontraban, según mis recuerdos, un muchacho petisón apellidado Peláez y Manuel Sotelo, aquel noble caballero a quien el destino habría de reservarle, andando los años, el papel de víctima en una de nuestras guerras civiles, tan acerbamente vilipendiadas y tan dignas de respeto en general.

Allá de uvas a brevas frecuentábamos la cancha de pelota del vasco Sahiburo (25 de Mayo y Colón) y presenciábamos las inolvidables proezas de Basilio, el famoso jugador, a quien luego tratábamos de imitar vanamente en nuestra casa. Otras veces concurríamos al reñidero de gallos, existente también en la vecindad, a ser testigos de las bravas luchas del «blanco» y el «colorado», el «batarás» y el «canela». Recuerdo que una vez tocaba a su fin una pelea reñidísima. Los animales, agotados por la hemorragia y el esfuerzo, ya no podían más, especialmente uno de ellos, que estaba visiblemente próximo a clavar el pico. El gallo, bueno de ley, en un arranque inesperado, da un revuelo y clava el puón a su contrario en el oído. ¡Había triunfado! Su dueño, un señor Baíllo me parece, presa de hondísima emoción, cayó instantáneamente muerto, como fulminado por un rayo.

De tiempo en tiempo decretábase la venta en remate de animales sin dueño, *res nullius,* por parte de la autoridad municipal, o sea en ese entonces la Junta Económico - Administrativa. Nuestro padre nos adquirió en una de esas oportunidades un potrillo tordillo sabino que, cansado como venía, montamos todos con facilidad suma. Al día siguiente repetí, es decir, intenté repetir la hazaña, colocando a su lado para subirme en él un pequeño barril de hierro. Digo *intenté,* porque el potrillo, adivinando mis intenciones y adelantándose a ellas, dió un corcovo tan descomunal, que allá fueron rodando por tierra barrilito y caballero. El animalejo fué luego tan manso, que le enseñamos a comer en nuestras manos hasta pasas de uva. Un día en que se acabaron las que le daba, me siguió y corrió tras de mí, y tuve necesidad de meterme disparando en las piezas de mi casa.

A la vuelta de nuestro domicilio, en 25 de Mayo entre Sarandí y Colón, existía un salón o cosa así de barbería, cuyo dueño se ocupaba también en extraer muelas y dientes. Estando allí cierto día con Daniel para cortarnos el cabello, presenciamos una escena digna de recordación. Un pobre paisano era la víctima: había acudido allí con el propósito de sacarse una muela que no lo dejaba vivir. El barbero se prendió una, dos, tres veces con ambas manos y sus tenazas de la muela dolorida, hasta que en una de esas, ¡zás!, se quebró. El pedazo saltó no se sabe dónde. Había que buscarlo, y lo buscaron. Cuando parecía perdida toda esperanza, he aquí que el barbero - sacamuelas da un grito de triunfo. «¡Aquí está!», dijo. Se agachó; recogió lo que buscaba, y todos vimos por nuestros propios ojos (y festejamos con

inoportunas carcajadas) que había topado en el peloso piso con un poroto chileno...

Lo más curioso del caso y merecedor de nota, es que el tiempo nos daba para todo, y que éstas y muchísimas otras *diversiones* en que entreteníamos nuestros ocios, y en las cuales interveníamos a veces como testigos y a las veces como actores, no nos impedían en manera alguna consagrarnos al estudio y dedicar a él hasta las horas de la noche, destinadas al descanso reparador. Nuestras travesuras eran infinitas e infinito también nuestro afán de distinguirnos y de *ser alguien.* Estudiábamos como unos descosidos, y ahí, en ese pedazo de tierra de nuestro nacimiento, dimos comienzo a las luchas intelectuales que Pérez Petit ha narrado magistralmente en «Rodó. Su vida. Su obra» y en «Los compañeros de Rodó». Era pasada la media noche de un día del año ochenta y tantos, cuando sobrevino aquel temblor de tierra que alarmó a toda la población y llevó infinitas gentes a la plaza. Daniel estudiaba todavía, y al observar que todo se movía a su derredor, nos despertó a todos a los gritos de «¡terremoto! terremoto!»

No faltaron entre tanto —no podían faltar porque ello está en la propia naturaleza humana— quienes se empeñasen en poner piedras en nuestro camino. Algunos, que aceptaban a regañadientes nuestros progresos, «No crean, decían; ya tiene sus añitos». Seguramente eran los mismos que, cuando se hablaba de recompensar en alguna forma nuestros afanes, reparando en la circunstancia de nuestra falta de pelos en la cara, argüían: «Carece de representación»...

Pero advierto que me alejo de mi punto de partida y de mis propósitos. Puede ser que, como me lo dice mi excelente amigo y conterráneo ingeniero don Castro Canel Larre, dignísimo presidente del «Club San José», de Montevideo, muchos maragatos ignoran que lo somos. Las líneas precedentes, susceptibles de ser ampliadas y complementadas con mil otros sucesos de igual o parecida significación, demostrarán la verdad de lo que aseveré al principio: que tuvimos una iniciación alegre y bulliciosa, y que si hemos sido olvidados, somos merecedores de recordación eterna por nuestras travesuras juveniles.

CARLOS MARTINEZ VIGIL

DE "ESTUDIOS Y OPINIONES" (1)

I

«LOORES A LA VIRGEN» Y «ESTAMPAS DE LA BIBLIA»

(Dos libros de Juana de Ibarbourou)

Florecen, se marchitan, se acaban, y se renuevan, los valores relativos de las convicciones del hombre. Pero, no obstante esas sucesivas certezas, de suficiente evidencia hasta que dejan de serlo por las que les destruyen y suplantan tras nuevas demostraciones: la fe perdura ante el misterio inextinguible transmitiendo la esperanza, de generación en generación, al través de las civilizaciones que se forman y desaparecen en el curso de los siglos.

Desde la irredimible relatividad de las facultades del espíritu, sus inquietudes y presentimientos le proponen incesantemente problemas que incitan su deseo de ver más: apenas para saber qué nuevas nociones crearán nuevas dudas,... para otros problemas que obliguen a emplear mayor razonamiento, engendrador a su vez de más incertidumbres, más teorías, más quimeras y más soluciones satisfactorias. Y así se suceden y continúan, en libros y congresos de sabios, preguntas y respuestas, argumentos y réplicas, tras los cuales, con decepcionante frecuencia, las dudas y afirmaciones que en ellos dialogan y altercan... sólo dejan lo que son: dialéctica.

Entretanto y después, eternamente: desde todas las distancias y direcciones, de lejos y de cerca, algo llega a cada rato a la conciencia oponiendo lo impenetrable a la percepción. Y ante el silencio renovado de ese angustioso límite: como en todos los siglos del pasado, en todos los del futuro nada más que al verbo sagrado de la fe imperecedera será dado el don consolatorio de seguir emitiendo fervorosamente palabras interpretativas del enigma infinito.

Al volver la última hoja de *«Loores a la Virgen»* y *«Estampas de la Biblia»*, un mismo pensamiento ha llevado a mis labios las mismas palabras. Por eso ellos, ante los dos libros de la devoción de Juana de Ibarbourou, han repetido que como en los más remotos tiempos en los nuestros la fe continúa haciendo milagros. Y al musitar la convicción infundida, allá en el alma, por la inspiración y el arte que animan y embellecen a las dos obras, han agregado que como ayer y hoy también mañana continuará haciéndolos.

Es que, dondequiera que aparezca, la creación es y será lo que fué siempre: un milagro de aquel estado de gracia. Y de él llegan esas

(1) Páginas del 4º tomo, próximo a aparecer.

oraciones llenas de fervor en la adoración, en la plegaria y en la ofrenda de holocausto, y ese desfile de almas del mundo divino de la Biblia. Inspirados mensajes de cuánto postra de hinojos al creyente para dialogar con Dios, ellos dan alta entidad mística a los libros referidos.

*
* *

¡Qué elocuente el arrobamiento que alienta a todo lo que dice «*Loores a la Virgen*»! ¡Cómo converge hacia la conciencia del lector cuanto anima a las diferentes oblaciones y deja en ella el sentido sintético que las resume!

Parece que se las oyese afirmar que el perfeccionamiento moral que es la santidad no viene de mantener en el mero mundo de los sentidos la vida fugaz sobre la tierra, sino de elevarla más allá del alcance de las fuerzas físicas y las alas materiales. Se diría que una vez más, por el arte de esas palabras se anuncia, con nuevo acento, que la purificación espiritual no proviene de las sensaciones que alteran el latido en el nivel del suelo, sino del ascenso inmaculado a la región superior de los sentimientos y las ideas que redimen de todo egoismo a nuestro actuar en el transcurso de los días: de llegar a donde sólo se llega con el corazón por el amor al bien, y con el entendimiento que no se detiene ante lo inaccesible para las más alardeadas posibilidades de nuestra ciencia.

Quien así reza sabe que al ser humano está vedado conocer materialmente la total realidad cósmica y llegar por los sentidos a Dios. Y que para el conocimiento supremo de aquélla y de éste: a la criatura terrena tan inútil es ascender a la cima de las montañas o elevarse por motores al cielo de su planeta, como internarse por el telescopio en el firmamento o por el microscopio en el átomo. Porque únicamente a la visión intelectual e imaginativa de la fe es y será dado sobrepasar todas las lejanías hasta alcanzar los mundos de más allá de la percepción física y sentir la presencia divina.

¡Y cuánta potestad persuasiva, también en el verbo de las introversiones que ofrecen las «*Estampas de la Biblia!*» Es que interpretar el sentido de aquellas vidas ejemplares de pecado y redención, es revivirlas en las imperfecciones que las hicieran falibles y en la superación del regreso a la pureza inmaculada que las santificó.

Por eso la adecuación de las palabras que la autora les presta no proviene de acto ajeno al sentimiento que inspira la interpretación, sino que viene de la espontaneidad que anima y determina la actitud mística. Es el verbo luminoso de una nueva fe por la antigua voz: inteligible en todos los tiempos para el alma ávida de dirección en la ruta que queda por recorrer mientras no se llega al dintel de las tinieblas.

Así son en su substancia esas dos obras de alta jerarquía, y así son por la calidad de los motivos que les dieran origen y por la

trascendencia espiritual a qué nacieran destinadas. Y por una y otra virtud es de desear que nada malogre a la pureza de sus sagrados gérmenes en los surcos humanos que reciban la siembra de su altruismo.

*
* *

Respecto del mérito literario de las obras poco cabe decir sin repetir conceptos expresados, pues como propio del numen de las anteriores creaciones artísticas de la autora: natural es que se halle al nivel del contenido en los dos libros. Desde la primera página hasta la última esa prosa tiene los valores que dan a su expresión calidad y belleza inconfundibles.

Impecablemente construída, está llena de vida y de gracia en el arte del estilo. Hecha de palabras que irradian su armonía con el sentido y el orden de la concepción ideológica e imaginativa que expresan: lleva el tono, la sonoridad y el acento propios de la fuerza y la sutileza del pensamiento, y de la intensidad y los matices de las emociones.

Está en ella la voz de las cosas que duelen o consuelan en el alma; la modulación del amor, de la angustia, de las pasiones y de las noblezas del corazón. Y todo dice de dónde viene y qué lo hace; todo habla el lenguaje insustituible de las ideas o la sensibilidad que lo crean y articulan, en cláusulas y períodos orgánicos, para el entendimiento y el oído.

Así se escribe cuando con don original se trata de lo grande hasta en lo pequeño y de lo eterno hasta en lo efímero. Que todo muestra grandeza y eternidad cuando recibe la mirada de la avidez sensitiva y de la inteligencia luminosa, aptas para la percepción de lo esencial en las cosas, las almas y los sueños.

II

UN TRADUCTOR DE HEREDIA

(De una carta a Ismael Enrique Arciniegas)

Montevideo, 15 de mayo, 1935.

La lectura de su traducción total de «*Les Trophées*» ha confirmado la opinión que me dejara la de los treinta y seis sonetos de esa obra editados por Vd. en Panamá. Esa versión es tal como había derecho a esperarla, no sólo por el gran poeta que se proponía darle término sino también por aquel magnífico comienzo.

Por eso, como sabe Vd., era absoluta mi fe en el éxito de ese magno propósito literario. Y al respecto recuerdo que, hace un año, escribí al polígrafo ecuatoriano Andrade Coello diciéndole que la

calidad de esa traducción dotaría a nuestro idioma de una joya digna del original en francés, con alto honor para las letras americanas contemporáneas.

Era que ya al leer los primeros sonetos de esa célebre colección vertidos por Vd. al español, por momentos hacíase mayor la evidencia de su singular capacidad para la creación artística que imponía el traslado de obra de tan elevada jerarquía a lengua distinta de aquella en que fuera originariamente escrita. Y era lógico que ello bastase para el homenaje justiciero desde que la indiscutible eficacia de las aptitudes demostradas diera plena garantía del triunfal complemento de la empresa.

Si siempre traducir una gran obra literaria implica una labor que sólo es posible por la eficiencia de múltiples aptitudes superiores: las excepcionales dificultades acumuladas en los pequeños poemas de «*Les Trophées*» exigirán perennemente, en quién se proponga vencerlas en otro idioma, la rara coincidencia de la especial ilustración indispensable y de las más eminentes dotes poéticas a que sólo puede ser dado realizar tal proeza de interpretación y maestría artística. Por ello es que ante la versión española de «*Les Trophées*» de Heredia por Arciniegas, todo obliga a saludar al héroe vencedor de tan formidable empeño.

Es indudable que el ferviente propósito de perfección que animó a la escuela de los *Parnasianos*, aunque implicara un renacimiento escolástico provenía de una especulación ideológica y no de un arrebato lírico. Como se ha dicho acertadamente, la fuente de esa poesía nueva estaba en una inquietud de ideas que progresivamente substituyó a la inspiración con un arte más consciente pero menos espontáneo. Y ese arte culminó en el culto de la forma, llevado hasta la más minuciosa proligidad en la estructura y simetría del verso, para acrecentar el encanto propio de la rima y del ritmo, independientemente de los conceptos y sentimientos expresados.

Por eso fué que si esos prodigios de artificio tuvieron la seducción de su novedad para el alma de sus tiempos, y dejaron maravillosas obras maestras para la admiración de todas las edades, también vinieron —como otras innovaciones temporáneas— destinados a perder un día la preferencia alcanzada y dejar de ser satisfactorios del gusto. Del gusto: que siempre muda y cambia lo nuevo sobre la perennidad substancial de la médula eterna bajo la variedad de la forma.

Respecto de versificación y de poesía, sobre las modas pasajeras y a través de las épocas en que éstas se renuevan, seguirán diciendo verdad aquellas palabras, eternamente magistrales, de Lemaitre, al refrirse al arte de los *Parnasianos*: «*Il faut que les divers arrangements de rimes, vaillent ce qu'ils ont coûté. Il faut que la rime ne soit là que pour ajouter à la force du sentiment ou de la pensée, non pour les éliminer, ou, à tout mettre au mieux, pour les susciter au hasard. Le plaisir que donnent l'entrelacement des belles consonan-*

ces et la difficulté vaincue ne saurait compenser tout seul ni l'absence d'idée ou d'émotion ni le manque de dessein, d'ordre et d'enchaînement.»

Pero, por encima de la ausencia de sentimiento, en aquella reacción contra las difusiones del romanticismo y su «sensibilidad expansiva» —a pesar de no faltar quien fuese, como Sully Prudhomme, tan sentimental como filósofo— y por encima de la forma concisa, lapidaria, «impecable y severa con ella misma hasta la crueldad»: lo indiscutible y triunfal en la gloriosa obra poética de Heredia —por la substancia y el arte eternas que en ella puso su propósito de «producir infinitamente poco, con grata lentitud y corrigiendo mil veces», como dijera Faguet— es que, salvo contadas excepciones, todos los sonetos que la integran son obras maestras insuperadas. Y, en estricta justicia, también cumple reconocer con Brunetiere que jamás otros versos expresaron mejor que los del inmortal poeta francés nacido en Cuba, el diferente carácter de las épocas y el diverso aspecto de los lugares. Porque lo cierto al respecto es que casi únicamente del propio Heredia pudiéranse citar cosas tan griegas como «Andromede», tan latinas como «Trebbia», tan venecianas como «Dogaresse», tan japonesas como «Samourai».

Pero, si es indudable que ese caudal de valores en el fondo de la culminante obra de arte, y la sintética expresión conceptiva y sensitiva a que en la forma obliga la estructura inflexible del soneto —que reduce y detiene el vuelo creador hasta con la exigencia de complementación que caracteriza a su último verso— elevan extraordinariamente el mérito de «*Les Trophées*»: también es cierto que ellos dificultan, hasta convertirla en hazaña, la traducción digna de cada uno de sus poemas. Por eso, para apreciar la de Vd. en su total magnitud: cumple considerar que en menos de veinte meses ha vertido al castellano todos los sonetos que en cuarenta años compusiera su genial autor, haciéndolo con tan amplia conciencia y calificado gusto que por ellos su triunfo corresponde en dignidad al de él.

III

EL TESTAMENTO DE DON QUIJOTE

(Por Pedro Erasmo Callorda)

Señor Doctor Pedro Erasmo Callorda.

Distinguido amigo:

Días pasados, visitando en su estudio al Doctor Carlos Martínez Vigil, ese amigo me entregó un folleto de Vd. llegado allí para mí, con amable dedicatoria de su amistad y su aprecio. Era «*El Testamento de Don Quijote*», salido de la imaginación y la pluma de Vd., y cuyo obsequio agradezco por el mérito y el recuerdo.

Quiero expresarle ante todo, que aunque mucho me place el subjetivismo que tantas veces pone el encanto de la ternura de la poesía en sus versos, más admiro en Vd. al prosista que al poeta. Pues si éste es más prolijo, aquél es más espontáneo.

Pero hay heroísmos literarios, y —pues que para ellos como para todos es menester la excepcional aptitud que permite ser héroe en algo— justo es confesar que demuestran haber nacido bien dotados para la temeridad los que en las letras acometen empresas heroicas. Y Vd., es de esos privilegiados al animarse a intentar imitaciones de Cervantes.

Muchos, desde Avellaneda —que con algunos pasajes de la suya divertía más que el original a Clemencin— así lo fueron, y por sobre todos, una vez, en proeza de otro grado, el prodigioso Montalvo. Porque para atreverse a hacer que vuelva a hablar el gigantesco trasunto risible del espíritu humano noble y quimérico que en la obra inmortal pasa llevando su «locura razonante» por sobre el vulgo normal, hay que sentirse con la sobrehumana capacidad a que pudiera ser posible tal portentosa resurrección.

Mas es evidente que si como a Montalvo, según él lo explica en el «*Buscapié*», —aquel último de los «*Siete Tratados*» que prologa el «*Ensayo de Imitación de un Libro Inimitable*»— a Vd. también le hubiere parecido oir que un lector le preguntaba ¿Qué haces infusorio, que con ese mundo encima vienes a echármelo a la puerta?, Vd. ha repetido lo que el autor de los «*Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*»: «Si no hubiera quien las acometa, no hubiera empresas grandes».

Se ha dicho, con razón, que Montalvo fracasó en el intento, no obstante la maravilla imitativa que logró realizar. Y hay que recordar eso para convenir en que todavía puede quedar mérito en la empresa de Vd. aunque convenza de que su autor, como los otros valientes, no ha sido más afortunado que el genial arcaísta de Ambato.

Y, como quiera sea, el opúsculo de Vd. tiene todo el mérito del esfuerzo demostrado y del resultado conseguido. Porque si con relación al propósito que lo inspiró es inevitable advertir que su estilo no está en época, y que más es de nuestros días que de los tiempos en que los más grandes ingenios dejaban a los siglos los mayores monumentos del arte en nuestra lengua: también justo es reconocer que su folleto está escrito con evidente propiedad y elegancia, y que ese centenar de pequeñas páginas muestra su amor al idioma, su cultivo de los clásicos, y su arte de prosista.

Pláceme reconocer eso, que, aunque relativo como todo lo humano, es mérito que pertenece a Vd. como escritor. A pesar de que aparezcan en boca de su hidalgo moribundo palabras que no usó en toda la vida literaria que le diera su creador: como «arpegios», «zigzaguear», y algún galicismo muy ríoplatense, como, por ejemplo, «constatar».

Esto aparte, si lo que Vd. ha puesto en ese documento imaginado

para atribuirlo al errante caballero de los quiméricos idealismos y noblezas en las comarcas de la Mancha, no parece de Don Alonso Quijano por el estilo: bien pudiera ser causa de ello el hecho de que el Quijote que por Vd. habla es cuerdo, habiendo sido demente aquel a qué infundió alma y verbo inmortales el genio de Cervantes.

Y, todavía, aunque hubiese alguien a quien tan atendible razón de la mencionada diferencia no pudiera parecer suficiente justificativo de ella, siempre sería deber de justicia literaria agregar al debido aplauso de lo que fuere mérito dado a su trabajo por las dotes propias del escritor: el debido reconocimiento del buen gusto que la brevedad de su extensión implica, pues de antaño nadie ignora que la índole del tema es naturalmente contraria a grandes dimensiones.

Nunca con mayor motivo que el de las naturales exigencias del asunto de su obra pudiérase repetir lo que, elogiando cierta feliz miniatura de un ilustre orfebre literario, sobre tema también indiscutiblemente adecuado a brevedad, dijera muy eminente crítico de nuestros días: «Il faut le faire petit pour le faire joli». Y es indudable que no sería leve pecado exceder la extensión de los límites de su objeto, en quien quisiera transmitir la noción de la realidad de aquello de que trata.

Ya hace más de tres siglos que la alta autoridad del estupendo prosista que se llamó Quevedo —el poeta que pernoctando en casa del párroco de Argamasilla compuso también un «*Testamento de Don Quijote*»— abogaba por la honestidad de ser breve. Y explicaba que escribía poco no por excusar palabras sino por aprovecharlas, como dijera con sabiduría magistral que «llamaba mercenario al que en mucho papel da pocos preceptos» porque «págale el precio de lo que aprende la paciencia del que lee, y es el peor de los ladrones, pues roba el tiempo que no puede restituir».

E indudablemente, a ese respecto la verdad es que, muchas veces, sólo pensando así de los temas que lo requieren puede evitarse que algún lector resuelva y diga, ante ciertos trabajos de desproporcionadas dimensiones, lo que J. B. Rousseau de un poema fastidioso: «Rendons-le court en ne le lisant point».

Por todo ello, pues, le felicito, complaciéndome en expresarle que quedo con el deseo y con la seguridad de que pronto nos ofrezca las obras de arte y aliento mayores que promete el meritorio esfuerzo de la que motiva estos rápidos comentarios.

IV

ESTAMPAS

(Por Raúl Montero Bustamante)

Tanto por su título como por su asunto, este libro corresponde a la más característica modalidad del arte de la historia en el gusto

literario contemporáneo. El autor ha llamado «*Estampas*» a esa obra que consta de cuatro síntesis biográficas de otras tantas personalidades uruguayas de excepcional relieve en la política y las letras.

Son ellas las de los Generales Fructuoso Rivera y Melchor Pacheco y Obes, y las de los Doctores Juan Carlos Gómez y Julio Herrera y Obes. Escritas con amor que pone en sus evocaciones la mayor calidez interpretativa de la prestancia de las dotes y del sentido de la acción en los personajes que anima: todo en ellas es digno de su motivo y de su autor.

*
* *

Ya en la primera de la serie que ofrece la obra, se hallan la percepción clara y la exposición sintética que dan alta calidad conceptual y formal a todas. Así, desde las páginas iniciales, al describir el rostro de Rivera y decir de su estructura y expresiones: está evocada el alma del héroe con sus características en la vida y su trascendencia en la historia.

Toda la complejidad de las dotes que le hicieran campero extraordinario en el suelo que conocía más que todos, caudillo excepcional y guerrero de hazañas sobresalientes en los territorios que fueron escenario de su acción: está contenida y es visible en esas preliminares referencias a la inquieta movilidad de la mirada, siempre viva y atenta; a la travesura de la sonrisa que vuelve enigmática a la intención; al seño revelador de que tras aquella frente se medita con clarividencia las determinaciones. Y como en ellas, en las subsiguientes se entrevé todo el caudal de sus valores ratificados en la eficiencia de su acción.

Desde la fortaleza física y la energía del carácter, hasta los sentimientos afectivos que perennemente encendieran en emoción a su vida íntima. Y desde la generosidad y la clemencia que irradiara su corazón, hasta la dignidad del aspecto, las maneras y la influencia dominante, que contribuyeron a dotarle del prestigio que le permitió manejar a las multitudes del ambiente del terruño en su época, cómo fuera necesario para desarrollar la incontrastable acción de su predominio.

Y al referirse a sus acciones de guerra y a sus actos de gobierno, a la trascendencia de sus actividades políticas en la vida interna del país y en sus relaciones exteriores: los conceptos del autor son substancial y sintético exponente de la razón de los motivos, de los valores del significado y de la importancia de las consecuencias. Es que todo ello proviene de muy cuidado estudio de las respectivas fuentes documentales, criteriosa discriminación de los conocimientos en ellas adquiridos y lógica en el juicio.

*
* *

Le sigue la semblanza de la personalidad del General Pacheco y Obes. En ella como en la anterior, desde los primeros párrafos aparecen en su evocación los rasgos físicos y espirituales que dieron originalidad distintiva al hombre intelectual y de acción que en él triunfara en los países del Plata y en Europa.

Es que también en esa monografía biográfica están señalados cómo fueron en sus modalidades características: tanto el cuerpo exíguo, el temperamento nervioso y la vivacidad espiritual, como las dotes que en las letras, en la política y en el sentimiento de la dignidad, destacaran al poeta, al orador y al polemista. Y por ello emerge de esas páginas su personalidad con los móviles y las consecuencias de sus actitudes: por las inspiraciones de su patriotismo, la romántica exaltación de su espíritu, las intransigencias de su carácter apasionado, el brillo intelectual de sus escritos, su elocuencia, su poesía, su fuerza moral en las adversidades.

Así, esa ávida percepción de todas las manifestaciones de las dotes que daban singular entidad propia a aquella vida de altivez en la conducta, fervor en el sentimiento, inagotable altruísmo y renovado ensueño: logra transmitir integralmente la visión de su biografiado, tal como fué en los diversos aspectos de su vida pública y privada. Por eso, tanto en la dictadura ejercida desde el Ministerio de la Guerra, cuando el primer Presidente de la República delegó sus facultades en Joaquín Suárez, como en las penurias del destierro tras los dos años de aquella actuación en la Defensa de Montevideo; y tanto en su ruidosa y triunfal misión diplomática ante el Gobierno de París, como en su decepción final al regreso de Francia y en la tristeza de su agotamiento hasta la muerte en Buenos Aires: el lector percibe todo lo que en la intensa actividad febril de los días prósperos o adversos del General Pacheco y Obes fué concepción y acción de facultades morales e intelectuales que irradiaron inmarcesible honor para su nombre y su patria.

*
* *

Es la tercera estampa, por el orden en que las contiene el libro, la del Doctor Juan Carlos Gómez, y ella ofrece en intensa síntesis todo el esplendor de los extraordinarios valores que caracterizaran a aquél en las diversas faces de la vida. Y ellos y éstas aparecen en armonía con la evocación psicológica de la sociedad que le viera formarse en medio a los acontecimientos políticos, pasiones e ideas de su ambiente.

Por eso el lector asiste al desarrollo espiritual de la personalidad, desde la iniciación en la juventud vibrante con el predominio de su temperamento y los sueños de su fantasía, hasta la madurez en

las vicisitudes y las luchas en que culminaran las dotes que le destacaron en su época y en la posteridad. Es que ello está estudiado con la intensa atención del culto del autor a la figura prócer de Gómez: en las excepcionales manifestaciones de su sensibilidad y su carácter, de su cultura y su talento; en el poeta y en el tribuno, en el jurisconsulto y en el polemista.

Y todo se halla explicado, en el hombre y en los sucesos en qué intervino, por los motivos de su advenimiento y por el sentido de su trascendencia. Y así se rememora por qué y cómo la propia calidad del alma que temprano le hiciera conocer el sabor amargo de la vida, le preservó hasta el fin de sus días de los descensos morales que con tan lamentable frecuencia llevan al triunfo en las actividades políticas y propician los encumbramientos en los poderes públicos de muchos países... mientras se invocan y exaltan las virtudes cívicas y los deberes del patriotismo.

Es que en realidad, tal como lo dice el autor: «Este hombre fué un puritano enamorado de la doctrina estoica y de los principios que informan el sistema político anglo-americano. Para salvar intacta su concepción del gobierno representativo concluyó por volver los ojos, con nostalgia, hacia los partidos históricos y declarar que la democracia, en manos de pueblos ineducados o corrompidos, y de déspotas y caudillos, había hecho bancarrota, y que era preciso que la sociedad buscase nuevas orientaciones para alcanzar el ideal del self-government».

*
* *

Ponen término al libro páginas que ofrecen la melancólica visión del ocaso del Doctor Julio Herrera y Obes en el sendero que concluye para él. Con amarga intensidad evocativa, muestran los últimos días de aquella vida que en los de otras etapas de su transcurso brilló excepcionalmente en las actividades políticas de la prensa, los parlamentos y el gobierno.

Así, por la fina sensibilidad del autor llega en la lectura la emoción del contraste de las decepciones del eminente hombre público tras las horas adversas, con el pasado optimismo en los triunfos de la plenitud del talento y del carácter. Y cuando se termina de leer esa sentida rememoración del infortunio en qué finalizara aquella alta existencia: se diría que queda en el lector la dolorosa noción de una injusticia de los tiempos en que concluyera su accidentado destino aquel espíritu de excepcional prestancia. Por eso, ello trasciende en esta evocación como una sentencia de última instancia en la posteridad.

Así termina la valiosa contribución de conciencia y criterio históricos que Raúl Montero Bustamante ha brindado para mayor fundamento del juicio, a quienes anhelen apreciar los diversos valores

de las vidas a que se refiere su estudio. Y por ello cumple destacar que desde el principio hasta el fin del libro todo despierta, mantiene y acrecienta el interés del lector, en esta serie de semblanzas, dignas por sus conceptos y estilo de la alta jerarquía intelectual y literaria del autor.

JUAN ANTONIO ZUBILLAGA

LOS FANTASMAS DE SANTA TERESA (1)

EVOCACIONES Y NARRACIONES DE ROCHA

DON PEDRO DE CEBALLOS

I

Hace algunos años, durante un atardecer áspero, duro y crudo de agosto, yo miraba con humildad los horizontes que ciñen los campos de la fortaleza de Santa Teresa, en Rocha. Estaba apoyado en lo alto del bastión de San Clemente, junto a la garita de casquete musgoso, desde la cual se columbran allá, la masa oscura de los cerros de Navarro, cuyas puntas se hundían a esa hora en las nubes aborrascadas que avanzaban despacio hacia el norte; acá, los bañados de alta espadaña, de juncos oscuros y de tiririca cortadora; allí, las pequeñas lagunas, en cuyos ángulos de poliedro se amontonaban esmaltes saltarines y nácares temblorosos; más lejos, la ciénaga del largo y plano camino de la Angostura; acullá, las puntas escarpadas contra las cuales ataca y reniega porfiadamente el océano; y por último, rumbo a la frontera, en la lejanía del noroeste, las crestas de los cerros de San Miguel, encendidas por los fuegos oblícuos y cruzados del sol poniente.

Yo extendía y dilataba la mirada para alcanzar a ver los trillos y las sendas, animados por los resuellos sordos del agua; los pasos que no daban paso; los cañadones ahondados por las vertientes, todo bajo un aire que picaba la piel y bajo una luz que caía casi muerta en la enturbiada extensión de la laguna Negra, en la envoltura acuosa de los árboles y en las puntas de los cerros del sur. En los contornos que la retina lograba abarcar, el oído no recogía ninguna voz. Todo el espacio cóncavo, desde la tierra al cielo, contenía con aparente fatiga la masa pesada de un compacto silencio. Y sólo cruzaban de vez en cuando el aire, con las alas tendidas y firmes, pájaros de alto vuelo que se arrojaban de pronto como saetas en el hoquedal.

Entre la niebla que subía del lado del sur y la sangre que se amontonaba en el tramo del oeste, Santa Teresa vivía su esfuerzo de creación suprema en aquel atardecer de agosto de 1938, porque había perfecto equilibrio en todo su vigor natural, trabazón armónica del suelo mudo y del cielo hosco, del aire y la luz; concierto y enlace del agua turbia de los caminos con las nubes que, dislocando el borde

(1) El bellísimo trabajo que publicamos constituye el primer capítulo de la obra que con este mismo título dará el autor a la estampa, obra que aparecerá a mediados del año 1946.

de sus vellones, se empujaban hacia el norte; orden agrio y soberano; atadura callada, ligamiento íntimo, desnuda unidad.

Recuerdo que frente al firme designio secreto que, sin oposiciones, juntaba y ajustaba con maestría las líneas, volúmenes, colores y jugos de la naturaleza, mi espíritu se incorporó aquella tarde al paisaje de duro ceño, encontró en él su asilo, su cómoda morada, y empezaron entonces a abrirse despacio, por manos invisibles y por las sendas intrincables del alma, los lienzos entre cuya urdimbre están inscriptas las hazañas que en lejanos tiempos aquí sucedieron.

Soñé que una voz honda y lejana, como de otro mundo, acompañada por el movimiento de manos no vistas, dijo:

La corta y nutritiva grama que crece en aquel cercano cerro de Brum, familiar a tus ojos, nunca fué oprimida por plantas de hombre tan ilustre y valeroso como don Pedro de Ceballos Cortés y Calderón. Tenía cuarenta y tres años cuando escaló esa altura verde para clavar en ella, en abril de 1763, el pendón morado de Castilla. Ya había merecido la confianza de tres reyes, Felipe V, Fernando VI, y Carlos III, y brillaban legítima y limpiamente en su ancho pecho los cordones de la Orden de San Genaro y la Cruz de Comendador de Sagra y Senet en la de Santiago.

En esa madurez temprana de su edad, el centro de su frente curtida por los soles ardientes del verano y los vientos helados del invierno, estaba cruzado verticalmente por dos pliegues rectos. La luz de sus ojos tenía un tinte sombrío. Finos y enérgicos eran sus labios. Bien trabados sus músculos. Impasibles sus nervios. Serena y clara la mente. Impávido el corazón.

Sabía mandar este que fué capitán de la caballería de Aragón a los veintitrés años, brigadier después, teniente general más tarde y, por último, primer virrey del Río de la Plata. Sabía mandar. Y sus voces de mando eran agudas, frías y lacónicas, estrictas e incontestables.

¿A qué estirpe pertenecía este singular guerrero, cuya espada lucía, no el brillo terso de cosa metálica guardada en forro, sino el vestigio de viejas herrumbres a lo largo de la templada hoja y alguna que otra pequeña hendedura en el filo, cicatrices del arma que desnudóse muchas veces y tiñóse en sangre, sin menoscabo, en las cruentas guerras itálicas?

¿Qué empresas acometieron sus ascendientes y qué títulos ostentaron? ¿Cómo eran las casonas amuralladas en que nacieron, soñaron y murieron?

Calló la voz lejana. Y mientras dos murciélagos cruzaban frenéticamente y sin ruido por encima del ancho muro de la Fortaleza, las manos invisibles arrollaron la escasa parte abierta del flexible lienzo. Y la voz prosiguió, más lejana y honda todavía:

Tronco de la estirpe, fundador de la casa, fué el conde don Alonso, nutrido de los jugos de la tierra de Liébana, en los Picos de Europa. Dice la leyenda que, armado de larga pica, bajó por las estri-

baciones de las montañas cantábricas y avanzó entre breñas hacia los valles estrechos para unirse a las huestes cristianas que, con don Pelayo a la cabeza, abatieron la confusa gritería del moro sagaz en la gran batalla de Covadonga, arranque de la epopeya de la Reconquista que duró ocho siglos. Su escudo de armas era de plata, con tres bandas de sable cuarteladas con otras de alianza, y bordadura jaquelada de oro, y gules en dos órdenes, y un jefe de gules cargado de una cruz de Calatrava, y otra bordadura con este lema: *Es ardid de caballeros, Ceballos para vencellos.*

Retoños pujantes de aquel tronco fueron don Fernando Martínez de Ceballos, quien también peleó con los moros y les arrebató la villa de Alarcón; don Gonzalo Díaz de Ceballos, camarero mayor del rey Fernando IV y alcalde mayor de los hijosdalgo; y aquel almirante que fué de Castilla, en mil trescientos treinta, don Diego Gutiérrez de Ceballos, y aquel otro Ceballos, don Gutiérre Díaz, prior de San Juan, quien floreció en el reinado de Pedro I de Castilla, el justiciero y el cruel.

Rama elevada del tronco de Liébana, fué don Diego Francisco de Ceballos Ruíz de Alarcón, caballero de Alcántara y conde de Valverde, de la orden de Carlos III, cuya cuna fué Cuenca, la ciudad que tiene los títulos de muy noble, impertérrita, fidelísima y heróica, abrazada por los ríos Júcar y Huecar, cuyas aguas, corriendo bajo los arcos de los puentes y entre barrancos y tajadas piedras, trasmiten su fuerza, más allá del poblado, a la muela de los molinos y riegan las huertas y vegas ricas en legumbres, miel, cera y azafrán.

Caballero de Santiago y Veinticuatro de Jaen, fué don Francisco de Ceballos Villegas, a quien le fué concedido, en mil setecientos ocho, el título de vizconde de los Villares. Su cuna fué Bárcena, la de los valles extendidos entre altas montañas, donde crecen pastos abundantes y se multiplica el ganado de lustroso pelo.

Brotaron, crecieron y reverdecieron más tarde don Manuel Francisco de Ceballos Guerra y de la Vega, conde de Villas Fuertes y Caballero de Calatrava, natural de San Felices de Buelna, cuyas tierras llanas producen la castaña y el maíz; don Antonio María Pinel y Ceballos, marqués de Ceballos y caballero de Carlos III, natural de Madrid, la ciudad imperial y coronada, y muy heróica, cuyos términos son protegidos por la sombra azul de la sierra de Guadarrama.

Y Francisco Ceballos Vargas Prieto, marqués de Torrelavega, y Joaquín de Ceballos Escalera, marqués de Miranda del Ebro, y la hermana de don Pedro, doña Antonia de Ceballos Cortés y Calderón, marquesa de la Colonia de Sacramento.

Iban desplomándose las primeras sombras vespertinas en las hondonadas de los campos de Santa Teresa, cuando la voz profunda enmudeció un instante para proseguir así:

Vivían los varones de esta estirpe en austeras casonas de piedra, a través de cuyos intersticios rezumaba la nobleza y la autoridad de la raza hispánica.

Había una en Santander, la tierra de la antigua Cantabria de los visigodos, rica en plomo y saturada de hierro. Afirmada sobre un risco, tenía alta torre cuadrada con su cosa llana, troneras y barbacanas. Frente a la torre y dentro del coto redondo, el sol naciente alcanzaba a derramar sus oros en la fachada de una pequeña iglesia, en cuya capilla mayor se rendía culto a Santa Ana. Dos sepulcros de piedra flanqueaban la capilla. Allí reposaron largo tiempo los despojos del señor de esta casona, Ceballos el caballero, y de otros varones que se habían atribuído el patronato de la santa.

Otra casa solariega de este linaje perfilaba su estructura pétrea en tierras de Santa María de Cayón. Era ancha y grande, de techos a cuatro aguas, de torre a cuatro esquinas, y tenía una iglesia en la cual del lado de la Epístola y del Evangelio, sepulcros de piedra pulimentada protegían el largo sueño de abades que en vida disfrutaron de abundantes diezmos.

En Castañeda, se incorporaba al azul, rectamente, sin obstáculos, la oscura geometría de otra antigua casona, de la que fué señor Juan Antonio de Ceballos y Miera. Su torre era de tres suelos, toda de piedra de sillería, circunvalada de paredes fuertes, a cal y canto, con sus almenas y cubos no a trechos, sino a toda muralla. Dentro del patio y frente a la torre, emergía el remate del campanario de una ermita, en cuyo interior sombreado los velones amarillos aplicaban lumbre muy dulce a la imagen venerada de Santiago, el apóstol de la cruz bermeja.

Calló de nuevo la voz. Y mientras los dedos invisibles retomaron el lienzo para seguir abriéndolo, los campos de Santa Teresa se iban trasmutando lentamente en la blanda niebla y en la oscuridad. Ya no se alcanzaban a ver los cerros, ni el agua de la laguna Negra, ni las barrancas del Potrerillo, ni el monte de viejos arrayanes de la isla de Correa, ni los charcos blancuzcos de la Llanada, ni la verde punta prominente de la Coronilla, ni las altas dunas, ni el cercano mar. Envuelta en la baja cerrazón, Santa Teresa se borraba bajo un cielo sin brillo y cargado de nubes, a las que el sol ya oculto aplicaba, en el arco de occidente, con desesperada saña, sus últimos resplandores lívidos. Se borraba el campo, apoyado en los horizontes invisibles del norte y del sur, para aspirar acompasadamente la cerrada humedad, para absorberla por las células de las raíces y de las verdes hojas perennes de los árboles y por los tallos cuyos estrechos conductos llevan las sales y los óxidos a los troncos corpulentos donde se forman los almidones, los azúcares y los líquidos claros y gomosos de la combustión vegetal. Se borraba el campo en medio de un silencio aparente, porque a la hora en que las sombras de la noche resbalan por los bajos y suben por las cuchillas, recomienzan los procesos y las aventuras de la naturaleza: se abren los poros; el árbol siente el esfuerzo lento y callado de su estirón; acentúa el hongo el tinte canela de sus carnes acorchadas y, abriéndose y enderezándose junto al tronco del aguaí, los corroe con indeclinable fe-

rocidad; los parásitos trepadores y los líquenes grises, rojizos y amarillentos renuevan sus agresiones pertinaces e inoculan en la corteza vegetal el veneno de la podredumbre. Atrapada por el zorro, gime la liebre en la estrecha puerta de su cueva. La araña no alcanza a esconderse en la grieta de la piedra, porque el ñacurutú veloz hunde con acierto su pico en el tórax velludo y la inhibe para la picadura. Con medio cuerpo fuera del agua, la fecunda nutria avanza nadando y corta con el filo de sus poderosos incisivos los tiernos cogollos del bañado. Pero no sabe que por los comederos y canales, y en distintas direcciones, las paletillas de las trampas de hierro, sujetas por cadenas a estacones horquetados, saltarán un jeme al más leve contacto, y los aros abiertos habrán de cerrarse fuertemente entre los quejidos del animal cautivo. Así durante toda la noche hasta el anuncio y arranque de la amanecida. En ese instante, se abrirá paso sin ruido, entre la fetidez de la paja del bañado, el nutriero de tamangos de trapo, y los músculos y nervios de sus manos aplicarán con acierto otros resortes poderosos sobre la codiciada felpa del mamífero. Con las dos púas de sus alas, el tero acomete a la bigotuda comadreja colorada que avanza lentamente con su gran cola hacia el nidal. De regreso de las sierras, los pardos caranchos, de curvas uñas y combados picos, suspenden su vuelo de altura y planean en semicírculo, con empeño sanguinario, sobre la res entumecida. En lo más escondido del bañado, cerca del rincón Silvestre, el ciervo, echado al lado de la hembra, hiergue de pronto su cabeza arbolada, y, levantando el hocico, husmea en el aire lleno de fermentaciones y aguza el fino oído, porque presiente que el mano pelada, bravo zorro de pelo erizado en la nuca, viene asentando sin ruido y con astucia toda su mano de plantígrado por el lodazal. Y en lo más hondo del monte de la isla de Correa, protegida por las espinas del caraguatá, los redondos ojos de oro del gato montés fulguran en acecho en la intercepción de dos altas ramas de un viejo curupí. También por la isla de Correa, entre la paja del bañado, no es improbable que durante esta hora cruda de agosto, algún novillo medio bagual de los que disparan al monte cuando se hacen las juntadas del otoño, brame de dolor y cabecée, con las patas acalambradas, porque uno de esos perros pampas que cruzan solitarios y hambrientos por los campos vírgenes, olfateó el rastro del vacuno, lo atacó por los cuartos y le ha comido entre gruñidos las glándulas genitales.

Hay extraños roces, quejidos cortos, sordas resistencias y tratos brutales entre los retorcidos brazos de los árboles, sobre la grama húmeda y en la maciega que circunda el charcal.

Es la hora en que las cuadrillas de contrabandistas acondicionan los cargueros de tabaco en lata sobre los colchones de pasto seco ajustados al lomo de las yeguas, para internarse en la densa oscuridad por las barritas del río San Miguel, pronta el arma larga, firme el pulso, dilatada la pupila y sin tribulaciones el corazón. Y si no se

interpusiera en el espacio esta pesada cosa de niebla, sería también la hora en que a ras de tierra, en la elevación de la vieja casa pétrea de Antuñano, abandonada y ruinosa, aparecería una luz fosforescente verdoso colorada, convulsiva y desigual, que iría inflamándose en una masa imprecisa y traslúcida: envoltura incorpórea, fantasma de ultratumba, alma en pena, globito de gas, ante el cual la aguja imantada del espíritu llegaría a romper el equilibrio de su ligero movimiento para detenerse suspensa en el polo de la superstición.

Es la hora en que se operan las transformaciones mágicas y las trasmutaciones de la licantropía. Deciden visitarse las lechuzas a las puertas de sus madrigueras, en el ortigal; la mujer quema ruda para ahuyentar el maléfico influjo, y el hombre prepara con sigilo su retobo de lobizón.

Es la hora en que los perros se amohinan y aullan triste y prolongadamente.

Y, sin embargo, los gérmenes de la vida y las ansias de la muerte, el ataque, la defensa y la capitulación, la zarpa que se echa, el ojo que se encarniza, la uña que a viva fuerza rompe, el diente que tritura y el ala que sacude, abatida, el suelo húmedo, todos los instintos antagónicos de la conservación que en este momento irrumpen sin piedad sobre esta tierra áspera de Santa Teresa, están como encubiertos y amparados por un silencio a través del cual el oído sólo logra recoger netamente, sobre la muralla, la vibración de los élitros cantadores y el largo estridor del mar.

*
* *

Con los nervios tensos y trémulo el espíritu iba yo a deslizar los pies, sin ruido, como un ladrón, por el declive cubierto de musgo del bastión de San Clemente, cuando tuve la sensación bien perceptible de que la mano no vista movía sus falanges sobre mi hombro, y sentí otra vez la honda y lejana voz:

Dame de nuevo vado —dijo— por los vericuetos de tu memoria y por las encubiertas sendas de tu alma para colocar, en aquéllos y en éstas, duraciones que puedan mantenerse, mojones que fijarán las proezas que en remotos tiempos vieron estos lugares. No te importe, ni te sorprenda que rompa con mi voz la tapa convexa del arca que guarda tus emociones, recogidas en la noche de la naturaleza elemental y pura, ni que altere, con la prosecución de mi relato, los enagenamientos de tu ánimo, porque esto que voy a decirte ahora de don Pedro de Ceballos y de los grandes que en pos de él vinieron, lleva en sí desasosiego de vida y ahogo de muerte, buenas y malas venturas, valor y miedo, sed de infinito, menguada codicia, preeminentes honras, castigos infamantes, himnos de victoria y llantos de capitulación: todo lo que el espíritu del hombre y su envoltura car-

nal gozaron y sufrieron en esta disputada lonja de tierra, cercada por los bañados y mordida por el salitre del mar.

Escúchame: cuando los leones de Castilla, cansados de haber tendido tantas veces sus garras por los ámbitos del mundo, se despolvoreaban los ojos en blanda postura de molicie, pasó pomposamente por aquí, acompañado de obediente séquito, un hombre de extendida fama. Blasonaba de diplomático despierto y astuto. Y en su ejecutoria lucía la credencial de alto comisario de la corona portuguesa. Era don Gómez Freire de Andrade, conde de Bobadela. Su meta era el arroyo Sarandí del Consejo, del otro lado de la villa de Castillos y a quince leguas de aquí. Allá lo esperaba, también con pompa y séquito, otro hombre de punto, el arrogante marqués de Valdelirios, alto comisario español, nacido en la tozuda Lima. ¿Qué negocio importante los convocaba en las márgenes de aquél arroyo, cuyas aguas desvían mansamente su curso al pie de las corpulentas y sinuosas sierras de Sellanes? ¿Qué empresa, qué designios, y qué propósitos del entendimiento? La historia nos enseña que los dos embajadores se proponían concluir un tratado de límites en estas tierras meridionales de América, por el cual el Rey Fidelísimo cedía al Rey Católico, a cambio del territorio de las Misiones, rico en yerba mate y en algodón, la plaza de la Colonia del Sacramento, levantada donde precisamente se angostan los anchos términos del río de la Plata.

Llevaba el conde, en sus cofres, espléndidos regalos de oro para el marqués, y en su boca el otro oro de alquimia de las palabras con que iba a hablarle.

También la historia ha revelado, a la luz de la verdad, cómo cayó el marqués en la red tejida por el conde con los espejismos de la hipérbole, con los instrumentos de la reticencia y con las figuras equívocas de la circunlocución. ¡Ah, y qué triste! El don de la palabra, la gracia y bien que hemos recibido de Dios, tuerce a menudo su destino y cae al servicio de la argucia en el doble juego de la anfibología.

Pero el rastrero oficio que encubre los surcos por donde opera el pensamiento, no logró ejercer esta vez cómodamente su función, porque en la Santa María de los Buenos Aires, cuyos timbres de muy noble y leal empezaban a brillar, el alma y la espada de su valeroso gobernador se apercibían para destrizarlo.

Don Pedro de Ceballos atisbaba, del otro lado del río, el aparato verbal con que el conde lusitano decoraba las siete conferencias del tratado; fijaba su atención en los hilos sutiles que sostenían la postura de los dos personajes; las falsas luces que los iluminaban y la tiesura afectada e ingenua con que el marqués oía al conde en su rol de consumado escamoteador; y penetraba la esencia de la intención bajo el aceite de las palabras, como el rumbero de estos lugares presiente por intuición, bajo la capa de esa niebla, la zanja que acá se abre y el tembladeral que allí abajo acecha.

Sin hacer alarde de sus grandes facultades inductivas, el guerrero convocó a sus fieles amigos, los tenientes coroneles don Diego de Salas y don Francisco Maguna, los capitanes don José Molina y don Lucas Infante y el capellán Francisco Montero, y les dijo con expresión firme, escueta y precisa:

—Este tratado de límites es un sarcasmo y un fraude para España. Obliga a la Corona a ceder al Imperio de Portugal los vastos territorios de las Misiones con sus siete pueblos creados con la sangre y la fe de los padres jesuitas, a trueque de la Colonia del Sacramento, enclavada en el corazón de los dominios platenses y legítimamente nuestra. Quiero persuadir a Su Majestad de esta inícua maniobra. Quiero rogarle que la impida y que me ordene desajustarla y destruirla, no con la réplica inútil de la argumentación verbal, blanda a la intriga, sino con la eficacia del fuego y la virtud del acero. El aciago destino que está corriendo España radica en esta superstición del discurso, en este empalago de la palabra, en el artificio de sus prosistas y en la mentira de sus poetas.

—¿Y qué hace Valdelirios? —preguntó Lucas Infante.

—Admitir como cierto todo lo que arguye el palabrero y falaz marqués. Colgado de lo que su boca dice, se esponja como un avestruz. Pero, Dios mediante, yo he de saquear su nido de fatuo limeño, armado con el barro de su inquina para los padres de la compañía de Jesús, a cuyo denuedo se debe el florecimiento de las poblaciones de San Borja y de San Nicolás, de San Luis y de San Lorenzo, de San Juan, de San Angel y de San Miguel, con sus treinta mil indios guaraníes, convertidos en vasallos del imperio por la cruz del Salvador y por los hábitos del trabajo; con sus iglesias y sus establecimientos agrícolas; con sus estancias y su ganado numeroso, todo lo que España, en cumplimiento de ese tratado, habrá de entregar si no logro persuadir a Su Majestad del fraude que el convenio entraña.

Los hombres que, instruídos en las cosas de la historia colonial, han escudriñado la masa de legajos de la Audiencia de Buenos Aires, guardada en el Archivo General de Indias y en el Archivo General de Simancas, han hecho patente y manifiesta la deslealtad de Portugal y la paciencia de España en el ajuste y conclusión de aquel convenio y en su ejecución definitiva, y han demostrado a la luz de la verdad, con espíritu de sana crítica, el fundamento de las graves presunciones del gran guerrero hispano. Pues, mientras España, fiel a la inútil palabra empeñada, evacuaba las siete florecientes poblaciones del Río Grande, de la Corte de Lisboa se impartían órdenes subrepticias tendientes no sólo a retener la plaza de la Colonia sino a fortificarla más todavía con el desafío de sus cañones de bronce y de sus cortos y anchos morteros. Es que el nunca bien ponderado río de la Plata, cuyas ondas se juntan, se atan y se desatan con las del Océano en estas costas rochenses, por el cabo de Santa María, fué siempre un bien que despertó la codicia de Lisboa, porque la posesión de su margen septentrional aseguraba el dominio de sus

amplios términos desde el surgidero de Maldonado hasta la cuenca del estuario, donde tienen su arranque las rutas que ofrecían todavía a la ambición, los tesoros de oro, plata y esmeralda de las altas tierras del Perú.

Cumplíose el designio del gran guerrero. Se anuló el tratado de 1760. Y dos años después, desde Buenos Aires las ondas del río se volvieron ante el empuje de la fragata La Victoria, del navío Santa Cruz, de tres avisos y de varios lanchones, puestas las quillas hacia el puerto de la Colonia del Sacramento. ¿Cuál era la empresa fuertemente pintada en el pecho de bronce del capitán de aquella flota? Abatir para siempre y con la espada el poderío portugués en el río de la Plata; recuperar definitivamente para España las plazas y territorios usurpados por la corte de Lisboa; darle larga duración al cetro hispano en esta América meridional.

Las islas de San Gabriel y el Farallón, donde las aguas del río se convulsionan, vieron pasar cabeceando las naves, en cuyas cubiertas se agolpaban dos mil criollos y mil doscientos indios.

Arbolaba su insignia, en la fragata La Victoria, el jefe don Pedro de Ceballos. Erguido en la proa, bajo las vergas en alto, su pupila se distendía fríamente hacia la plaza. Sus labios estaban plegados en una especie de misteriosa reserva. Y sólo los nervios de su mano, asida a la tasa, traducían en el juego firme de su trabazón, el pensamiento sólido y rápido, la autoridad indiscutida, la decisión inalterable y el coraje moral. Ninguno de sus oficiales más allegados lograba penetrar sus designios. Nadie hablaba. Nadie controvertía. Y aquel de sus ayudantes que hubiera osado formular la más leve proposición acerca del ataque, se habría confundido ante la mirada muda, profunda y fría de su jefe. Sabía mandar. Y como ya había contado, medido y pesado todos los elementos de su determinación de vencer, su orden de acatamiento alcanzaba por igual desde el primero de sus jefes hasta el último de sus soldados.

Desembarcó del lado de la farola, a tiro de cañón de las casas ruinosas de la plaza que apenas se sostienen actualmente sobre las calles de las Misiones, Las Flores, Solís y Sarandí. Construyó una batería de diecinueve cañones para tirar bala roja y de rebote y abrió una trinchera.

El 11 de octubre de 1762, el brigadier Vicente Silva Da Fonseca, gobernador de la Colonia, recibió este seco mensaje:

Os rendís a discresión, o todos vosotros seréis pasados a cuchillo.

El brigadier lusitano respondió negativamente. Y empezó el fuego. Las brechas se abrían. Y el asalto del español era inminente.

Os propongo rendición — fué el segundo mensaje del jefe hispano.

El jefe portugués acabó por aceptarla.

Cesó el fuego. Los sitiados habían peleado bravamente durante ocho días. Doce compañías de infantería, de cincuenta hombres cada una, dos de dragones y seiscientos milicianos silenciaron sus ar-

mas, y se enfrió el bronce de ciento doce cañones. Cayó la plaza. Pero cayó con honor, porque hubo lucha y resistencia. Así lo entendió el gran Ceballos. Y dispuso que el vencido gobernador portugués saliera a embarcarse por la Puerta del Colegio con todas sus tropas, banderas desplegadas, bala en boca, mecha encendida y tambor batiente.

Cinco meses después, los campos de esta Banda Oriental, desde la Colonia del Sacramento hasta el surgidero de Maldonado, vieron subir y bajar por sus cuchillas armoniosas mil hombres y ciento setenta y nueve carretas. ¿Qué propósitos llevaba y a dónde iba ese ejército mandado por don Pedro de Ceballos? Venía hacia aquí, hacia Santa Teresa, y se proponía vencer a otro militar, el coronel de dragones portugués don Tomás Luis de Osorio, cuyas tropas habían levantado defensas de fagina y arena en este lugar en que la piedra eleva ahora al cielo su bien organizada arquitectura.

Era intrépido y de limpia sangre este guerrero lusitano, gajo de una ilustre familia española, la del conde Guterre Osorio de Mauregato, rey de Oviedo y de León, cuyo hijo, el conde don Osorio, fué a poblar en tierras de Portugal.

En Maldonado, último descanso de su larga jornada, el guerrero español meditó largo rato frente al estuario, en el puerto que dió en llamarse de Nuestra Señora de la Candelaria, donde los hombres que vinieron en 1516 en las carabelas de Juan Díaz de Solís, clavaron una cruz de quebracho a cuyo pie se ofició el Santo Sacrificio de la Misa por vez primera en estas tierras rioplatenses. Revisó después su plan de ataque, inspeccionó las armas, dictó disposiciones inapelables, sometidas previamente al largo y prudente examen de su inteligencia, y dispuso que el ejército en dos columnas marchase hacia estos lugares. Era el 8 de abril de 1763. Las quebradas que hoy se llaman de Garzón vieron pasar estas tropas; sintieron el crugir de las ciento setenta y nueve carretas pesadas, cuyas ruedas de llantas de madera, envueltas en lonjas de cuero crudo, cortaban la grama tierna; y recogieron el relincho de la caballada y el largo mugido del ganado vacuno que en pos avanzaba. Diez días después, la mancha oscura y movediza de los hombres, caballos, reses y carretas, entraba a la Angostura, aquel camino gredoso cuyas arterias tú conoces, flanqueado por los altos arenales del océano y por los bajíos de la laguna Negra. Los cuadrúpedos y las carretas quedaron en las laderas del cerro de Navarro y el ejército eligió como escondedero, bajo la oscuridad de la noche, el flanco sudeste del cerro de Brum, envuelto ahora en densa niebla. Ceballos veló durante toda la noche, y cuando en la línea oceánica, sobre el este, más allá del ancho y oscuro dorso del mar, empezó a aventarse la bruma para dar paso al rosicler, la famosa orden ya estaba prendida en el pecho de cada uno de los combatientes: «Siendo de igual importancia a las armas del rey como al bien del Real Servicio hacer en el enemigo tal destrozo que, asegurada la victoria, no les quede arbitrio para po-

derse volver a juntar, se previene que, hasta que yo lo mande, no se dé cuartel, sino que obrando todos con la bizarría que es propia de la Nación Española, lo lleven todo al filo de la espada. Ningún soldado se divertirá, pena de la vida, en el saqueo».

El despuntar de la aurora y los primeros rayos del sol pusieron de pronto un brillo recíproco en los aceros resplandecientes, y el ejército bajó como un vendaval por esta otra ladera del cerro de Brum. Empezó el fuego ardoroso y fiero de la pelea cuerpo a cuerpo en las defensas portuguesas. Entre el polvo y el tumulto, voces inarticuladas, breves sarcasmos, gritos jactanciosos y juramentos redondos, atronaban el oído. Las hojas de acero, embazadas en el pecho, se empapaban de punta a puño en copiosa sangre caliente, y el herido, penetrado de dolor, caía de bruces con la boca contra el suelo. Cuando la mañana ya había hecho dos jornadas y el viento del sur, mugiendo en las altas copas de los coronillas, libraba de cendales las crestas de los cerros de San Miguel, la batalla estaba en su apogeo, bajo el deslumbre del sol. Desde el puesto de mando, Ceballos paseaba su mirada fría por todo el ámbito donde ardía la pelea. Observaba el avance y el retroceso y, sin que sus músculos se alterasen, advertía que sus soldados peleaban de un modo estupendo. Hubo un último desesperado entrevero. Dos horas después, la ruina del ejército portugués no podía diferirse más. En la comba de aquel cerro de Brum, Ceballos seguía impertérrito. Abajo, por este camino de la Llanada, rumbo a la frontera, la soldadesca lusitana huía con espanto y a la desbandada. En la historia está dicho lo que pasó después. Extendía la tarde sus últimas brasas sobre las sierras de San Miguel, cuando Osorio capituló, bajo los pomposos pliegues del pendón castellano. No hubo honores para el caído. Prisionero del español, llegó a Buenos Aires con la pesada y oscura carga de su tristeza. De allí pasó al Río del Janeiro y compareció por último ante el tribunal que en Lisboa se había constituído para juzgarlo. El fallo establece que fué cobarde y traidor. Y fué sentenciado a muerte. Las manos del verdugo, esmeradas en la ejecución, le echaron la soga al cuello y lo colgaron de la horca. Era el 21 de abril de 1768, exactamente cinco años después del desastre. Ese día, los dos lobos purpurinos en campo de oro del escudo del coronel de dragones portugués, languidecieron para siempre entre los tres palos trabados del instrumento infamante.

*
* *

Calló la voz. Por los laberintos de la memoria penetró un silencio largo, opaco y denso, como el que caía en aquellos instantes, aparentemente, sobre los campos de Santa Teresa. Pero de pronto, por uno de esos raros juegos de la fantasía, por una caprichosa trasposición del espíritu, por un sortilegio de la imaginación que en sen-

tido figurado saca todas las cosas de la nada, en los laberintos de la memoria se introdujeron los colores de aquel atardecer lejano que participó de la derrota. Atardecer de abril. Aire sin cargas. Cielo sin nubes. En las sierras, luz igual. Plata en las lagunas. Espejos rotos en las cañadas. Brillos recíprocos en el dorso del mar. Y en la curva del occidente, entre tintes anaranjados y azules, el sol resbalaba despacio y sin tropiezos hacia otras regiones tramontanas. Por encima del destino dramático de los hombres emergía, en la evocación de aquel crepúsculo vespertino, el orden soberano de la naturaleza, las normas inmutables y eternas de estos campos cuyos términos se apoyan en los cerros espinosos, en los impenetrables bañados y en las altas dunas de la costa oceánica. En ese instante, la bruma exterior fué absorbida por la claridad que brotaba del espíritu. Y sentí la sed de la luz infinita. Hasta que, anudando el hilo del relato, la voz me restituyó a la realidad del pasado, y dijo:

Sin blasonar del triunfo, el gran guerrero se abrió paso, calladamente, entre sus oficiales y, extendiendo la mirada hacia la frontera, meditó largo rato. De sus labios sin pliegues corría, hacia las comisuras, como un ligero sabor amargo. Y sus ojos, fríos y penetrantes, estaban ahora velados por un leve y agrio tinte de melancolía. Apuraba sin duda ese extraño dolor que, después del triunfo, anida en el pecho de todo militar aguerrido. ¿Acaso la vida y la muerte han de estar siempre suspendidas del filo de la espada? Esa soldadesca que huía al impulso del miedo dejando en pos la matanza, la sangre, el polvo y el tumulto ¿no conjeturaba que, por más que corriese, la muerte acerba la alcanzaría golpeándole la nuca si el jefe hispano diera en ordenar que sus tropas no aflojasen en la persecución? Fué así. El victorioso ejército avanzó por la Llanada, flanqueó la Coronilla y siguió, sin dar tregua al enemigo, por el camino que conduce al Chuy. Al día siguiente, capitulaba el comandante portugués del Castillo de San Miguel. Y tres días después, caía el Río Grande de San Pedro y su puerto. ¿Hasta qué región del imperio colonial lusitano en esta América habría penetrado la llameante espada del español? ¿En qué punto de las dilatadas colonias de la corona portuguesa, habría Ceballos decidido dar reposo a sus tropas? ¿En Santa Catalina, o allá arriba, en el Río del Janeiro, cuyas cajas contenían millones de pesos fuertes, cuyos almacenes guardaban más de ciento cincuenta mil cueros contrabandeados desde la Colonia del Sacramento, y cuyo dominio importaba, para su Majestad Católica, el otro gran dominio absoluto de las dos márgenes del río de la Plata? ¿Qué pecho de militar, qué valor, qué audacia, qué temple y qué denuedo habrían logrado oponerse con fortuna a los designios que ardían en el pecho, duro en apariencia como un risco, del nunca bien encarecido guerrero español? ¿Hasta dónde habrían llegado a flamear, en las colonias del Brasil, los pliegues del pendón morado, y hasta dónde se habría dilatado y aposentado para siempre, a cambio del dulce idioma portugués, la recia, clara y rica len-

gua de Castilla? De nuevo, la sutil técnica de la diplomacia venció a la bien templada arma; la música de las palabras se sobrepuso al estampido del cañón; las astutas previsiones detuvieron el golpe de la espada. Quedó el brazo inerme. Y languideció la empresa viril. La historia nos cuenta cómo el Pacto de Familia logró suspender la guerra y malograr la hazaña cuando el español arrollaba al lusitano en tierras valientemente conquistadas. Se pactó una paz sarcástica. Y llegó a América la Real Cédula con el sello de Carlos III. En ella se ordenaba a Ceballos que devolviese a los dominios del Rey Fidelísimo la plaza de la Colonia del Sacramento. El gran guerrero cumplió sin preámbulos la disposición de su Rey. Y el 27 de diciembre de 1763, bajó los estandartes de la corona portuguesa, entraba a la plaza que el río ciñe el gobernador José Suárez de Figueredo y Sarmiento.

La voz honda y lejana se veló un poco. Había cierta cosa de niebla en esa voz, lluvia menuda y blanda, como la que caía en aquellos instantes sobre la grama de estos desolados campos. Pero así como el calor de la luz solar sacude y disipa, al promediar de las mañanas invernales, el humo blanco de las densas cerrazones abriendo horizontes y despejando paisajes, de la misma manera la voz velada adquirió, al calor del espíritu, inflexión ponderable, y dijo:

No se te olvide que las virtudes innatas del capitán general, puestas al servicio de las árduas empresas guerreras, no estaban en pugna con su capacidad de gobernador. Lejos de excluirse, se complementaban. Enfundada la hoja de acero, desde las Misiones volvió a Buenos Aires. Y empezó a trabajar empeñosamente a favor de la grandeza futura de la ciudad asentada sobre las barrancas del Riachuelo. Con la aplicación de enérgicas medidas, redujo el asolamiento del malón indígena en las estancias cercanas; pugnó por librar a las provincias del Río de la Plata de la vigilante tutela limeña; aconsejó los medios por los cuales el puerto de Santa María de los Buenos Aires, acogiendo a los navíos cargados de productos españoles, propendería a la riqueza ascendente de la ciudad dos veces fundada; se esforzó por eliminar las violentas exacciones aplicadas por el consulado de Lima y los guardacostas del mar del sur a la plata que de la ciudad de su gobierno se embarcaba para España; dictó adecuadas disposiciones en beneficio de la salud pública; echó bandos en los que se fijaban términos perentorios, bajo pena de multa, a fin de que los vecinos arreglasen, frente a sus viviendas, los pozos y zanjas donde las carretas se atascaban. La teja, el ladrillo y el blanqueo sustituyeron al barro, la paja y los mojinetes de palma, cuyas puntas avanzaban hacia la calle. Encareció las ventajas de fundar un colegio convictorio para los hijos de la ciudad. Manejó con probidad y prudencia los dineros de las cajas Reales, y cuando entregó el mando al nuevo gobernador, don Francisco de Paula Bucareli y Ursúa, quien al repique de las campanas de los conventos de Santo Domingo y de San Francisco recibía en un cojín, de manos del alcalde de primer

voto, la llave simbólica de la posesión de la ciudad, vaticinó una cosa que los siglos no han desmentido: con el tiempo, será Buenos Aires la ciudad más populosa del Reino.

Ya era el baluarte del poderío castellano. Y era el 15 de agosto de 1766.

Algunas crónicas de aficionados atestiguan que durante una mañana de setiembre, poco antes de que el navío zarpara con el ilustre capitán general del Puerto de Santa María rumbo a España, el ex-gobernador condujo hasta la proa, con aire de protección, a uno de sus más jóvenes y valerosos oficiales, el gaditano Esteban Letar, y le dijo:

—Ven aquí, hijo mío. Te conozco desde niño, cuando saltabas a mis rodillas y no apartabas los ojos de mis galones dorados, en aquella blanca y pulcra casa de tus padres, en Alcalá de los Gazules, el pueblo más lindo de la provincia de Cádiz, tu cuna y la mía. A punto de alejarme de esta ciudad, nada tengo que recomendarte, porque muchas veces te puse a dura prueba y sé cómo te condujiste. Mereces mi confianza y sí por ventura regreso a estas comarcas, espero que no la habrás defraudado con ningún acto indigno de tí. Olvida la pena de un par de grillos que te hice aplicar durante la jornada de Colonia a Maldonado. No fué tanto por tí como por los demás.

—Mi gran general: fuí culpable, pero ese libro, señor, lo leía a hurtadillas, sin que nadie pudiera alcanzar a verlo.

—Lo ví yo, y te ví embelesado en su lectura. Mira: en la guerra, los poetas urbanos como tu Garcilaso, lejos de adobar el espíritu, lo ablandan y lo relajan. Esos pastores que poblaron por momentos tu imaginación y que lloran dulcemente sus cuitas amorosas al pie de un alto pino o a la sombra de una verde encina, destilan y comunican con sus quejas una falsa piedad contagiosa que enerva la decisión de vencer. Que lo que te digo no se te caiga de la memoria. Toma ahora estos tres librotes, y que sean tu gorro de dormir.

Eran La Ilíada, el Amadis y el Quijote.

II

Rodaron cuatro años. Ausente el león, el zorro astuto salió de su cueva apercibido para las correrías. Empezaron de nuevo los movimientos de tropas lusitanas en el linde de los dominios de su Majestad Católica. Más tarde, el portugués asolaba los establecimientos de las Misiones, en las márgenes del Uruguay; cuadrillas de ladrones de ganado merodeaban desde la boca del río Grande de San Pedro hasta la villa de Río Pardo; amparado en la escusa de la confusión, o ya esgrimiendo sofismas, o invocando falsos derechos, el lusitano invadía tierras ajenas donde levantaba fortificaciones y fundaba estancias; disimulado y contumaz, desoía las reclamaciones

legítimas y persistía en la usurpación. Llegó un momento en que la repetida afrenta indujo a España a la ejecución del duro castigo. Y se irguió entonces, de nuevo, en la Península, la figura de don Pedro de Ceballos. Justamente de la bahía de Cádiz alzó velas, durante una fría mañana de noviembre de 1776, rumbo a esta América meridional, una inmensa flota guerrera. Nunca como entonces el viento del Atlántico había henchido tanto paño mayor, mesana y trinquete como aquellos que, sostenidos en fuertes mástiles, dejaron en pos aquel día el cielo de la blanca ciudad cuajada de torrecillas. Nunca tantas quillas juntas cortaron con igual empeño, al unísono y en el mismo sentido, el dorso agitado del mar. Nunca como entonces cupo en pecho humano tanta limpia y levantada ambición. Eran tropas de Gerona, la ciudad de remotísimo origen romano. Eran granaderos de Córdoba, cuya catedral árabe ostenta majestuosa torre cristiana. Eran brigadas de Guadalajara, en cuya meseta, camino a Sigüenza, se hunde penosamente en el aire, la ruina del castillo de Jadrague. Eran soldados de la mutilada Zamora, la del puente bajo cuyo dieciseis arcos corren las aguas del Duero. Eran regimientos de Asturias e infantes de Murcia, la de los verdes cultivos. Y eran grandes de España: el marqués de Casa Tilly, los brigadieres marqués de Casa Cagigal y Juan Manuel de Cagigal, el coronel Conde de Argelesso, el brigadier marqués de Baños, don Eduardo Wall, coronel de Regimiento de Dragones de la Reina, el teniente coronel don Antonio Olaguer Feliú, el brigadier de ingenieros don Miguel Moreno, el brigadier de infantería don Pedro Huelfi, el comandante de artillería don Rudecindo Tilly, el brigadier de tropas ligeras don José Fons, los mariscales de campo don Victorio de Navia y don Pedro Martín Cermeño... En el Poderoso, la nave capitana, se destacaba, envuelta en impenetrable reserva, la figura del comandante general de la expedición, don Pedro de Ceballos, ya virrey del Río de la Plata, por voluntad de Carlos III.

Ufanamente cortaban olas los bajeles.

Aquel endecasílabo de la famosa oda de Moratín a la muerte del monarca liberal, bien podría haberse aplicado, sin mengua, a la grandeza de esta valerosa y dura hazaña.

Atrás volvió sus ondas con espanto...

El empeño era encarnizadamente terrible: anclar los ciento dieciseis barcos en las ensenadas de la isla de Santa Catalina; recoger en las playas brasileñas el mañoso desafío; batir en su propio suelo al portugués; guerrear después a los gobernadores que habían usurpado los puestos del Río Grande de San Pedro; clavar el pendón castellano en las altas dunas de la costa oceánica, desde Punta Grossa abajo; destruir por último la plaza de la Colonia del Sacramento; arrasar sus fortificaciones y cegar su puerto para dar fin a las agudas e interminables discrepancias. En el escudo íntimo y secreto de su pecho, el virrey llevaba fuertemente pintada la conquista con empe-

ño leal, ahinco impaciente y honrado tesón. El 20 de febrero de 1777, el convoy echó anclas a la vista del puerto de Punta Grossa. Cuatro días después, una de las falúas de la flota enderezaba su proa hacia la punta. En pos, en línea de batalla y cabeceando, avanzaban las lanchas repletas de tropa ligera y de granaderos. Cuando los hombres de la falúa echaron pie a tierra, un comandante portugués, solo, esperaba en la playa limpia, blanca y deshabitada. Era el jefe de la guarnición. Sus tropas, formadas por compañías de Gama, caballería de Pernambuco y artilleros de Oporto, lo habían abandonado. Cayeron unos tras otro el castillo de Punta Grossa y el de Santa Cruz, el fuerte de San Francisco y el de San Luis. Cayó toda la costa fortificada de Santa Catalina, con sus cañones mudos y enfilados hacia el mar. Las velas tendidas recibieron de nuevo el soplo del viento. Recomenzaron las quillas a cortar olas y las naves fueron impelidas hacia las rutas del sur, rumbo a Río Grande. Pero no siempre el mar ofrece venturas prósperas. Desde el fondo de sus abismos suele levantar una fuerza incontrastable que, concertándose con la otra ciega que cae de las nubes, engendra la furia de las turbonadas. Entonces, no valen sobre él ni la perseverancia, ni el ahinco, ni la experiencia, ni el músculo, ni el valor. Sacudida por la vorágine y castigada por los desatados vientos, la armada se disgregó en desorden, con las velas apocadas, frente a las marismas de la costa riograndense. Algunos barcos se perdieron en el horizonte brumoso. Y la expedición debió tomar otro rumbo. Sin ser avistada, pasó lejos de aquí, más allá del horizonte marino, para evitar los riesgos de esta brava costa, cuyas salientes rocosas se extienden bajo el mar en restingas que acechan en las puntas del Barco y del Diablo y en las islas del Cabo Polonio. Arribó a Maldonado dos meses después. El 20 de marzo zarpaba de Montevideo. Y el 22, a la hora blanca del alba, cuando el río empieza a repujarse, los ojos ávidos de los guerreros alcanzaron a ver la mancha verde-oscura de la isla de San Gabriel. La costa era una masa negra, sin contornos. El aire estaba quieto y callado. Y arriba, en el cielo liso, refulgía el planeta Venus y se apagaban en lentos parpadeos las pequeñas constelaciones.

Real y positivamente, no anidaba en ese instante el odio torvo en el corazón del virrey, ni en su ánimo la amargura de un triunfo malogrado en las costas del Brasil. Frente a la plaza marítima de la Colonia, enclavada en el corazón de los dominios españoles, preparaba la amplia satisfacción a la afrenta portuguesa, mas el fuego de su pasión excluía el desfogue. No la matanza, no la venganza, no el saqueo, pero era preciso ajustar definitivamente las cuentas y acatar las instrucciones de su Rey. Estaban prendidas en su memoria: «...y recuperar los puestos de Río Grande sin perder nunca de vista la conquista de la Colonia de Sacramento en el tiempo y modo que os parezca más apropósito, en el concepto de que tomada dicha Colonia la haréis demoler y destruir, cegando su puerto cuanto antes se pueda...».

Cuando el despunte de la aurora empezó a rectificar despacio,

con su luz anaranjada, los puntos de aquel pedazo de tierra bañado por el río, el baluarte del Carmen recibió los primeros fuegos y las tropas españolas amagaron el asalto a la plaza por la cortina de la puerta principal. Los barruntos del desastre fueron creciendo de punto en punto en el ánimo de los sitiados. La arrogancia de otros tiempos se trocó en miedo. Y el gobernador lusitano, Francisco José Da Rocha, se rindió a discreción. Dirimida así la contienda de tantos años, ajustadas en definitiva las cuentas, fallado con las armas el pleito espinoso, cayeron las murallas de piedra de la disputada población, y el hueco del abrigado puerto fué como macizado, sin lástima, con los bageles y masteleros portugueses allí surtos. En conclusión, no quedaron vestigios de la plaza fuerte que otrora fuera desavenida cuestión candente, controversia sangrienta sostenida entre las coronas de España y Portugal en el curso de cien años.

Entre los escombros, el general victoriosa pesaba sin vacilar los elementos de su determinación de llevar de nuevo sus tropas hacia el norte para rebasar el territorio de Río Grande. Aquel cercano camino de la Angostura, cuyos tembladerales contrarrestan pérfidamente el empeño de avanzar, y esta ancha Llanada, acribillada de pozos y de engañosos trillos, habrían sentido de nuevo en su esponjada costra una fuerza humana que, lejos de anquilosarse en el barro, volaría por encima de él, porque las alas incorruptibles estaban bien prendidas en el espíritu. Pero el llanto de una flamante reina en estado de viudez bajó hasta el corazón enternecido de Carlos III. María I, reina de Portugal, lloraba a su esposo, el rey consorte don Pedro III. Y el monarca español alcanzó a compartir el dolor de su sobrina, porque al fin y al cabo él era también el viudo inconsolable de su bienamada, fiel y joven María Amalia de Sajonia. Por más que Carlos III se había nutrido del pecho de una mujer firme e intrépida cual Isabel de Farnesio, por cuya sangre corría el ardor belicoso de los Duques de Parma, en los remolinos de su imaginación gravitaba, sin embargo, la herencia sentimental de su padre, Felipe V, rey de Francia y de Navarra, de cuyas quimeras han quedado los pequeños frutos de algunos suaves versos provenzales. Nunca, pues, como entonces brotaron de ojos de mujer, con tanta coyuntura y sazón, tan abundantes lágrimas. Amparada en ellas y en las súplicas que salían de sus labios, la reina Fidelísima logró detener la derrota del imperio colonial portugués y echó el germen del Tratado de San Ildefonso, de cuyas conclusiones, que tocan y atañen a la historia, quiero hacerte merced. Se acabó la contienda guerrera, y con ella, el sueño del preclaro jefe español. Aventajada por el llanto y las palabras, aquiétose otra vez por orden de Carlos III la no vencida y aguda hoja de Ceballos y, limpia de afrentas, fué a sepultarse en la funda con rascadura seca, como la de las cajas cuando caen despacio al fondo de la húmeda y estrecha fosa. Quedó el brazo inerme. Pero no así el templado espíritu. Entre las ruinas de la Colonia, brillaba como una brasa el espíritu del guerrero. Era un rescoldo entre las ásperas ce-

nizas, un tizón encendido bajo la cansada envoltura humana, un juego recíproco de luces sobre la frente, un anhelo del corazón. Y el primer virrey del Río de la Plata dejó la Colonia ya para siempre de la hispanidad, y entró a Buenos Aires bajo los arcos adornados con gallardetes y bajo la amenaza del largo discurso de bienvenida que, con empaque, y en nombre de las autoridades capitulares, iría a espetarle el alcalde de primer voto, don Marcos José de Riglos.

*
* *

En el gran silencio que guardaba la noche, la voz se durmió. Pero las evocaciones siguieron poblando los asilos del alma. Nada se oponía a las combinaciones de las voces del sueño. Nada lo corrompía. Nada conspiraba contra él. No había estrellas que temblaran en el firmamento, ni llanto de luna entre las nubes, ni luces que se alargasen sobre la negra tierra. No había trastrueque ni mudanza. En el orden de la naturaleza, todo tenía apariencia misteriosa y muda, desolada y desierta, siempre bajo la niebla impenetrable. Y así, sin tropiezos ni estorbos, la imagen de Ceballos siguió incorporada con luz propia en los estrados de la soberana imaginación.

Buenos Aires estaba pobre y abatida. Soportaba con sufrimiento el predominio que, con sus privilegios, ejercía a mil leguas de distancia la absorbente Lima. Orgullosa y tozuda, sofocaba el natural desarrollo del comercio y trababa los anhelos de emancipación económica de las provincias del Plata, cuyos pobladores vivían en la somnolencia. El virrey se aprestó a sacudir esos yugos. Aquella ojeriza que mostrara, durante su gobierno iniciado en 1756, por la absorción de Lima, aquel reiterado propósito de que el hemisferio austral, con Buenos Aires a la cabeza, participara de la abundancia y el bienestar, aquellas rectas y sabias sugestiones dirigidas tantas veces sin eco alguno a la Metrópoli para que se intensificase el tráfico con las provincias ultramarinas, aquel celo, aquella honradez y aquella larga visión de gobernante se multiplicaron en el ánimo del virrey, y empezó a tomar cuerpo la obra constructiva.

Vacías las arcas capitulares de Buenos Aires, Montevideo, Paraguay, Jujuy, Santa Fe, La Paz, Oruro, Cochabamba, San Juan de Charcas, propuso y reglamentó la creación de un tribunal de cuentas y echó las bases de la Segunda Audiencia, ambos con asiento en la capital del virreynato del Río de la Plata. La libre internación del comercio par la vía de Buenos Aires hacia las provincias de Chile y Perú, fué declarada lícita y facultativa por auto del virrey, y, a su amparo, los barcos de los vasallos de Su Majestad, empezarían a imprimir realce al puerto de Santa María. Traerían hierro y mercadería de España, y retornarían cargados de cueros. Desde las barrancas del Riachuelo, los vecinos esperaban con alborozado asombro la entrada de la riqueza a la ciudad dos veces fundada y se detuvieron a

pensar cómo la vida se iría haciendo más segura y placentera. Poco a poco, despertaba el sentido económico al impulso de una sana y ascendente ambición de progreso, como otrora despertara el sentido del desprendimiento en la cruz del misionero y en la espada del conquistador.

Postulaba el virrey a la Corona: vengan barcos de Cádiz y de Sevilla, mal que nos pese el asedio de los piratas y corsarios que asuelan el Mar Caribe y el océano Atlántico. Y vengan mercaderes de los puertos de la Península con la carga de sus paños, y artesanos de los pueblos con su arte y con su oficio, y labriegos de los campos con su mansera y con su arado. Vengan, y aporten sus anhelos, sus ideales, sus empresas y su facultad de sufrir, los hombres hispanos, y mezclen su sangre con la pujante de los nativos, e infundan para siempre en estas tierras de América el sentido heroico de la conquista, la exaltación del valor humano, la dignificación de la vida.

En una de sus exhortaciones, recordaba la gran verdad que San Pablo anunció a los corintios en los albores de la Iglesia: todos los hombres son hijos de Dios; tienen la misma naturaleza y el mismo destino; todos son iguales entre sí; ya no hay esclavos; la libertad es condición de la naturaleza humana.

Pero España, antieconómica y soñadora, agotaba a la sazón sus energías y sus riquezas en la dura contienda por la conservación de la unidad de la fe en Europa, y las sugestiones del virrey no fueron cumplidamente acogidas por su soberano. No desmayó por eso el capitán de otros tiempos y hoy primer virrey del Río de la Plata. Lo sostenía un tesoro de auténticas energías incalculables, y se apercibió con todas las armas de su espíritu para que Buenos Aires alcanzase a ostentar el encarecido título de la ciudad más populosa del Reino, como lo había presagiado en 1766. Persiguiendo tal propósito, luchó y bregó durante su gobierno civil, con igual denuedo como cuando medía el acero con Portugal. Bregó y luchó sin reposo para que la capital del virreynato adquiriese la jerarquía por él soñada. Era Buenos Aires para el primer virrey, no la colonia asentada frente a las rutas del mar para provecho exclusivo del Imperio, sino la hija legítima y predilecta del Imperio, en vías de ser próspera, digna y orgullosa y dueña de una rica herencia espiritual, cuya conservación y acrecimiento en los siglos no alcanzaría a sufrir desmedro aunque el conjunto de derechos y atributos que concede la patria potestad se perdiese en un futuro próximo o lejano.

En el fondo de su conciencia de español, nutrida en los principios de aquel claro manantial de sabiduría que se llama Leyes de Indias y en los insuperables ejemplos de sus dilectos amigos, los padres de la Compañía de Jesús, cuya obra de redención hizo surcos nunca cegados desde la selva virgen hasta la incipiente ciudad, aleteaba la presunción de que sus actos de gobierno iban echando poco a poco, sobre la tierra feraz de las provincias del Plata, los gérmenes de la libertad. Pero esa presunción, lejos de entumecer su espíritu, lo

arrebató con nuevas brasas, bajo la corruptible envoltura de barro, porque conjeturaba que, aun cuando esa libertad irrumpiese en bruto, como acontece con los pueblos que de ella se embriagan, se ajustaría con el correr del tiempo a las normas y reglas de la cultura. Y entonces, ya no sería la desatada libertad, sino la cultura de la libertad.

Físicamente, cedía. Aquellos músculos y nervios bien trabados, aquella carne sometida a las durezas de la vida del guerrero que siempre abominó de la regalada y ociosa de palacio, cedía a la ley inmutable de la destrucción. Y el barro empezó a abrirse cuando el espíritu fulguraba con más intensos rayos de luz. Sintióse enfermo el gran virrey. E impetró el reemplazo. El Cabildo, la Iglesia, el Magisterio y el pueblo se empeñaron en disuadirlo. Pero todo fué en vano. Y se despidió de su bienamada ciudad, dejándole como galardón último de su esfuerzo, un decreto tendiente a fomentar la agricultura y otro por el cual se reglamentaban las horas de trabajo, los salarios y el descanso de los peones de chacra.

Partió del puerto de Santa María de los Buenos Aires el 12 de junio de 1778, cuando Mariano Moreno golpeaba y se estremecía en los moldes maternos.

Era un diáfano amanecer invernal. El cielo estaba limpio de celajes. Y el sol naciente extendía sobre el río, desde el horizonte a la costa, un camino oblícuo sobrecargado de reflejos. Sobre ese camino avanzó la proa del barco en demanda de Montevideo. Cinco días después, navegaba a treinta millas de estas playas, frente a las islas loberas de la Coronilla, por las grandes rutas del mar.

*
* *

En el silencio y sosiego del ámbito marino, el gran capitán decidió quitar de sí todo vano cuidado, despreciar sus llagas, soportar con paciencia sus dolores para entregarse con libertad al examen de las cosas del alma. En su recogimiento, alcanzó a entrever la no alcanzada e infinita belleza ideal, a la cual propende y aspira el hombre cuando levanta el rostro al cielo pidiéndole la luz que ilumine las ruinas de su conciencia. Entre esas ruinas, los recuerdos de las campañas cumplidas con denuedo, desinterés, temple y valor, persistían sin embargo en mantenerse vivos y se obstinaban en desviar aquella luz que descendía de la inmensa comba celeste. Era la voz del mundo en pugna con la voz interior. Era la voz de la vanagloria del mundo en pugna con la divina consolación. Eran las dignidades, el bullicio y los contentos del mundo en pelea con la santa compunción.

Así como el flujo de las mareas acomete y cierra las playas solitarias, y el reflujo les devuelve su blanco brillo, de la misma manera ascendían y descendían en el espíritu del guerrero, alternativamente, el tropel de las cosas visibles y perecederas y el don de las

invisibles y eternas. Llegó un momento en que la lucha se tornó encarnizada y recia, en que la carne flagelada mezclaba sus gritos con las voces fastuosas del mundo, en que el acento lejano pero henchido de pompa de los hombres prometía bálsamos para las úlceras y una corona de honras para la frente altiva. Hasta que en el punto más alto de la crisis, el testigo y juez de nuestra vida, aquél que da y quita para que podamos acreditar con pruebas suficientes, y sin frenos, la grandeza salvadora que nos infundió, dejó caer estas palabras en el corazón tan cansado como encendido del guerrero: *Breve es la gloria que se da y se recibe de los hombres. La gloria del mundo va siempre acompañada de tristeza. La gloria de los buenos está en sus conciencias, y no en la boca de los hombres. La alegría de los justos es de Dios y en Dios, y su gozo es la verdad. No eres más santo porque te alaben, ni más vil porque te desprecien. Lo que eres, eso eres: y por más que te estimen los hombres no puedes ser, ante Dios, más grande de lo que eres. Si miras lo que eres dentro de ti, no tendrás cuidado de lo que de ti hablen los hombres. El hombre ve lo de fuera, mas Dios el corazón. No confíes ni estribes sobre la caña vacía, porque toda carne es heno, y toda su gloria caerá como flor de heno.*

Durante largos días, la nave siguió avanzando hacia el norte, bajo cielos límpidos o borrascosos y sobre verdes ondas mansas o embravecidas, y siempre hacia el norte, por las grandes rutas del mar. Puerto de recalada era Cádiz, aquél del cual partiera dos años antes, con gualdrapazos de todo el velamen en árboles y jarcias, la inmensa flota guerrera con Ceballos por capitán general.

¡Cuánta mudanza en tan breve término de tiempo! Cuántos sueños reducido a pavesa! Cuánto triunfo frustrado! Cuánto íntimo dolor!

Pero el primer virrey había logrado ahuyentar de su espíritu el falso miraje de los retornos, el dejo amargo de los sueños irrealizados, el sedimento de los triunfos desvanecidos, y había trocado el dolor en contento espiritual. Todo lo que en su vida fué fruto de trabajos y desvelos, retoños de alegría, engendros de desazón, lucha, quebranto, ventura, destrucción y muerte, era ahora un montón de cosas bien despreciables, como esas que el viajero, inclinado en la borda, arroja desaprensivamente a las fuerzas renovadas del mar. Se sentía dueño de sí mismo, libre, sin ataduras con la estimación efímera de los demás mortales.

Puesto en las manos de Dios, en pocos días alcanzó a conocer el camino que conduce a la gran verdad y a la gran felicidad.

Ayer, se había inclinado con mirada torva ante el tormento de sus llagas, y hoy se inclinaba con mirada buena ante su espíritu libérrimo. Ayer, era el recipiente en que golpeaban las pasiones. Hoy, era el crisol en que esas mismas pasiones, amalgamadas y fundidas como metales, mostraban los quilates de oro puro de la virtud. Ayer, era el turbión. Hoy, la bonanza. Ayer, era la soberbia. Hoy, la humildad.

Ayer, era la tierra con el drama de la humanidad densa y sucia. Hoy, era el cielo con el resplandor del Señor.

Y con ese resplandor en el alma, el primer virrey del Río de la Plata sonrió a las aguas quietas del puerto de Cádiz, y se borró, sin ruido, en la blanca ciudad. Acomodo después el cuerpo enfermo en un rincón de la galera y, por el camino que en la época serpenteaba a lo largo de la meseta andaluza, entró a Córdoba cuando los siete faroles de la silenciosa plaza de Cristo, sostenidos en retorcidas lanzas de hierro, iluminaban dulcemente la imagen de piedra del Redentor.

Llegó transido de dolor físico. Y vislumbrando que había llegado su hora llamó a las puertas del convento de Los Capuchinos. Allí pidió asilo y allí se refugió. Era en octubre de 1778. Sentado frente al patio en que las desdeñosas copas de las palmeras relucían al sol discreto del otoño, su rostro iba descarnándose bajo la piel amarilla; sus pupilas, sin el apoyo del brillo de otros tiempos, se desleían en una especie de ensueño; sus labios sin pliegues, desembarazados de las órdenes de mando, se moldeaban con humildad a la dureza de los huesos, y sus manos tenían repentinas y febriles agitaciones.

Llegó el invierno. Y aun cuando las ráfagas heladas silbaban en los ángulos del patio y doblaban con enojo los fibrosos penachos de las palmeras, el gran español, envuelto en mantas, no procuraba mudar de sitio. Estaba allí, no en blando lecho, sino sentado en tosca silla, cuya dureza cooperaba al flagelo de sus pobres carnes agrietadas.

De pronto, en el crepúsculo vespertino del 23 de diciembre, levantó los párpados, sus pupilas se corrieron hacia el punto donde permanecía el conventual que lo asistía, Fray Francisco de Nerja, su mano exangüe hizo como que amparaba una sombra, y dijo:

—Padre, orad por el alma de Antonio Alagón.

Sin comprender, el padre asintió. Y los labios del moribundo primer virrey dibujaron una ligera sonrisa sobre las secas encías.

¡Recuerdo singular! — ¿Por qué Antonio Alagón y no el gaditano Esteban Letar? ¿Por qué entre las ruinas de su memoria ese lampo, ese cerco luminoso en el que, sin duda, se incorporaba netamente la figura de aquel soldado raso de su ejército, quien durante un día franco, después de la batalla contra Osorio, salió alegremente a caballo de esta fortaleza para no regresar a ella nunca más? Gentes de tropa practicaron reconocimientos por el rumbo que él había tomado, hacia los montes espinosos y salvajes del Potrerillo, sobre las barrancas de la laguna Negra, pero sólo trajeron un montón de andrajos con manchones de sangre coagulada de lo que otrora fuera casaca, chupa, calzón y collarín. Un tigre de los que en la época merodeaban por las maciegas, le había echado la zarpa y, bien prendidos los dientes en el pecho abierto del infante, desapareció con él en lo espeso del pajonal del bañado.

¿Por qué ese recuerdo póstumo lleno de amor y de piedad para el humilde Antonio Alagón? ¿Por qué en las raíces del sentimiento

se habían entrelazado y confundido, en noble unión, el primer gran virrey y el oscuro soldado raso?

—Padre, orad por el alma de Antonio Alagón.

Pero no fueron sus últimas palabras. Entre los párpados semicerrados se dilataron y encendiéronse de nuevo, extrañamente, las pupilas del moribundo, como si hubieran alcanzado a descubrir, de pronto, en el círculo luminoso por el que había pasado la imagen del soldado raso, el rostro de una mujer predilecta. ¿No sería, acaso, María Luisa Pinto, la bella y fina española cuyas ternuras dulcificaron el corazón del guerrero bajo el cielo de Buenos Aires, durante su gobierno y su virreinato?

Cuentan las crónicas que el amor de Mara Luisa, exclusivo, denodado y leal, alternó los días sombríos del guerrero con los claros de la buena ventura; las sombras con la luz; las alegrías con las penas; las asperezas con la dulcedumbre y el desaliento de las horas brumosas con los arrebatos de la pasión.

...No fueron sus últimas palabras. El 24 de diciembre, a la hora en que las varas del sol poniente tocaban con oros débiles los flecos de las palmeras castigadas por el viento, la voz cansada del guerrero impetró la presencia del ilustrísimo obispo de Córdoba, Don Baltasar de Yusta Navarro. La caridad cristiana puso alas en los pies del gran prelado. Y hablaron largo rato a solas aquel que iba a morirse y aquel que iba a absolver. ¿Quién osaría conjeturar las cosas que allí pasaron, el sentido de las palabras que se dijeron, las particularidades de la confesión en descargo de la conciencia aún turbada y toda la misericordia contenida en los vasos divinos? ¡Ah!, si alguien hubiera podido recoger alguna afirmación confidencial como ésta:

—Monseñor: la quiero como antes, inalterablemente.

Acerca de aquel episodio de amor nada fluye de esta visita espiritual. Pero los historiadores y los técnicos en el análisis del todo y las partes de los instrumentos dejados por el virrey, habrán de detenerse en el examen del último acto de su voluntad, aquel que dictara el mismo 24 de diciembre, después de la visita del obispo, y que ostenta las firmas de los testigos presenciales, Fray Francisco de Nerja, Joaquín de Tejada, coronel de los Reales eJércitos, y Juan de Casamaior, secretario de la Comandancia General de Madrid, y no la firma del testador por tener sus dedos anquilosados.

Así, no es improbable que María Luisa Pinto, cuyo nombre no aparece en ninguno de los instrumentos por los cuales el guerrero dispone de sus cuantiosos bienes para después de su muerte, asome entre las líneas de aquel codicilo del 24 de diciembre, que dicen: «Y por cuanto S. E. tiene la mayor confianza y satisfacción por todos respetos y benevolencia del Ilustrísimo Señor Obispo y por lo mismo le ha comunicado reservadamente varios asuntos relativos a su bien espiritual y temporal, es voluntad expresa de S.E. y manda que cualesquiera cantidades o sumas, sin limitación de las pertenecientes

de cualquier manera a la herencia de S. E. pueda tomarlas y percibirlas dicho señor Ilustrísimo para darles el destino que, como lleva dicho, le tiene comunicado, declarando como declara S. E. que en esta disposición, lejos de contravenir a ninguna de derecho, ni causar perjuicio a terceros, lo hace así de su libre y espontánea voluntad por justos motivos que le asisten. Todo lo cual quiere y manda S.E. se observe, cumpla y ejecute como ha dicho y en el caso que se ofrezca alguna duda, así acerca de la particular disposición contenida en este Memorial, cómo en el anterior ya citado, y su testamento, se esté y pase por lo que el Ilustrísimo señor Obispo declarase y resolviese, mediante hallarse bien enterado por S.E. de muchas particulares que acerca de una y otra le ha confiado».

*
* *

El 26 de diciembre perdió la conciencia. Real y positivamente, había llegado su hora. Las sombras cayeron en sus ojos; vaciló la cabeza; el mentón se hundió en el pecho. Todo su rostro se volvió como de cera y se aglutinó. Pero el cuerpo sin vida resistió prodigiosamente al desplome: quedó allí, en postura hierática, con solemne aplomo, con presencia digna y con esa austeridad con que han muerto los grandes reyes que fueron, los alucinados y los elegidos.

En esa gran hora, Fray Francisco de Nerja habrá levantado un poco los brazos, habrá juntado las manos y su voz se habrá elevado honda y firmemente:

Pater noster, qui es in coelis, sanctificetur nomen tuum...

*
* *

Sobre los campos de Santa Teresa, envueltos en la oscuridad, caía con pesadez el silencio. Ya no cantaban los élitros. Y el retumbo del mar sobre las altas rocas se repetía confusamente a través de la espesa cerrazón.

De pronto, de la campana de la capilla de la Fortaleza se desprendió una nota breve. Fué un acento apagado y como lejano, de bronce apenas herido. Era el toque de silencio, a las nueve de la noche. Las luces de la cuadra de tropa, donde los peones descansaban, se fueron apagando junto a los vidrios empañados de las ventanas. Y un perro aulló prolongada y afligidamente.

Sin un sentido exacto de la realidad, me aparté del bastión de San Clemente y bajé despacio por el declive de los terraplenes y taludes de la plaza de armas. No veía nada, pero la memoria me guiaba y empujaba por los costados de los muros de contensión y me llevó, sin tropiezos, hasta el umbral de la puerta de la capilla, donde el perro que había aullado me mojó toda la mano con su lengua tibia.

Cedió el cerraje forjado, y entré. La llamita de un velón distribuyó en los anchos muros de piedra y en las soleras y ensambles de guayubirá del techo, sombras y luces fugitivas. Y puso un reflejo raro en la gran talla de madera de Santa Teresa de Avila, traída de una antigua ermita española.

Acabé por dormirme bajo la protección de su mirada directa, cálida y viva, como sus confesiones.

MIGUEL VICTOR MARTINEZ

BIBLIOGRAFIA

Calvo, Lafuente y Machain: «Diccionario Heráldico».
Enrique M. Barba: «Don Pedro de Cevallos».
J. Ortiz Echagüe: «España. Pueblos y paisajes».
Guillermo Furlong, S. J.: «Las primeras y los primeros sagrarios en tierras argentinas».
Vicente D. Sierra: «El sentido misional de la conquista de América».
Enrique Aunós: «Cómo se perdió América».
José Torre Revello: «El testamento del Virrey Pedro de Cevallos».

JULIO HERRERA Y OBES

Hace treinta y tres años que, fieles a la memoria del gran político desaparecido, un núcleo de admiradores y de amigos, cada día más cernido por la fatalidad implacable del tiempo, se congrega anualmente en torno de la tumba de Julio Herrera y Obes, cumpliendo así regularmente una suerte de rito cívico, que tiene tanto de conmovedor por su constancia como de dignidad por su justicia, para rendir su tributo de póstuma adhesión a la figura prócer.

No llegué durante su vida, —ni tampoco me fuera dado en razón de mis pocos años— a formar en el número de los que han podido llamarse a justo título «los amigos de Julio Herrera».

Apenas si casi adolescente, pude dos o tres veces aproximarme hasta el círculo mágico que irradiaba su fulgurante personalidad en el trato directo, más para conservar el recuerdo de esa conmoción única que confiere el conocimiento fugaz de un gran hombre y tener más tarde, con el amargo privilegio de los años, el derecho de relatar ante los nuevos el encuentro accidental, refiriendo en calidad de testigo de vista los detalles físicos o evocar la oportunidad de una frase deslizada al azar y que subraya un rasgo psicológico o moral del personaje.

JULIO HERRERA Y OBES

Tampoco alcancé a participar de su postrera empresa cívica, al restaurar los cuadros electorales de su grupo, cuando ya en su ocaso, como sol declinante, los destellos de su pluma encendían los editoriales de su remozado «Heraldo», en la última salida de caballero andante, por los campos de la aventura política.

¿A qué título pues, vengo a levantar mi modesta voz en esta asamblea de conmovidos admiradores, ante las cenizas del paladín de nuestras luchas cívicas, del brillante periodista de «El Siglo», del parlamentarista del 73, del exilado en la barca «Puig», del revolucionario de la Tricolor, del brioso polemista de «El Heraldo», del Ministro omnipotente durante el período gubernamental del General Tajes, y del gran Presidente del 90 que restauró el imperio de las presidencias civiles y trazó vigorosamente el camino de la evolución democrática en la República, cualesquiera hayan sido los errores imputables a su tiempo y las faltas, más que las culpas, con que la irre-

misible falibilidad compromete la suerte de los hombres, puestos en la mano del destino, «que vence a los fuertes y conduce a los grandes»?

La sola circunstancia de que el tiempo serene y clarifique la visión de la perspectiva histórica, despojando el juicio de la posteridad de todo interés que empañe su fallo, y de que producido el silencio en torno de su figura desvanecida en el alma de las cosas, muertos y dispersados los amigos y contendores de la batalla en que participara en vida, aventadas como despojos de un naufragio las figuras triunfales de la generación a que él perteneció, todavía persista un grupo de ciudadanos a quien ningún interés utilitario reune y congrega para subrayar con su presencia, en el aniversario de su muerte, el recuerdo del hombre, es signo inequívoco de que por sobre la inanidad de su desaparición, hay algo de él que fluye perennemente sobre la sórdida batalla de la pasión y el odio, de la mentira y de la envidia; de que un significado moral ha alcanzado ya para la posteridad esa existencia, de que su nombre, inscripto en el pórtico sombrío de la muerte, resplandece aún con una luz que arranca de las entrañas de su vida.

No son seguramente lágrimas lo que, a los treinta y tres años de su desaparición, debemos traer a la tumba de Julio Herrera.

Otro tributo más austero y digno de su grandeza y de su gloria —si acaso menos conmovido— es el que surge como natural ofrenda a su memoria: el de fijar la significación y el valor de su vida en la historia de la República, el de contribuir a la apreciación justiciera de la obra política que con los medios y las deficiencias de su tiempo le tocó realizar.

Una suerte de desconocimiento de los hechos, unido a un equívoco romanticismo, ha generalizado ese falso concepto que ha llevado, a algunos, a calificarlo de «gran infortunado».

No lo fué seguramente en vida, por lo menos en las tres cuartas partes de su existencia fecunda, que abarca de su juventud viril hasta su lozana madurez, vivida ardientemente en la euforia del combate y en la embriaguez de la victoria.

Acaso sólo podría aplicarse a la década final en que eclipsada la brillante estrella de su fortuna política como el Rey Lear del drama shakesperiano —destrozado su imperio, viera alzarse los hasta ayer sumisos partidarios y defeccionar sus nutridas filas, por interés o ingratitud, sin que en la soledad de su amargura, la imagen de Cordelia, suavizara con su devoción filial, la ingratitud de los hombres.

El infortunio de Julio Herrera, no radicó en que su mérito resultara superior a su gloria, pues políticamente lo fué todo, sino en lo que pudo haber cumplido y el ambiente no preparado, en parte malogró.

Pocas veces una suma de calidades admirables se dan tan ampliamente en igual grado, equilibrando la arquitectura de una recia personalidad.

Poseía la inteligencia luminosa y profunda, que como un don familiar y casi hereditario parecía trasmitirse desde su abuelo don Nicolás Herrera, diputado del Cabildo de Montevideo, constituyente en las Cortes de Bayona 1809, que Napoleón logró reunir para validar la cesión de Carlos IV, secretario del Triunvirato bonaerense, consejero áulico de Lecor y finalmente, Senador de la República; pasando a don Manuel Herrera y Obes, su padre, el Ministro clarividente de la Defensa, a cuya gestión internacional y lúcida dirección se debió la política de la Alianza que determinó la caída del poderío de Rosas.

Unía Julio Herrera al valor cívico que es condición ineludible del estadista y del caudillo, la sagacidad penetrante que duplica la fuerza y capacidad del hombre.

Agregaba todavía la voluntad realizadora, el *fiat* creador, para trasmutar el pensamiento en acción eficaz.

Dominaba con igual maestría las armas del tribuno y del caudillo, la elocuencia templada y persuasiva hecha no del arrebato a lo Mirabeau, sino de la convicción y del análisis, que él sabía aligerar con la gracia de su espíritu travieso o tornarla mortal con su ironía.

Algunas de sus frases memorables han quedado acuñadas con el sello de su genio, como esas medallas que llevan más allá del tiempo los perfiles del César, que las puso en circulación.

Otros han hundido falsos valores o puesto en ridículo, con su poder mágico, las mentidas reputaciones de los «*ídola fori*».

Y unía a todo ello, con el encanto del trato personal irresistible, el don incomparable en el publicista: la gracia y elegancia del estilo, hecha de cierta ordenada formación clásica, más que de arrebato romántico —,línea recta brevísima— que llevaba a la propaganda política, en los momentos más acervos del combate, una suerte de dignidad que infunde la belleza.

Tocóle actuar en el escenario nacional en un período anárquico y convulsivo, oscuro y sin gloria, en que la evolución social realizaba la transformación rápida de todas las formas del pasado, asimilando las categorías de la civilización europea, que la creciente emigración incorporaba a nuestro suelo, polarizada la vida colectiva en la conquista del bienestar, y el éxito, ávida de sus goces inmediatos; bajo el imperio de una áspera filosofía que se imponía triunfante, como resultado de la conquista inesperada que había alcanzado el hombre con el dominio de la materia inerte, y que amenazaba el arte y la cultura, con su rasero mediocre y su igualitario denominador.

La democracia era más que nada, una fórmula política sin contenido positivo, falseada por caudillos sin escrúpulos, negada en leyes injustas, burlada por el interés de los que vivían de explotarla: demagogos de circunstancias o tiranuelos de vocación.

Cuando un día la suerte puso a Julio Herrera en el sillón presidencial que ocupara don Joaquín Suárez, el país entero creyó que

el más brillante de sus tribunos podía realizar el milagro de lograr en cuatro años la transformación de casi un siglo de regresión. Se pensó que de la noche a la mañana el talento, la capacidad y la dignidad del hombre —que ocupaba la primer magistratura de la República— transformaran los hábitos de un pueblo que había vivido casi un siglo contrariando las normas del progreso social.

Julio Herrera puso a contribución en su gestión los primeros valores intelectuales dentro de su partido, llamó como colaboradores de su gobierno a los primeros hombres del país, propició leyes de organización administrativa que merecen recordarse; trazó normas de políticas acertadas y justas; encauzó la hacienda a pesar de una de las crisis económicas más agudas que recuerda nuestra historia y salvó inmune el crédito nacional, realizando el empréstito en Inglaterra, con reducción de intereses, en una forma honrosa para el prestigio y la solvencia de la república.

Podrá juzgarse como se quiera esa actuación, pero nadie negará que otros en su lugar no podrían haber impedido lo que no estaba en sus manos alcanzar; ni que si se equivocó en los medios, pero no en los fines, fué con el concurso solidario de los hombres de mayor capacidad para el gobierno, que buscó como colaboradores, prescindiendo de los vínculos de amistad o simpatía personal que pudieran aproximarlos.

Tal fué trazada en breves rasgos, y por lo menos en lo que me ha sido dado entrever la figura del hombre, del político, cuya obra combatida por la saña de las pasiones de la época, apenas pudo esbozarse fragmentaria en los cuatro años de su gestión bajo el imperio de una crisis sin precedente, teniendo todavía que contemporizar con las formas ancestrales de reacción anárquica, que empequeñecieron su misión en la tarea de adormecer la hidra revolucionaria y salvar la autoridad del gobierno civil en la República.

Por cierto que en la llanura o en la cumbre, se mantuvo tan sereno en la fortuna próspera como en la amarga adversidad.

Y cuando desmontado el equilibrio de las fuerzas que lo mantenían en la dirección del partido, y desplazado su grupo por la violencia del golpe de estado de 1898, debió resignarse a la derrota, sobrellevó con altura estoica el infortunio y con dignidad la pobreza, sin que se extinguiera en sus labios viriles la sonrisa, ni la amargura del corazón rebosara en su espíritu.

La deficiencia de su destino histórico, más que del hombre procede del medio y del momento político en que le tocara actuar.

Obligado a la acción imperiosa del gobierno dentro de un escenario reducido y estrecho, en un ambiente en formación de una «democracia inorgánica» como calificara en una oración memorable Lucio Vicente López, las circunstancias sociales de los pueblos de América en la etapa final del siglo XIX, habiendo recibido como herencia política una situación comprometida por la falta de hábitos de gobierno propio, la intromisión ilícita del caudillaje y la retención

anárquica, debió de utilizar las fuerzas y los medios a su alcance, malogrando en parte su misión democrática. Y acaso como el albatros legendario, fuera la propia magnitud de las alas, las que hicieron torpe su paso, al chocar con la ruda realidad.

Así ha pasado al reino de las sombras su figura ilustre, envuelta hoy en el olvido de las multitudes, y la injusticia de los hombres, pero viva para la conciencia de los menos y de los mejores, que sanciona al final el fallo definitivo de la justicia histórica.

Y si la gloria en nuestras democracias existe, si ese sueño mágico, cuyo miraje tentador y falaz mueve la sedienta caravana de la ambición en el desierto de la vida, quizá puede encontrar su realización, acaso sea, más que en la pompa de las conmemoraciones oficiales, en este sencillo pero austero homenaje, que congrega una vez más, frente a sus despojos olvidados, y al amparo glorioso de su nombre, unos cuantos ciudadanos dignos, unas cuantas conciencias libres, unos cuantos amigos fieles movidos por el sentimiento de la devoción a su recuerdo, y que en la fidelidad inconmovible a su memoria, adelantan al presente, el juicio sereno y justiciero de la posterioridad.

JUAN CARLOS GOMEZ HAEDO

ACUÑA DE FIGUEROA

REPETICIONES, ENMIENDAS, FUENTES Y OTRAS NOTAS SOBRE SU OBRA

En diversas ocasiones puso Acuña de Figueroa notas a sus manuscritos en que destaca cuales eran sus singulares dotes de repentista. Se sentía orgulloso de ellas, y si en alguna oportunidad antes de soltar sus versos pudo encontrarse apercibido, en otras nos parece que no hubo prevención posible.

No ha de negarse que tenía condiciones de improvisador, pero acaso no tan singulares como aparentaba; y de su obra escrita demuestran los borradores que hasta nosotros han llegado, con cuánta constancia apuntaba ideas, imágenes, versos sueltos para sus composiciones, y luego de redactadas cómo las ordenaba y pulía.

Sus facultades de versificador fueron extraordinarias; le sirvieron para granjearse amistades y el valimiento de personas encumbradas; a sus versos recurrió como a un suave soplo para aplacar o disipar polvaredas que había levantado, y aunque lamentó que no podía abrir tienda y trocar por dineros sus sonetos y letrillas, si no puso tienda tuvo mucha trastienda, y sin venderlas a tanto la línea o el mortón, les hizo dar provecho y rendimiento durante toda su larga vida.

Para salir airoso en el empeño de improvisar mucho debieron valerle, además de sus dotes no comunes de versificador, su memoria, de que nos dejó testimonios en los rasgos autobiográficos que aparecen en sus obras, su dominio del castellano y también el fácil recurso de echar mano de rimas comunes y de una serie de frases hechas que unidas por el sonante obligatorio de terminaciones fuera de las vulgares aparecen en sus poesías.

El poeta no temía el repetirse y tomaba retales de su obra pasada, como a veces supo sacarlos de autores conocidos sí convenía a sus empeños. Tanto como repentista fué repetidor. Aun en la poesía satírica, que era su verdadera vena, cuando a cuento le vino trasegó versos y estrofas de una composición a otra. Sobre las influencias extrañas algo anotamos en otra oportunidad, y cumplida cuenta daremos un día, ilustrando lo allí apuntado, mediante la confrontación de textos, aunque se nos note de prolijos, que en estos apuntamientos destacaremos repeticiones dentro de la obra del propio autor. Y comenzaremos por la repetición de estribillos en la poesía satírica.

Se encuentran:

Punto en boca. Tomo I, pág. 315 y tomo VII, pág. 338.
A otro can con ese hueso. Tomo II, pág. 232 y tomo VII, pág. 86.

Ya lo veo — no le creo. Tomo III, pág. 93 y tomo IV, pág. 209.
El juicio del año. Tomo III, pág. 146 y tomo VI pág. 312.
Cosa es de llorar — cosa es de reir. Tomo VII, págs. 109 y 196 y tomo VIII, pág. 67.

No es abundante el número de fórmulas cumplimenteras que encuentra; como hombre de salón usa de las mismas, ya en versos sueltos, ya en estribillos que repite hasta el cansancio, de los que hemos hecho el recuento siguiente:

Sea en hora buena. Tomo I, pág. 246, tomo III, pág. 142, tomo V, págs. 212 y 271, tomo VI, pág. 115, tomo VIII, págs. 182 y 233.
El día feliz. Tomo II, pág. 227, tomo III, pág. 186, tomo IV, pág. 59 y 235, tomo V, pág. 210, tomo VI, pág. 305, tomo VII, pág. 347, tomo VIII, pág. 303.
Salud. Tomo VII, págs. 128 y 256.

También están repetidos los estrillos en las amatorias:

Callar y morir. Tomo II, pág. 283, tomo V, pág. 82 y tomo VI, pág. 167.
Es amistad o es amor. Tomo II, pág. 355 y tomo V. pág. 59.

*
* *

Solió Acuña expresar en diversas composiciones los mismos conceptos con iguales o parecidas palabras; nunca fué sobrado en comparaciones y metáforas —excepto algunas pocas poesías de la vejez, donde solió hasta ponerlas una tras otra a la manera romántica— pero sus tropos los repetía gustoso. Refiriéndose a sí propio en agraciadas octavillas puestas *En el álbum de una argentina*, concluye diciendo:

¡He allí, dijeran, prestado
de un Ícaro el alto vuelo:
quiso elevarse hasta el cielo,
y lo ha deslumbrado un sol! II. 21.

Y en *El no sé qué* el mismo recuerdo clásico usa de este modo:

¡Que a los rayos del sol me eleva, y sea
Ícaro altivo con orgullo y fe! II. 59.

Remata unos versos *En el álbum de la amable Doña Pilar Solsona:*

¡Si de Ícaro la suerte me amenaza,
orgulloso arderé, pues llegué al sol! V. 63.

A la traducción de la poesía portuguesa que el doctor don Sinfronio Olimpio Alvez Coello dedicó *A la primera actriz doña Marianita Segura* añadió dos estrofas que terminan de este modo:

Si de Ícaro altivo la suerte me espera,
sintiendo en la esfera tu ardiente arrebol,
si pierdo mis alas caeré envanecido
de haberme perdido tan cerca del sol. VIII.63.

En una improvisación durante un convite después de ciertos exámenes escolares dijo:

No al sol del cielo español
volveré a elevarme osado,
que Ícaro cayó abrasado
por acercarse a otro sol. V. 293.

Y aun insistió con lo de Ícaro en un soneto dedicado a don Alejandro Magariños Cervantes cuando el estreno de *Amor y Patria.* VIII. 304.

*
* *

Aunque cumplimentara a distintos cortejos o les escribiese de encargo, en sus versos amatorios las amabilidades solieron encerrarse en frases que casi podríamos llamar fórmulas. Dice en unas encantadoras redondillas *A Dorina llorosa*:

Ni he de contar como vida
el tiempo en que no te amé. I. 146.

Y lo mismo le sirven estos octosílabos para terminar la tan breve como elegante composición en que declara su rendimiento *A Dolores:*

En fin, desde hoy gozaré
mi existencia, antes perdida,
porque no cuento por vida,
el tiempo en que no te amé. II. 311.

Y los usa en aquellas misteriosas composiciones con dedicatorias cifradas, a Aurorita:

Ya nueva existencia ansioso
siento hasta hoy desconocida,
pues no cuento como vida
el tiempo en que no la amé. VIII. 239.

*
* *

Tiene interés para el estudio de la evolución estilística de Acuña, que vivió tres épocas literarias, el neoclasicismo, el primer romanticismo y el segundo romanticismo, —evolución de que algunos aspectos destacamos en un estudio anterior sobre *Acuña de Figueroa y la literatura de su época*, la siguiente imagen expuesta en tres formas diversas que encajan una dentro de la primera escuela literaria que conoció, otra dentro de la segunda y la restante responde a una mezcla de ambas.

A Aurorita, en unas octavas bermudinas que trascienden de su fusión de sentimentalismo al modo neoclásico con románticas nostalgias un aroma de lánguida ternura, nota de excepción en la obra de nuestro poeta, le dijo:

Por la noche fijándome en la luna,
piensa que te estarás fijando en ella;
aun creo distinguir tu imagen bella,
y exclamo como ahora: ¡adiós, adiós! VIII. 248.

En la canción *Ilusiones de ausencia* había escrito el mismo pensamiento, pero usó una serie de perífrasis del más fino gusto neoclásico:

En la noche contemplo extasiada
el planeta de cándido brillo,
que me finge cual mágico anillo
ilusiones divinas de amor.
A mis ojos la imagen amada
se dibuja con dulce reflejo;
más repente se vela mi espejo
entre nubes de obscuro color. VII. 179.

Y en los versos que a nombre de una mujer compuso *A la profesión de Sor Martina en las capuchinas de Buenos Aires*, dijo en forma parecida a la primera que insertamos, no falta de su romántica languidez y con restos de los circunloquios del segundo ejemplo:

De noche en la luna hermosa
me fijaré con ternura,
que es en lo apacible y pura

de mi amiga imagen fiel,
y diré al ver el planeta
como espejo vacilante:
¡tal vez ella en este instante
se estará mirando en él! III. 288.

*
* *

En *Baraja* de amor, dentro de las trivialidades que Figueroa hubo de rimar para un juego de salón, solió acertar felizmente y alcanzó la gracia socarrona de algunas humoradas de Campoamor, como en esta admonición de cautelosa prudencia.

En mi conciencia hallo
que la mejor respuesta es la que callo. V. 234.

Pero muy temprano la había aprendido, porque ya aparece dicha de otro modo en las décimas de una *Carta familiar* que escribió cuando estuvo en Río Janeiro :

Mas la palabra mejor
es la que está por decir. V. 55.

Y la recordaba y repetía en la misma forma de sentencia en la *Primera carta amistosa a Carmelita,* que escribió durante la guerra grande:

Ni hay palabra mejor dicha
que la que está por decir. III. 68.

*
* *

Posiblemente en un verso de Campoamor, en el comienzo de la epístola *A mi madre,* Acuña encontró de su gusto aquella tierna expresión:

Por tus renglones, que besé uno a uno.

Y de ella tomaron origen estos versitos de la *Carta patriótica:*

Besé sus renglones
mil veces y mil. III. 59.

El besar las líneas, vuelto fórmula epistolar va al final de la carta citada, y a un hermano hombre como él hace esta almibarada recomendación:

Adiós, hermano afectuoso,
un beso inocente ahí va,
Adrián, en tu nombre hermoso;
pon tú otro más cariñoso
aquí donde el mío está. III. 59.

En la *Carta de un niño* a su padre escribe:

Y concluyo
con darte un adiós,
y un beso que imprime
aquí con ardor,
do están estas letras
recuerdos de amor. III. 79.

Y en el amable billete *La cita* la vuelve en francés:

Ce baiser que tremblant sur la lettre j'imprime,
c'est un gage, un serment de tendresse et d'estime. III. 11.

Ejemplos todos sacados nada más que del tomo tercero.

*
* *

En el tomo octavo encontramos en la felicitación *A Lastenia en su día:*

En plácida calma
pases sin sentir
los años; mas ellos
no pasen por ti. VIII. 304.

Y en una *A doña Petronita Sagrera:*

Pases venturosos años
sin que años pasen por ti. VIII. 80.

Repite en la improvisación que dijo en el convite del señor don Augusto Las Casas:

Pases venturosos años
sin que años pasen por ti. VIII. 92.

Y dice en *Felicitación en 1º del año 1861,* donde usa el arcaico voseo:

Pasando vos por los años
sin que ellos pasen por vos. VIII. 260.

*
* *

Excusó que fuera tardía la ofrenda de un epicedio *A la inesperada y sentida muerte del ilustre General Don Fructuoso Rivera*, en estos términos:

Retardada oblación, que así proclama
que el último que llora es quien más ama. VII. 133.

Y *Recuerdo de amargura* finaliza con estos versos:

Ora que a la aflicción siguió el silencio,
mi público holocausto aceptarás:
su tardanza es fineza; pues te dice
que el último que llora siente más. III. 280.

*
* *

Aquellos hermosos versos del *Tabaré:*

Cual si la voz tardara largo espacio
en ir desde el oído al pensamiento,

a los que Lauxar puso la nota siguiente: «Compárese con la misma idea de Bécquer:... «después de un largo espacio, y como si las palabras hubiesen tardado todo aquel tiempo en llegar desde sus oídos a su inteligencia. «La Promesa». Pudieran tener reminiscencias de Acuña, que con antelación al poeta sevillano había dicho:

Entre ambas la distancia que yo siento
es la que hay del oído al corazón. VII. 43.

Y repetido en otra composición:

Y el alma siente bien la diferencia
que media del oído al corazón. VII. 310.

Y en los endecasílabos de Acuña no debemos ver más que una adaptación de estos dos versos de *El Diablo Mundo:*

Cantó que el oído no lo percibía,
sino que tan sólo la oyó el corazón.

*
* *

En otro trabajo acerca de los temas del poeta trajimos a cuento la personificación de las aguas de un río, recurso de origen clásico que repetía gustoso. También solió hacerlo con los recuerdos bíblicos, y de ellos escogemos para muestra variaciones con un pensamiento, que tratándose de Figueroa no hay lugar a dudas de que bien sabía él de donde procedía, por conocer al dedillo la literatura sacra. Pero tampoco es inoportuno buscar qué autor contemporáneo le dió el ejemplo, que siempre estaba más despierto a imitar al vecino que a emprender algo por propia decisión. El pensamiento de que presentamos variadas expresiones es de San Lucas, c. II, V. 14, y lo utilizó don Miguel de los Santos Álvarez en una octava de su poema *María.* Si el hecho de haber peregrinado este autor por tierras rioplatenses no satisface para pensar que Acuña conociera tal obra, sobradamente prueba lo contrario el haber puesto Espronceda la estrofa que lo contiene de epígrafe a su célebre elegía *A Teresa,* y al tocarla su pluma dió más fama al poeta su amigo, de cuanta le lograron las pocas muestras que dejó de su ingenio privilegiado.

Dijo Acuña en *A la pacificación:*

¡Paz al eterno, y a los hombres gloria! VI. 279.

Con palabras más conformes al original en *A la terminación del sitio de 104 meses:*

¡La paz a los hombres, la gloria al eterno! VI. 297.

Con mayor libertad parafraseó en *A la Universidad en la 2ª colación de grados:*

¡Gloria a la patria de inmortal memoria!
¡Y al Dios de paz adoración y gloria!

*
* *

Hasta con su condición de poeta encontró un símil que seguramente creyó le iba de perlas, según las diversas formas en que lo repitiera.

Dijo de sí mismo *En el álbum de doña Encarnación Muñoz de White:*

Tendré del cisne el destino,
y será mi último trino
para tí. III. 121.

Y en la elegía a la muerte de Rivera:

¡Cisne débil e insonoro,
exhausto cedo al destino,
y elevo más alto el trino
al darte el último adiós!

Con apostura de joven romántico el viejo poeta suspiró más que cantó en esta octava *Al álbum de la amable Paulinita:*

El cisne al fallecer, con triste acento,
parece que su fin anuncia y siente,
cuando en tono dulcísimo y doliente
el mismo sus exequías canta allí.
Sí, efímero y fugaz en este aliento
que me inspira tu influjo delicioso
moriré como el cisne, y más dichoso,
siendo mi último canto para ti.

Terminaba su oblación *Al álbum de la amable señora doña* Ventura Sagrera de Pfei:

Yo, cisne incanoro, sin numen ni tino,
¿qué haré falleciente?... Mas, mi último trino
resuene por ti. VIII. 99.

Y la última octava del canto *A la inauguración y apertura del Teatro de Solís* lleva por remate este pareado:

Cual cisne al fallecer mi voz levanto
consagrándote aquí mi último canto. VII. 294.

Todo esto era repetición de don Juan Bautista de Arriaza, que con numen superior en *El templo de Venus* comenzó de esta suerte:

Cual solitario cisne, que mirando
próximo de morir el trance fuerte,
con canto triste, armonioso y blando
se pone él mismo a celebrar su muerte;
de esta manera yo, Dilesio, cuando,
cercano a padecer la misma suerte,
el fatal golpe de la parca espero,
cantar mi muerte como el cisne quiero. (1)

(1) Conjeturamos que Acuña imitó directamente a Arriaza porque él como tantos otros americanos lo tuvo por admirable y más de una vez se lo propuso por dechado, pero el considerarse los poetas cisnes cantores, fué clásico recuerdo

Sería tarea engorrosa hacer una detenida cosecha para demostrar cómo en la poesía seria y principalmente de circunstancias Figueroa usaba no solamente un cierto número de tropos y frases hechas, sino también de palabras que nunca se apartaban de su imaginación en las dulcedumbres de lisonjas y elogios que endilgaba con gesto reverente. En sus amabilidades mundanas, véanse las repeticiones que hemos acertado a encontrar en un hojeo del tomo octavo:

Gloire a ton nom ilustre! et devant ton autel
reçois cetté humble fleur, que mon coeur te dedie. VIII. 18.

He aquí mi *ofrenda* que a tus pies depongo,
de otras más dignas humildoso ejemplo:
si eres un numen que adorar debemos,
he aquí tu *templo.* VIII. 24

Otra *oblación* indiscreta
fuera en sus *aras,* VIII. 46.

A Florita *oblación* de flores bellas. VIII. 47.

¡Oh diva! e intentan llegar a tu *altar* VIII. 63.

común a los primeros de la España del siglo XVIII. Bastará para demostrarlo estos ejemplos:

Don José María Vaca de Guzmán y Manrique en su elegía *A la muerte de Ardelia,* se llamó cisne aludiendo a sus condiciones de poeta:

Por más que cisne canto
al Manzanares los estragos míos

Así se vió metamorfoseado en una no muy modesta sextina del canto V del *Poema Didáctico* sobre la caza don Nicolás Fernández de Moratín, que no sólo en esta oportunidad usó de tal transformación:

Yo en blanco cisne, como aquel de Leda,
seré así por mis versos transformado,
sin que el tiempo o la envidia herirme pueda.

También Meléndez Valdés se comparó con un cisne:

La faz y los amores
te harán, Batilo, insigne;
y de Cupido y Baco
serás el blanco cisne.

Lo repitió su ilustre alumno Quintana, cuando Meléndez dió a luz sus obras; *¡Cisnes del Pindo!* nombró en una oda encomiástica a Safo y Anacreonte. Y en la primera lección de *Al armamento de las provincias españolas contra los franceses,* escribió este verso:

Cisnes de Mantua, líricos cantores.

Nos coeurs sont les autels *l'univers est ton* temple! VIII. 72.

Así de esta *ofrenda* que te hago rendido,
será tu sepulcro dignísimo *altar*. VIII. 76.

Quise que en estas *aras*, yo el primero,
te rinda la honorífica *oblación*. VIII. 78.

Do te rindan *oblaciones*
el genio y la inspiración.
Empero ante el *ara* del *templo sagrado*. VIII. 99.

De la piedra sagrada la *oblación*. VIII. 97.

Así ante tus *aras* do rindo mi cuello. VIII. 99.

Dedican esta *ofrenda* humilde y fina. VIII. 122.

Mi débil *ofrenda*
de fina amistad. VIII. 123.

También al cielo o a un *templo*
con vosotras alzaría. VIII. 152.

Alzar de Pereyra el busto
de la ley en este *templo*. VII. 154.

Vea su nombre aquí como en un *templo*. VIII. 164.

En estas *aras* grabado. VIII. 166.

Un *templo* te faltaba; y yo afectuoso,
más durable que el bronce, aunque humildoso,
este *templo* te ofrezco de papel.

Te dedico simbólico este *templo*
y la *ofrenda* primera pongo en él. VIII. 175.

Este álbum *ofrenda* de amor maternal.

Cual *templo* erigido al ángel que adoro
mil otras *ofrendas* recibas en él. VIII. 188.

Do quier de adoración la *ofrenda* fina. VIII. 197.

Ascasubí, y el llanto de tus ojos
es *ofrenda* y señal de tu dolor. VIII. 201.

La ofrenda más alta y digna.

Mas de mi parte reciba
doble *ofrenda* sin falacia. VIII. 228.

De tu *altar* ilustre
indigna *oblación*. VIII. 259.

A vuestras *aras* me atrevo
a ofrecer, caro doctor. VIII. 261.

Recibe esta *oblación* y siempre fina. VIII. 281.

Mas al digno Pfael, sí,
sol digno de nuestro *templo*. VIII. 297.

Recibe en este *altar* justos honores. VIII. 301.

Te rinda una *ofrenda*
por mamá y por mí. VIII. 303.

Esa *oblación* exquisita
de un amigo sabio y fiel. VIII. 305.

Dedico a su virtuoso presidente
ofrendas en su honor de gran valía. VIII. 319.

Podrá hacer a este gran día
ofrenda de más valía. VIII. 322.

Por tanto a ojos cerrados y sin ver
pongo mi humilde *ofrenda* ante tu *altar*. VIII. 334.

Ofrendas, glorias y lauros. VIII. 339.

Ya en las *aras* de Himeneo. VIII. 358.

Un incienso quemo
En este tu *altar*. VIII. 360.

Y si tu álbum es *templo* en que recibes
de todos los que te aman las *ofrendas*...
que bien sea un verjel, o bien un *templo*,
para tanta *oblación* no basta él, VIII. 371.

Mas deja que en el atrio de tu *templo*
esta *ofrenda* infeliz grabe un anciano. VIII. 272.

Lo mismo que con las *ofrendas, templos, oblaciones, aras, altares,* puede hacerse con las *preces, laureles, rubíes, holocaustos* y otras expresiones que en anterior oportunidad indicamos. Acuña de Figueroa en su afán de llenar y rellenar páginas de álbum, por las que nadie se debió sentir tan lisonjeado como el propio autor, hizo uso y abuso de cumplidos en los términos que dictaba la moda. ¡Y hasta dónde alcanzó su imperio! ¿Quién podría pensar que fueran escritos por la misma pluma que trazó aquellas vibrantes silvas para levantar el espíritu del pueblo español, por la de Quintana, estos endecasílabos dedicados a la Marquesa de Cerralbo?

Diste un prólogo insulso a un bello libro,
diste un *pórtico* pobre a un bello *templo.*

*
* *

Fútiles ingeniosidades don Francisco las repetía como orgulloso de su hazaña. Lisonjea a un poeta su amigo, jugando con el significado del apellido:

Y a *Mármol,* vate inmortal,
para que el futuro asombre,
yo de piedras de su nombre
le alzaría un templo igual. III. 296.

En *Los temas de circunstancias* volvió a decir:

La hermosa alameda que
colocó en la plaza Herrera,
y sus *mármoles* doquiera
como un *Mármol* cantaré. VIII. 85.

Y repitió en la *Felicitación al valiente Comandante D. Mateo Martínez:* :

Merecería un *Mármol* por poeta
que lo grabase en *mármoles* como él. VIII. 367.

*
* *

Alude festivamente a la tonsura eclesiástica al decir *En la Villa de la Unión:*

¡Profanos, tened paciencia,
pues estos tienen corona. VIII. 227.

Y con dañada intención en *Los cien modos de pedir:*

Que aquellos son motilones
y que estos tienen corona. VIII. 252.

*
* *

En *Los tertulianos del mus* escribió:

Puesto que entre *mus* y *musa*
es poca la diferencia.

Y en *El juego del mus* vuelve a decir:

Que no hay entre *mus* y *musa*
mas que una a de diferencia.

*
* *

En una redondilla de *A los temas de circunstancias*, que también la puso al final de un epigrama, dijo:

¡Ah, Lúculo Barrabás!
Sin tu sílaba primera,
¡con cuánto gusto te diera
una tunda en lo demás! VIII. 81.

Y encantado de la malicia de dividir las sílabas de una palabra para usar la expresión mal sonante, en *Un letrero decapitado* escribió:

Trunco el círculo quedó
sin su sílaba primera. VII. 369.

*
* *

Recién dijimos que la redondilla dirigida a Lúculo Barrabás, precedida de otra, forma una composición del *Diccionario Epigramático;* otras observaciones tenemos que hacer sobre esta parte de la obra de Acuña, a la que hemos de dedicar un artículo especial. Como última muestra de las repeticiones copiamos un epigrama y una copla de las que vendía para las cédulas de San Juan y San Pedro, (1) en que juega a su sabor con un retruécano:

(1) Un anuncio publicado en el número 10 de *La Semana*, del 23 de junio de 1851, en la décima página, dice: «En esta imprenta y en la *Librería Nueva* hay en venta versos del Sr. D. Francisco Acuña de Figueroa, para servir a los fuegos de San Juan». En el Museo Histórico Nacional se encuentran pliegos sueltos con versos para las cédulas de San Juan y San Pedro de los que es autor nuestro poeta.

Una buena alhaja.

«Si ganas a la baraja,
dame de oro una cadena»,
dijo a Currillo una maja.
«Veremos si un buen alhaja,
regala una alhaja buena.—Epigrama Nº 192.

La copla para las *Cédulas de novios* y *compadres* dice:

Bien pudieras, *buena alhaja,*
darme de oro una cadena,
si un *buen alhaja* es capaz
de dar una *alhaja buena.* I. 295.

*
* *

Pruebas feacientes del afán con que Acuña de Figueroa enmendó y pulió sus producciones se encuentran en los borradores y en los originales de sus poesías. Como dijimos en otra oportunidad hay páginas que a él mismo se le volvieron ininteligibles y hubo de incluírlas nuevamente en la colección de sus obras manuscritas puestas en limpio. Algunas que parece no recibieron toques de la lima del autor, también fueron retocadas. Diferencias se hallan comparando las versiones de los versos dados a la estampa en los periódicos de aquel tiempo y en la antología de Lira, con las que dejó reunidas para una edición definitiva. Ciertas variantes parece las introdujo con el fin de obtener regularidad en la forma estrófica; otras, un perfeccionamiento en la expresión; también el dar actualidad a escritos viejos ingiriéndoles referencias a sucesos del momento, —el más alto incentivo de sus dotes de versificador—y muchas veces efectuó verdaderas podas para hacer olvidar demasías de su terrible vena satírica.

Retoques de la primera clase encontramos en la letrilla *A Dorina,* arreglada en la versión definitiva en tiradas de igual número de versos y en las anteriores en tiradas de diversa extensión, y acaso otra finalidad no tuvo la supresión de las dos estrofas últimas en *La curiosa inocente*— y los octosílabos de aleluya que la remataban— porque pasada la oportunidad en que apareció en la prensa y en la colección de Lira, que entonces sí cada estrofa fué un sinapismo aplicado en parte visible a algunos hombres del primer gobierno patrio, no había motivos políticos que le llevaran a recortar las estrofas sin estribillo.

Enmiendas para mejorar versos se encuentran hasta en las composiciones festivas, y fácil es comprobarlo comparando las *toraidas* insertas en la prensa como comento a las corridas con las inclusas en sus obras. Deseos de perfeccionar el texto pudo influir en partes

que rehizo y hasta desmejoró de *La Malambrunada,* además de aquellas en que aludió, para comidilla de la curiosidad lugareña, a sucesos contemporáneos.

Al de las modificaciones introducidas en los versos otro interés se agrega en las varias lecciones de las endechas a la muerte de Dorrego, y a continuación reproducimos las dos principales: (1)

A la trágica muerte del General don Manuel Dorrego, Gobernador de Buenos Aires.

Del inmortal Dorrego
quiero cantar la gloria,
y a su ilustre memoria
tributar el honor.
Mas, ¡ay! el alma gime
en mísero lamento,
y herido el instrumento
resuena con dolor.
Caro Dorrego
¿quién parricida
pudo tu vida
sacrificar?
¡Oh si a mi acento
tu revivieras,
sólo me vieros
lorar, llorar!
¡Sólo me vieras,
llorar, llorar,

Sobre el sangriento suelo
que cubrió tus despojos,
con lágrimas los ojos
publiquen el horror.
Tu memoria merezca
dignísimo holocausto,
y tu destino infausto
recuerdos de dolor.
Mira, ¡oh Dorrego!
la patria ansiosa
sobre tu fosa
triste plañir.
Todos quisieran,
sombra querida,
¡Por darte vida,

El clamor argentino
(Inédita.)

Del inmortal Dorrego
quiero cantar la gloria,
y a su ilustre memoria
tributar el honor.
Más, ¡ay! el alma gime
en *tétrico* lamento,
y el *mísero* instrumento
resuena con dolor.
Caro Dorrego
¿quién parricida
pudo tu vida
sacrificar?
¡Oh si a mi acento
tu revivieras
sólo me vieras
llorar, llorar!

Sobre *la tumbra fría*
que cubre tus despojos
con lágrimas los ojos
publiquen el *dolor.*
Tu memoria merezca
el más tierno holocausto
y tu verdugo infausto
desprecio y *deshonor.*
Víctima ilustre,
rayo de Marte,
para vengarte
vuelve al vivir.
Mi gusto fuera,
sombra querida,
por darte vida

(1) Las diferencias de lección van puestas con letras bastardillas en la segunda columna.

morir, morir!
¡Por darte vida,
morir, morir!

Tú que triunfar supiste
en los campos de Marte,
ignorabas el arte
de lidiar a traición.
Protegías ingratos
con alma viperina,
y fué tu infausta ruina
tu incruento corazón,
Sobre un patíbulo
diste el aliento,
y a tu lamento
nadie acudió.
Sólo la patria
se condolía,
y repetía:
!murió, murió!
Y repetía:
¡murió, murió!

Los campos de Navarro
son fiero monumento
del fin triste y sangriento
del héroe federal
que del pueblo argentino
consolaba las penas,
que rompió las cadenas
del Estado Oriental.
Su sangre al cielo
venganza clama:
la patria os llama,
libres, venid.
Primero muerte,
muerte cual bravos,
¡que como esclavos
gemir, gemir!
¡Que como esclavos
gemir, gemir!

Ni la ley, ni la patria
que atónita suspira
ablandaron la ira
del bárbaro agresor.

morir, morir.

Aunque triunfar supiste
por los campos de Marte,
ignorabas el arte
de lidiar a traición:
Protegías ingratos
con alma viperina;
y fué tu infausta ruina
tu noble corazón.
Cuando tu vida
Triste exhalabas,
tu perdonabas,
nosotros, ¡no!
y porque el odio
nunca olvidemos,
repetimos:
¡murió, murió!

Los campos de Navarro
son triste monumento
del fin *cruel* y sangriento
del héroe federal,
que del pueblo argentino
aliviaba las penas,
que rompió las cadenas
del Estado Oriental.
Su sangre al cielo
venganza, clama,
la patria os llama:
¡libres, venid!
¡Primero muerte,
muerte cual bravos,
que como esclavos
gemir, gemir!

Ni la ley ni la patria
que atónita suspira
ablandaron la ira
del bárbaro *visir:*

Receloso y frenético
sangre pide irritado,
y tú le has enseñado
a morir con valor.
Suena el estruendo,
y ensangrentado
caes traspasado:
¡oh ingratitud!
¡Salud Dorrego,
gloria argentina!
Sombra divina,
¡Salud, salud!
Sombra divina!
¡salud, salud!

La mitad de su sangre
por la patria ha vertido,
y el resto la ha perdido
en suplicio cruel.
Brotará de su tumba
el vengativo fuego,
y mil víctimas luego
se abrazarán con él.
¡Oh impío bando!
Tú has dado el grito:
¡Cuánto delito
le sigue en pos!
¡Adiós por siempre
paz y armonía!
¡Glorias de un día,
¡adiós, adiós.
Glorias de un día,
¡adiós, adiós!

Francisco Acuña de Figueroa

Que de sangre sediento
sangre beber quería,
y tú con bizarría
le enseñaste a morir.
Suena el estruendo
caes traspasado
triunfa el malvado
¡qué ingratitud!
¡Salud Dorrego,
gloria argentina,
sombra divina,
¡salud, salud!

La mitad de su sangre
por su patria ha vertido,
y el resto la ha perdido
en suplicio cruel.
Para aplacar sus manes
la horda vil sucumba,
o allí sobre su tumba
perezcamos por él.
Ellos tiranos
dieron el grito;
¡Cuánto delito
le sigue en pos!
Adiós por siempre
paz y armonía;
glorias de un día,
adiós, adiós.

Florencio Balcarce

A pesar de las diferencias que presentan ambas lecciones y llevar firmas de distintos autores, es una misma composición. El compilador de la *Antología de poetas argentinos* don Juan de la Cruz Puig la recogió como de Balcarce y la acompañó de una nota que dice: «Cop. del manuscrito, autógrafo firmado por el autor, que está en el archivo de don J. M. Gutiérrez, existente en la Bibl. del Senado Nacional». Sin embargo la poesía *inédita* de Balcarse no es más que una copia con un par de ligerísimas variantes de la aparecida en *La Gaceta Mercantil* de Buenos Aires y que al pie luce una anotación en que consta haberla tomado de *El Trueno* de Montevideo, de donde acaso también la reprodujo *El Indicador*.

Tantas transcripciones son probanza del éxito de las endechas al ser publicados. Que las escribió Acuña es indudable: se encuentran en sus obras y fueron impresas en la página 30 del tomo quinto, y están escritas en una forma suya original, en estrofas formadas por la juxtaposición de dos octavillas italianas, la primera heptasílaba y la segunda pentasílaba terminada en un verso formado por la repetición de una palabra aguda. En algunos casos los dos o los cuatro versos finales se repiten, como en letra dispuesta para el canto (1). Esas estrofas las usó el autor en el epicedio a la muerte de Bernabé Ribera, en otro a la del joven Ramón Palacios y en la *letrilla cantable Los recuerdos.* El estilo no deja lugar a dudas, tanto se asemeja a las otras *canciones funerales,* que así también las nombró Acuña, compuestas en esos metros. Algo singular en este caso es que hasta a los conocedores de la obra de don Francisco su nombre basta para clasificar la composición que lo lleva como falta de sentimiento y de energía; en ellas, por anticipado se sabe y dice, todo es artificio, insensibilidad. Pero doña Avelina M. Ibáñez en su tesis *Unitarios y federales en la literatura argentina,* que es trabajo de mucho mérito, al encontrar el *Lamento argentino* lo cree de la musa de Balcarce y lo juzga en estos términos: «También suele encontrarse alguna composición sencilla, pero de ritmo melódico y apropiado al asunto, como unas endechas de Florencio Balcarce, que aparecieran en *El Trueno* de Montevideo, con el título de *El clamor argentino* (2). Es de lamentar en ellas que el joven poeta haya dejado penetrar el odio en su afligido pecho, que así gime y brama a la vez». Nos halaga tal juicio, pues aunque consideremos cuánto pudo elevarlo sobre el justo mérito la impresión causada por la pureza formal en quien tuvo que hastiarse de leer centenas de versos que no llegan a coplas, nos afirma en nuestro parecer anteriormente publicado, que en algunas poesías patrióticas y amorosas, —pocas en verdad— no habrá un hondo arrebato pasional, que Acuña nunca sintió, pero en las unas se encuentra cierto entusiasmo y en las otras cierto agrado, ambos muy al gusto convencional del hombre sensible de la literatura española del siglo XVIII. No todo fueron gallardías del ingenio; algo supo decir el corazón.

(1) La composición de que tratamos, en las obras de Acuña lleva repetidos los dos últimos versos, en la *Antologia* de Puig, ninguno, en la versión de *La Gaceta Mercantil,* que es casi igual a la de Puig, trae dos veces la media estrofa final, y así publicó Acuña sus otras poesías en esas octavillas. Puig le añadió a *El Clamor Argentino,* como si formara todo una sola pieza, cierta canción que debió ser popular en el Río de la Plata, a la muerte de Policarpa Salavarrieta que principia: ¡Granadinos, la Pola no existe!

(2) De ser esta poesía un plagio de Balcarce, como parece que lo probaría el haber puesto su firma al pie de obra ajena, nos hace recordar que la muerte del Coronel Dorrego fué motivo de otro hurto literario, denunciado en el número 146 de *El Universal,* del 9 de diciembre de 1829, pues alguien dedicó a su memoria, oculto en el seudónimo de Mirtilo, dos composiciones publicadas a la del Excmo. General Luis Laci, trágicamente muerto en Barcelona, arcabuceado, dice el periodista que denunció el plagio.

*
* *

De las supresiones que efectuaba Acuña en sus poesías, solió dejar constancias en notas puestas al pie, pero en muchos casos hizo podas y modificaciones importantes sin dar de ellas noticia alguna. Así en la letrilla satírica *A Juan Copete,* publicada en el año 1840 en el número 385 de *El Nacional,* apareció la estrofa siguiente, eliminada sin dejar nota alguna en la redacción definitiva:

Si de Cagancha el campeón
quiere auxiliar sus soldados
y agiotistas desalmados,
lo estrechan con ambición,
y ni por restitución
nadie sus bolsas promete,
¿quién te mete?

Fácil nos parece suponer cual principio regía en eliminaciones como ésta; pasadas las circunstancias inspiradoras, o por vueltas de la política o de la amistad, o al ocupar cargos representativos las personas mordazmente aludidas, no le era siempre conveniente a nuestro satírico recordar los varapalos aplicados.

A la misma letrilla fué añadida una estrofa, sambenito de ignorancia que vistió a los médicos que privaron de su título al colega que asistió y acaso provocó la muerte del General Garzón:

Si a un médico allá en Turquía
priva el diván del turbante,
porque sana con purgante
y no mata con sangría,
y si el gran señor se fía
en lo que el diván decrete,
¿quién te mete?

Y de la misma composición podemos sacar otra interesante muestra de cómo Figueroa pulía y hasta rehacía sus versos. Una estrofa en *El Nacional,* dice:

Si otro sensible también
no quiere a los toros ir,
más no se exalta al oír
los degüellos de Belén,
mostrando, y no digo quien,
una sangre de sorbete,
¿quién te mete?

Y el tomo I de las obras ofrece esta lección:

Si contra los toros Tello
grita, haciéndose el sensible,
después que asistió impasible
al mazorquero degüello,
si se le eriza el cabello
porque un buey se desjarrete,
¿quién te mete?

Juan Copete fué el seudónimo de un periodista que escribía artículos de costumbres, de aquellos que los montevideanos llamaban a la manera de Larra o *gerundianos*, y el oculto censor tan bien lo estuvo que las demasías de su pluma fueron atribuídas a diversas personas, entre ellas don Andrés Lamas, a quien molestó como una ofensa la falsa adjudicación. El mofador de don Francisco, que bien sabía inimitable la castiza elegancia de su musa satírica, conocida de todos los lectores cultos de aquel entonces, puso por contera a sus epigramáticas admoniciones esta burlesca parodia del Evangelio:

¿Te diré mi nombre? no:
Adivina quién te dió.

*
* *

Una edición comentada y anotada de la mejor parte de la obra de Acuña creemos que sería suficiente para levantar esos conceptos y juicios desfavorables, que algo tienen de vulgares, con que suelen tacharla por lo general quienes no la conocen, apreciaciones nacidas de las críticas negativas que fácil es emitir cuando se trata de cultos ingenios del neoclasicismo, honrosos cultores de la literatura dentro de las jóvenes naciones americanas.

Para remate de estas notas transcribiremos este párrafo de don Alejandro Magariños Cervantes, en su libro *Violetas y Ortigas:* «Estando en París recordamos haber visto reproducidos en periódicos de Buenos Aires, del Perú, de México, de Chile, de Cuba, del Brasil, de España y aun en la *Crónica* de Nueva York, versos de Figueroa.» Nosotros recordaremos lo que crítico tan eminente y ecuánime como don Marcelino Menéndez y Pelayo incluyó de autores uruguayos en su académica *Antología de poetas hispanoamericanos:* de todo nuestro pasado literario, como de gracia, una composición de Magariños Cervantes; diez y ocho páginas ocupan las de don Adolfo Berro, quien fué, según su certero justiprecio, más que un poeta una promesa de poeta; por reales méritos recogió versos criollos de Bartolomé Hidalgo, y cincuenta y tres páginas llenó, más de las concedidas

a don Ventura de la Vega, más que a Mármol, de poesías de Acuña de Figueroa, ilustración y fundamento del juicio en general encomiástico y pleno de simpatía emitido en el estudio preliminar de tal compilación.

ROGER D. BASSAGODA

INSPIRACION (1)

El poeta vagó inútilmente por el bosque, detúvose en un rincón frondoso que encontró a su paso, entonó la más sentida de las canciones; evocó los recuerdos de su niñez, recordando su amor primero, aspiró el perfume de un pañuelo, acarició con su mirada a una achira roja fraganciosa como toda una primavera. En vano fueron sus esfuerzos; la inspiración no se manifestaba en su mente acalorada. Ni la naturaleza ni la obra del hombre, ni las ruinas de una tapera, donde se había amado y llorado, ni un pedazo de lago tranquilo y dulce que reflejaba sauces llorones y ceibos en flor, lograron sugerirle motivo para un soneto. Imaginó un drama sombrío, un idilio amoroso, una fábula moral, y el verso fué reacio a tomar la forma de endecasílabo. Desesperado al meditar en la atonía súbita de su estro poético que le había sido siempre propicio y fiel hasta ese instante, cayó en tristes reflexiones.

La causa la halló de súbito.

En él la poesía había surgido fecunda y espontánea desde su tierna infancia. Dar forma versificada a sus ensueños juveniles había sido fácil juego de su mente. Por intuición conocía las emociones, los dolores y las pasiones humanas, pues jamás había experimentado en su propio ser el más leve pesar, la más sutil emoción amorosa, el menor asomo de entusiasmo personal igualándose en esto a casi todos los poetas jóvenes que caen en el escepticismo, más por exceso de romanticismo que por obedecer a su idiosincracia; tristes por seguir la moda de parecer cansados de la vida; exhaustos de sensaciones, con el alma muerta a todo optimismo y sin haberla hecho vibrar nunca en el laúd de una pasión, sin haberla hecho incendiar en el crisol de una decepción, sin haberla quintasenciado, alam-

(1) OTTO MIGUEL CIONE, cuyo nombre literario se difundió en los últimos cuarenta años en los dos países del Plata, así en el periodismo como en el teatro y en el libro, y cuyo reciente fallecimiento ha sido muy sentido en los círculos intelectuales de Montevideo y Buenos Aires, nos envió, poco tiempo antes de morir, la breve página que él no alcanzó a leer en la revista, y que ahora publicamos, en cumplimiento de su deseo, y tributando con ello homenaje al extinto escritor. Nació éste en la Asunción del Paraguay el 15 de Agosto de 1875, pero, habiendo transcurrido su niñez y su juventud en el Uruguay, hizo de este país su patria de adopción. Desde la adolescencia se consagró a las letras, y especialmente al género dramático, en el que logró resonantes éxitos y merecidos galardones. Cultivó también la novela, el cuento, el artículo de costumbres, la crítica teatral, la crítica social un poco con caídas a la sátira, y en todos los géneros logró lectores y éxitos. En el concurso de novelas organizado por el diario «El País», de Buenos Aires, obtuvo el segundo precio con su novela «Maula», y en el concurso de Obras Dramáticas del Teatro Nacional de Buenos Aires conquistó el primer premio con su obra «Presente griego». Colaboró constantemente en diarios y revistas del Río de la Plata y sus obras teatrales perdu-

bicado y purificado en el sacrificio de un deseo por ser fiel a una virtud, a un deber, a una verdad. Su ética era rudimentaria, hallándose más predispuesto a elogiar un acto cínico de egoísmo, que un heroismo, que una abnegación! No había vivido ni observado la vida con ojos de psicólogo. Su propia ignorancia de la vida era la barrera que le ocultaba el mundo. Ser poeta sin conocer la realidad de la vida era como ser músico sin conocer el pentagrama. Detúvose debajo de una acacia negra y sentóse sobre una roca, con la evidencia de que la poesía en él había sido canto sin harmonía, fragancia nativa de flor silvestre. Tenía que estudiar nuevos ritmos para ser zorzal, rey de la selva, y seleccionar las flores de su jardín interior sometiéndolas al frío de las noches invernales, para llegar a extraer de su poesía el aroma intenso y embriagador de la verdadera vida. No bastaba haber amado la naturaleza con el entusiasmo de un neófito. Había que sufrirla! No bastaba detenerse admirado ante la esfinge del amor, había que desentrañarla. No bastaba marchitarse esterilmente en suponer las pasiones, había que experimentarlas en carne y espíritu propios, sangrarse el alma y si fuera menester sangrar sus propias arterias. Dejar entrar el mundo en si mismo y posesionarse de él, torturándose voluptuosamente. Convertir el alma en eco sentido y no substancia amorfa. Plasmar las impresiones a través de las propias alegrías, amarguras y automartirizaciones. Ser a la vez espiritual hasta el idealismo y sensual hasta el paganismo. Desposarse con la vida intensa, poseerla hasta el paroxismo de la pasión, hasta el hastío, hasta la repulsión misma; porque de las grandes emociones y decepciones experimentadas se forjan los ideales del mañana. No ser neófito en ningún dolor y en ningún placer, para arribar a ser maestro de las selecciones futuras. Curarse de las sorpresas inimaginables, esperar siempre lo malo, aceptar lo bueno como un azar y sobre todo vivir, vivir y vivir! Amar la vida y no temer la muerte. Esperarla como invitada fiel que no ha de faltar al convite final y buscar ávidamente en todas partes la belleza, ser un sacerdote humilde y hacer de ella

raron en el cartel y se representaron en escenarios de América y Europa. Logró para ello intérpretes de tanta notoriedad como Pablo Podestá. Sus principales obras llevan los siguientes títulos: «Lauracha», «Maula», «Mecha», «Chola se casa», «Caraguatá», «La vida de Zanja Honda», «Amor de estilo», «El gringo», «Partenza», «Antes del drama», «Como flor de camalote», «La barca errante», «La eterna ciega», «Gallo ciego», «La cría», «Casa de vidrio», «La rosa de Jericó», «Paja brava», «Clavel del aire», «El arlequín», «El corazón de la selva», «El otro», «Mariposa», «Novela y realidad», «Crimen pasional», «La muerte azul», etc. etc. Ocupó los cargos de Cónsul de la República en Concordia y Bibliotecario de la Sección de Enseñanza Secundaria de la Universidad. El crítico Ronald ha dicho con mucha precisión y justeza lo siguiente sobre el escritor desaparecido: «Cione fué uno de nuestros escritores mejor dotados por la naturaleza; y fué uno de los que más dilapidaron esos dones. Su facultad creadora, su imaginación, corrían parejas con su aguda capacidad de observación y su espíritu cáustico. Vivió en él un bien dotado escritor costumbrista, que él mismo casi desconoció. Era, por otra parte, como lo demostró en sus «Instantáneas», un cronista ágil, ingenioso, fino cuando quería serlo».

el culto de los cultos. Hacer de sus nervios un arpa vibrante y no un receptáculo apagado de impresiones.

El sol caía hecho una brasa de fuego. Sus últimos rayos llegaban fríos a los pies del poeta. En plena juventud el poeta era un sol de fuego en el ocaso y sólo daba rayos fríos! Irguióse con un gesto de protesta al comprender la verdad del símil, y al ver una tela de araña que acababa de tejer una «epeira fasciata», entre varias ramas bajas de la acacia, observó. En el centro, junto a la intersección de los radios, en actitud suprema yacía la araña ostentando su grueso abdomen. De pronto descolgose de un hilo tenue una epeira pequeña, y que bajaba a trechos, temerosa. Era el esposo que por instinto no ignoraba su triste destino. Se detuvo unos milímetros cerca de la amada y confiado quizá en la inmovilidad de ésta, bajó a la tela y cumplió su amoroso anhelo como lo cumplen los seres a quienes guía la fuerza ignota del amor que anima los insectos y atrae las estrellas. Disponíase a partir por donde había venido, utilizando la sutil escala de seda, cuando Julieta en un rápido movimiento aprisionó en sus peludos brazos al inocente Romeo y después de darle un beso mortal, le tejió una mortaja. Luego comenzó a sorberle lentamente con la fruición de un goloso que gusta el sabor de una naranja. El poeta comprendió!...

No bastaba amar sino que había que ser víctima o héroe del amor para tener inspiración. No bastaba amar a una mujer, amar a la natura, amar al género humano, con fe, con confianza, con abnegación, dándose todo, todo, en cuerpo y en alma y morir por el mismo objeto de su amor, morir como enamorado, como víctima del entusiasmo por la naturaleza, como apóstol de una idea. Sentir el beso de la muerte por el objeto amado, por un abismo, por un ideal. Sentirse amortajado por las mismas manos de la mujer por la que se ha dado el alma, por el agua de una catarata, por los mismos hombres a los cuales se les ha querido traer la buena nueva. Ser Romeo, flor que arrastra un torrente. Jesús-hombre en la tierra; he ahí la verdadera misión del poeta. Los catorce versos de un soneto eran muy poco para desarrollar el tema que se le había ocurrido y que se hallaba ávido de aprender practicándolo! Qué inmenso poema había enseñado a un gran poeta una mísera araña. ¡Inspiración! Y recordó el aforismo de Guerra Junqueiro:

«La poesía es ciencia de la vida transformada en sentimiento».

Y una lágrima verdadera fué a calentar el último rayo del sol que se moría de frío a sus pies.

OTTO MIGUEL CIONE

EL REALISMO DE MEYERSON (1)

A Luis E. Gil Salguero

Pueden considerarse también como realistas aquellas posiciones que entienden que el ser no puede expresarse exhaustivamente en términos lógicos.

Desde este punto de vista la doctrina kantiana puede considerarse como realista ya que admite que el noumenos existe con independencia del pensamiento.

La doctrina de Meyerson, de acuerdo a la cual lo real se opone a lo inteligible y rehusa transformarse enteramente en inteligible, también significa un realismo. Con respecto a este autor después de haber estudiado algunos capítulos que preferentemente se refieren a este tema (Véase *Identité et Realité,* Cap. IX y XI, y *D'Explication dans les Sciencies.* Cap. I y VI), nos parece que en él podemos distinguir un realismo que llamaríamos *de conclusión,* que es en el que generalmente se insiste, y otro *de tendencia* que aparece como la disposición propia del pensamiento, sea vulgar, científico o metafísico y que se concreta en la llamada *exigencia ontológica.*

Del primer punto de vista, después de haber estudiado los diversos procedimientos racionales para dar cuenta de lo real, para racionalizarlo, llega a la conclusión de que esa racionalización presenta límites. Esa limitación aparece concretada en la idea de que hay algo que no podemos comprender. Decimos que eso constituye una manifestación de realismo, porque significa un límite a la inteligibilidad y por lo tanto a la aniquilación del ser por el pensamiento.

Meyerson concuerda de esta manera con Lalande que considera que lo real presenta una resistencia al movimiento de disolución. «Sea que por realidad, se deba entender alguna tendencia profunda y sólida, sea que, más conformemente a la etimología, se entienda por eso lo que da materia a mi conocimiento, la cosa, *res,* que se dis-

(1) MARIO A. SILVA GARCIA nació en Montevideo el 12 de Mayo de 1921, cursó sus estudios en la Universidad y se graduó de Doctor en la Facultad de Derecho. En la misma Facultad conquistó, mediante concurso de oposición, el cargo de Profesor. Su vocación le ha llevado a hacer severos estudios filosóficos, con lo que ha formado una vasta cultura. Interesado por las nuevas corrientes del pensamiento que tienden a la restauración metafísica, ha penetrado la filosofía bergesoniana y ha hallado en ella motivos para ensayar sus aptitudes interpretativas y especulativas. Traductor, de las obras de Bergson, es autor, además, de los siguientes ensayos: «Plenitud y de gradación a propósito del bergsonismo»; «La Energía Espiritual»; «Datos inmediatos de la Conciencia»; «El pensamiento y lo consciente». Es autor, también, de un «Curso de metafísica», del cual ha aparecido el primer tomo, el cual contiene nociones generales bre esta materia y la teoría del conocimiento.

tingue de las otras y se opone, aunque teniendo con ella lazos que me permiten pensarla, *el individuo es la realidad misma,* no a la manera de una ciencia inmutable y metafísica, en la cual se permite no ver sino un fantasma lógico, sino en el sentido que es el dato mismo sobre el cual opera todo nuestro conocimiento y sobre el cual se ejerce toda nuestra actividad. Es la prolongación, la renovación continua, y bajo las reservas que hemos indicado anteriormente, el desarrollo de la propiedad fundamental por la cual el mundo existe. (Lalende, *La Dissolution,* Pág. 414).

En cuanto a Meyerson habíamos dicho que podíamos distinguir en él en primer lugar un realismo de tendencia. Esto es el realismo que surge de la continuidad existente en el sentido común, la ciencia y la metafísica, que pueden unirse bajo la unidad de la razón humana.

El sentido común construye una ontología. Cuando se tiene una sensación de color, por ejemplo, se tiene inmediatamente la tendencia a constituir con esa sensación la cualidad de un objeto exterior.

Es un error creer que el realismo se disipa con la actividad científica. Por el contrario se mantiene aunque bajo una nueva forma. El hombre de ciencia tiene la tendencia a creer que los elementos, que las leyes, son cosas de igual manera que se creía en la existencia real de los elementos y en el realismo de los Universales. Ya no dirá el hombre de ciencia, como el sentido común, que está viendo una mesa, sino que dirá que existe allí un conjunto de átomos o moléculas.

Se considera entonces, como atributo de las cosas de que habla la ciencia una mayor permanencia, una eternidad, que no existen, en los objetos en que cree el sentido común. La energía, la masa material, el átomo, el electrón son absolutamente constantes, eternos, mientras que lo que nos presenta a la percepción directa sufre, sin excepción la influencia del tiempo. (Meyerson, *De L'Explication.* Pág. 40).

Es cierto que la ciencia considera como ingenua la posición del sentido común, pero al destruir la ontología creada por aquel no hace sino reemplazarla por una nueva. Se *cree* en la existencia real de las leyes, de los elementos, tales como los considera la química. Las leyes se consideran como apoyándose en objetos reales y así la ciencia entera reposa sobre el fondo, poco aparente sin duda (puesto que es tentado de negar la existencia de esta base), pero sin embargo sólido y profundo de la creencia del ser independiente de la conciencia. Y es sobre esta creencia misma y no, a despecho de la apariencia, sobre la teoría positivista que se apoya en realidad la concepción de la existencia metafísica de las leyes. La existencia del mundo de los objetos parece hasta tal punto asegurada que se llega a suponer que aún las relaciones entre esos objetos, tales como los determina la inteligencia humana que los contempla, deben existir,

sin embargo, independientemente de esta inteligencia. (Meyerson, idem, Pág. 44).

Nos interesa ahora estudiar el origen de esa tendencia. En primer lugar, no podemos admitir que proviene del objeto o que es sugerida por él, puesto que con ella es que le damos existencia y creemos en él. ¿Cómo es posible que de la existencia de las sensaciones que reconocemos como nuestras, aún cuando se advierta su independencia con respecto a la voluntad, se llegue a la idea de que existe algo exterior?

Hume ya había advertido que afirmar la existencia de los objetos cuando éstos no afectan los sentidos es una contradicción en los términos, puesto que se supone que los sentidos, siguen operando, incluso cuando ha cesado toda clase de operación. Para evitar esta contradicción se dice que afirmamos únicamente el mantenimiento de la causa de la sensación.

Analizando la idea de causa, en el sentido que lo ha hecho Meyerson (Véase el capítulo I de *Identité et Realité),* surge que la idea de causa lleva implícita la identidad: *causa aequat effectum.* Cuando afirmamos que un objeto que no forma parte de nuestra sensación actual constituye al eterno subterfugio que ponemos a contribución siempre que la identidad nos falla de un modo manifiesto, donde la deseamos de un modo particular: esta *posibilidad* de sensación, como lo indica por otra parte la etimología, es un ser del mismo orden de la cualidad *en potencia* de Aristóteles o la energía potencial de los físicos. Es algo que no se manifiesta de ningún modo y que por consiguiente, no existe pero cuya existencia estamos, no obstante, obligados a suponer para satisfacer nuestra necesidad de identidad, porque sabemos que esto *puede* manifestarse (Meyerson, *Identité et Realité,* Pág. 110).

La idea de un mundo exterior surge de este pensamiento no formulado: como no podemos admitir que lo que subsiste son las sensaciones porque nuestra experiencia nos enseña que desaparecen; para satisfacer nuestra tendencia causal, suponemos que algo tiene que permanecer y a ese algo en cuya permanencia creemos le llamamos objeto o mundo exterior a la conciencia. Eso significa colocarse en una actitud intelectualista para la cual el mundo exterior es deducido. Se trata siempre del principio de causalidad, la tendencia a ver, por necesidades de la explicación, que todas las cosas persisten sin cambio, es también para responder a esta necesidad, al mismo procedimiento de sustitución de una causa cuantitativa a la sensación cualitativa. (Meyerson, Idem, pág. 413).

Esta tendencia causalista hace que no nos conformemos con hacer de la materia una hipoctásis de las sensaciones, porque entonces permanecería como las sensaciones diferenciada cualitativamente. Por el contrario, admite la cantidad, es decir que admite la persistencia de algo autónomo, que persiste. La ontología del sentido común se caracteriza por hacer sufrir a esas sensaciones el mínimo de

transformación, es así que da lugar al realismo ingenuo de las cualidades.

Como la ingenuidad de este tipo de realismo se revela pronto, se le sustituye por otra, el que llamamos crítico, en el cual se habla de «subjetividad» de propiedades y se cambian los objetos, obra del sentido común, por los objetos, obra de la ciencia, pero tanto en una posición como en otra, se mantiene la tendencia a ontologizar.

No es posible encontrar —dice Meyerson— realizado en la ciencia el ideal preconizado por Conte y por Mach de una ciencia puramente *legal*, que prescinda de todo sustancialismo. El físico, en efecto, empieza creyendo ciegamente como un hombre cualquiera, en las concepciones del sentido común, Las modifica luego. Pero, ¿cómo las modifica? Unicamente procediendo de realidad en realidad. Una vez disuelto el bastón en una nebulosa de átomos, o si se quiere incluso de iones eléctricos, estos átomos y estos iones, son, por decirlo así tan *reales* como lo era el bastón; no ha «reducido», en efecto, nunca sino de sustantivo en sustantivo, de objeto en objeto. En ningún momento, salvo que se trate de «errores de observación» o de fenómenos expresamente calificados de «subjetivos», hará intervenir el físico la consideración de *sujeto*. En ningún momento sustituirá en el curso de sus deducciones un objeto, con algo manifiestamente irreal (Meyerson, op. cit. Pág. 419).

Cabe observar, sin embargo, que la concepción de Meyerson ha experimentado una cierta corrección en lo que se refiere a los trabajos actuales de la ciencia. La llamada «ecuación personal» es algo que se toma ahora muy en cuenta, porque de ella depende en gran parte la marcha de la investigación. Probablemente ahora se sea más consciente de esta parte de la subjetividad, pero también se le sigue dando la razón a Meyerson, en el sentido de que se mantiene la tendencia a creer en una realidad independiente. Así por ejemplo Jeans:

«..... quedaba reservada para la física del siglo XX, bajo la dirección de Einstein, Bohr y Heisenberg, la tarea de descubrir el inmenso matizado subjetivismo que entraba en la descripción de la naturaleza por el siglo XIX. Reconocido el hecho, intenta la física moderna eliminar el espectáculo humano y estudiar la realidad objetiva que existe más allá del mismo. Sólo de este modo, la historia de la ciencia física en el siglo XX es la historia de la progresiva emancipación del ángulo visual puramente humano.

El físico que puede eliminar el espectáculo humano y ver claramente la nueva y extraña luz que penetra entonces en sus pupilas, se encontrará viviendo entonces en un mundo que no es familiar y que ni sus predecesores inmediatos lograrían probablemente reconocer. (Jeans, *Nuevos Fundamentos de la Ciencia*. Pág. 14).

Pensando por ejemplo en las nociones, de onda, de corpúsculos, de ley, de ese mundo desconocido o inferido, se llega a la conclusión de que la tendencia ontológica se mantiene. Recuérdese lo referente

al problema de Heisenberg, y se verá que allí la tendencia al pensamiento es la de actuar «como si viese» la experiencia, como si los corpúsculos y sus movimientos fuesen algo semejante a los movimientos de bolas de billar. En esos elementos existe la *perdurabilidad* que Meyerson encontraba en la idea de masa, de fuerza, de energía. Claro está que hay diferencias entre la concepción del sentido común y la de la ciencia. La primera es cualitativa; la introducción de la cantidad es muy tímida; la ciencia, por el contrario, acentúa ésto y se hace francamente cuantitativa reduciendo los colores, por ejemplo, a diferencia de longitudes de onda. Así la ciencia crea de nuevo objetos que se parecen completamente a los del realismo ingenuo, o aún seres de orden particular, en los cuales el rasgo distintivo del objeto, la perdurabilidad, es llevado al absoluto, hace prevalecer el concepto de cantidad donde el concepto común era impotente para realizar esa tarea, y al transformar la imagen del realismo ingenuo, no lo hace nunca más que sustituyendo el *objeto* por otro *objeto*, cuya primera condición es su existencia independiente de nuestra sensación. Así pues en la marcha que la aleja del sentido común, la ciencia no vuelve jamás hacia la sensación, al contrario, su impulso sigue siempre adelante en el camino y en la dirección que ha conducido el pensamiento de la sensación al sentido común. (Meyerson, id. pág. 418).

La exigencia de la identidad, que nos hace postular la perdurabilidad de los objetos, hace que no nos conformemos con el sentido común cuando éste no alcanza a satisfacerlo. Piénsese, por ejemplo, en un objeto destruído; allí el sentido común, cuya fuente de conocimiento son las sensaciones, ve una desaparición, pero la razón recurriendo a lo conceptual introduce las nociones de transformación de materia, de energía, que significan la creación de nuevos objetos, que permiten seguir pensando la persistencia. Decimos que el átomo no se destruye, y eso permite pensar que el objeto no se ha destruído sino que sólo ha cambiado de lugar integrando ahora una agrupación distinta.

La noción de mundo exterior, de *objeto*, significa la creación de una causa permanente de las sensaciones, que se oponga a su incesante cambio.

Esa tesis referente al problema de las relaciones entre el sentido común y la ciencia, que se habrá estudiado en el curso de Lógica, afirma como se ve, la continuidad entre estas dos formas de pensamiento.

Debemos referirnos ahora al otro aspecto del realismo en Meyerson; aspecto que habíamos convenido en llamar *realismo de conclusión.*

Esta tendencia del pensamiento tiene un sentido positivo ya que significa la creación del mundo exterior. Pero luego es necesario comprender ese mundo por la inteligencia. Según Meyerson, el procedimiento de ésta consiste en un procedimiento de identificación,

como hemos tenido oportunidad de ver al estudiar la concepción de este filósofo. Es decir, que una vez colocada la existencia por el pensamiento, el mismo pensamiento se esfuerza en destruirla. El problema consiste en saber si esa reducción es absoluta.

En primer lugar, hay que observar esta «paradoja» del pensamiento. La tendencia de la ciencia a investigar, es decir en el momento de la tarea, es a mantener esos seres hipotéticos, es decir, a seguir con la tendencia ontológica o mejor dicho, es durante la investigación que ésta se manifiesta; pero como tendencia lejana aparece lo contrario: la tendencia a la explicación del ser por el no ser, es decir, que mientras permanece en el realismo, su fin es el solipsismo. Además es paradógico que estudie el fenómeno, que es cambio, con la ayuda de un principio que significa la negación de dicho cambio. Y además no es paradojal hasta el extremo, que ella (la ciencia) triunfe en esta empresa, que la naturaleza, en una cierta medida parece mostrarse penetrable, plástica, con respecto a una teoría que tiende a demostrarle no existente? (Meyerson, *De L'Explication dans les Sciences.* Pág. 670).

Cuando el hombre recurre a la experiencia problema de esta manera su incapacidad para conocer por el uso puro de su razón, pero como la experiencia pura no enseña nada, necesita también de su razón; esto indica, dentro de los límites de su razonamiento, al menos, un parcial acuerdo entre razón y naturaleza. La contradicción es la consecuencia misma de que existe un mundo exterior, una *naturaleza* que sentimos —cualquiera que sean además nuestros esfuerzos para absorberla o para confundirnos con ella— diferente de nuestro yo, aunque permaneciendo convencidos. Lo que podemos hacer para oponernos a ella —que no es más que nuestra sensación o que ella la engloba. Es sobre este último aspecto de la proposición que Spinoza, como se sabe, ha insistido especialmente, haciendo resaltar que el hombre no es, con respecto a la naturaleza «un imperio en un imperio», que «no puede ser que no sea una parte de la naturaleza».

Es un hecho que en la ciencia las dos corrientes opuestas coexistan sosegadamente. Por el mecanismo, por los principios de conservación y la hipótesis de la unidad de la materia, tiende a la inmovilidad del mundo y su reducción al espacio, mientras que, por el principio de Carnot y los otros irracionales, reconoce la imposibilidad de este fin. (Meyerson, ídem, Pág. 671).

La existencia de la realidad exige que el pensamienot esté constantemente teniéndola en cuenta y la doctrina de Meyerson, desde este punto de vista, puede considerarse como realista, no sólo por la existencia de ese realismo de tendencia de que hemos hablado, sino también por la necesidad del pensamiento de referirse a lo real, por tener en cuenta la realidad. Necesita ese movimiento para poder progresar, porque el pensamiento parte de la sensación y tiene que volver a ella para su desarrollo. Se advierte pues, ahora, que la doc-

trina de Meyerson no puede confundirse con un idealismo, por cuanto si lo fuera, admitiría que el intelecto sólo puede sacar al mundo de sí, prescindiendo de lo real; en cambio en él, se afirma enérgicamente el punto de partida real, la diversidad originaria que lo pone en marcha y la tendencia del pensamiento a eliminar esa diversidad por la reducción a lo idéntico.

Lo real parece frecuentemente ceder a la coerción que la razón tiende a ejercer sobre él; se muestra en partes, plástico, conforme a las exigencias de nuestro espíritu; si no fuera así, no serviría para nada pensar y no podríamos ni siquiera vivir. Pero esta plasticidad, esta conformidad no podrán jamás ser perfectas, porque entonces lo real no existiría. Y esto es lo que nos muestra que la identificación tiene su origen en nuestro espíritu mismo. (Meyersón, *Du Cheminement de la Pensée*, II, Pág. 608).

Es indispensable esa oposición entre lo real que resiste y lo racional que busca eliminarlo para que la razón pueda funcionar. De la confluencia de lo real y lo racional surge la noción de lo *plausible*, es decir aquellos enunciados que no son ni enteramente a priori ni enteramente a posteriori. (Véase, Meyersón, op. cit. Pág. 617).

Si lo real fuera racional enteramente, la razón debería poder deducirlo, y, como ella es manifiestamente impotente para crear por deducción pura una diversidad, todo sería confundido en la unidad acósmica de la esfera de Parménides, es decir, que no habría realidad. Mientras que, por otra parte, si lo real no presentara nada racional, sería absurdo querer razonar sobre él, porque todo resultado de un razonamiento se encontraría en seguida desmentido por la marcha real de los fenómenos. (Meyerson, *Philosophie de l'Intellect*, pág. 166).

La resistencia de lo real aparece como el límite de la racionalización que se concreta en la existencia de los llamados *irracionales*. Lo refernte a ellos constituye la indicación de lo que en este autor hemos llamado realismo de conclusión.

Uno de los modos explicativos de la inteligencia consiste en la explicación mecánica, que aunque presente muchas dificultades, satisface la tendencia del intelecto. Hay un fenómeno, sin embargo, que el mecanismo no puede explicar y es la sensación. Esto ya lo había advertido Leibnitz, que en su *Monadología*, Parágrafo 17, dice: «Por otra parte estamos obligados a confesar que la percepción y lo que depende de ella es inexplicable por razones mecánicas, es decir, por las figuras y por los movimientos. Fingiendo que haya una máquina cuya estructura hicieran pensar, sentir, tener percepción, podríamos concebirla agrandada, conservando las mismas proporciones, de suerte que pudiera entrar en ella como en un molino. Esto supuesto, hallaríamos, al visitarla por dentro, piezas que se empujan entre sí; jamás algo que explique una percepción.

La sensación es pues algo que hay que experimentarla para saber lo que es, y que si esto no ocurre nos resultaría imposible cóm-

prender en qué consiste. No podemos admitir que la sensación pueda existir fuera del órgano que la percibe, y aunque se piense que la fisiología llegue algún día al nivel explicativo de la física, siempre nos encontraremos enfrente con la imposibilidad de comprender en términos de mecanismo como Leibnitz lo había señalado.

Esto no quiere decir que no se admita que la sensibilidad pudiera explicarse mecánicamente, pero lo que no puede explicarse de esta manera es cómo el movimiento mecánico se transforma en sensación.

Esta oposición del intelecto y la sensación podría concretarse también de otro modo. El intelecto, según nuestro autor, exige sobre todas las cosas la identidad, en tanto que la sensación es esencialmente cualitativa.

El otro irracional que aparece es la *acción transitiva*, es decir la acción de un cuerpo sobre otro.

¿Se agota la irracionalidad, la resistencia de lo real con estas dos formas? A juzgar por *Identité et Realité*, parecería que sí, pero luego Meyerson en su otra obra, *De l'Explication dans les Sciences*, ha ampliado sus puntos de vista.

Al lado de los dos primeros irracionales aparecen otros principios y teorías científicas cuya adaptación a la ciencia aparece dificultosa por la naturaleza no-racional de los mismos. Entre ellos debe mencionarse el principio de Carnot y el de la evolución. Conviene recordar que cuando apareció el principio de la evolución ésta trató de explicarse causalmente como un principio de conservación. Tiende en efecto, a hacernos ver que todas las formas de la vida organizada que nos son conocidas han salido, por transformaciones múltiples y graduales y bajo la acción de causas explicables, es decir, mecánicas, de una forma única y simple. Es un desenvolvimiento totalmente análogo al de la nebulosa primitiva que creemos que ha engendrado en su seno, en virtud de las formas que le eran inherentes de toda la eternidad, toda la diversidad de nuestro sistema planetario.

La evolución se convierte, pues, como ha observado Wilbois, en una pura apariencia que recubre una verdadera fijeza es decir que sustituye a las génesis una epigénesis (Meyerson, *Identité et Realité*, Pág. 358).

El fenómeno biológico aparecería desde este punto de vista como un irracional transitorio. Conviene hacer la salvedad de que en ciertas formas recientes de evolucionismo, tales como el bergsonismo, o la hipótesis de la emergencia en Morgan o en Sellars; éste aparece con un carácter irracional en el sentido que lo entiende Meyerson, ya que la creación no puede ser comprendida, sino a lo sumo reconstruída por la inteligencia de acuerdo a su tendencia fabricatrix que tan profundamente ha señalado Bergson. Habría aquí una tendencia a resistir la tentación de racionalizar y a permanecer «más acá» de lo inteligible.

Hay que hacer justicia a Meyerson e insistir sobre que su punto de vista es sólo, de la filosofía del intelecto y no de la naturaleza y que él al analizar la operación intelectual no prejuzga sobre el acontecer real. Su labor es epistemológica y no metafísica.

Dentro de esos principios que aparecen como contrariando la tendencia racional se puede distinguir grados, según que esta contrariedad sea más o menos grande. En el caso de la hipótesis evolucionista tanto desde el punto de vista cosmogénico como del biológico, la masa indiferenciada está colocada al principio del tiempo, de ahí que la explicación causal pueda funcionar y de hecho, en el evolucionismo (con las salvedades que hicimos) funcionó; pero en el principio de degradación esa masa está colocada en el futuro, por lo cual resulta más difícil que la razón la mire con simpatía y por lo tanto es lógico que recurra a hipótesis, como la del eterno retorno para lograr un estado de equilibrio.

El principio de Carnot se distinguió de las otras leyes por cuanto no puede formularse como igualdad; es decir que no indica la existencia de una identidad sino de una diversidad. No enuncia una conservación sino un cambio y ya sabemos que «no es racional» que las cosas cambien.

El disgusto que la razón experimenta frente a este principio explicaría que él y la demostración de la irreversibilidad que constituye su fondo, se pasan generalmente en silencio o se «explican» de modo que restablezcan la identidad. (Meyerson, *Identité et Realité,* Pag. 301).

Los fenómenos pretenden explicarse ubicándolos en un cambio cíclico porque esto permite salvar la permanencia, ya que la desaparición es sólo transitoria y recomenzarán. Así nace de un modo natural la suposición de que el universo, si no es inmutable, como lo exigiría la causalidad estricta, es posible no obstante que no se mueva sino a lo largo de una curva cerrada, volviendo después de un lapso de tiempo determinado a un estado anterior. (Meyerson, op. cit., Pág. 305. Véase también el bellísimo poema de E. Oribe, *El canto del cuadrante).*

Probablemente la ciencia no admitiría ahora los períodos de concentración contraria a los de disipación (Rankine) pero en cambio habla de fuentes de concentración energética que impediría la llamada «muerte térmica» del universo. (Véase A. Rey. *El eterno retorno y la filosofía de la física).*

En el mismo sentido van las teorías e investigaciones de Maxwell y de Gouy.

¿Cómo relacionar este principio con lo que venimos explicando acerca de la ciencia? Hay que señalar que el principio de Carnot tiene una gran importancia y por eso hemos insistido en él, ya que indica una resistencia a la tendencia idealista de la ciencia que se orienta al desvanecimiento progresivo de la realidad a consecuencia de las identificaciones sucesivas. La realidad resulta en gran parte

penetrable, racionalizada, pero en parte «resiste»; eso no significa que la ciencia deba o deje de ocuparse de ella porque a pesar de la afirmación de Hannequin, de que la ciencia no penetra nada del Devenir real, se sigue ocupando de ese devenir, porque la actividad científica no es sólo explicativa sino también empírica y desde este punto de vista el cambio en el tiempo es su dominio propio. De ahí que la ciencia —que comprende lo uno y lo otro— se halle cada día más dominada por el principio de Carnot. (Véase Meyerson, *Identité et Realité*. Pág. 323).

El principio de Carnot es la expresión de la resistencia que opone la naturaleza a la constricción que nuestro entendimiento intenta ejercer sobre ella, por medio del principio de causalidad. (Id. pág. 326).

Lo irracional significa una concrección de la delicadeza de la razón tendiente a proteger los derechos de lo real. En cuanto a sus formas decíamos que el punto de vista de Meyerson aparece como ampliado, admitiendo una diversidad irracional. Entre ellos, podría contarse la teoría de los *quanta* de Planck ya que la mecánica quántica se separa de la mecánica clásica, aplicándose como privativa a los fenómenos químicos.

Hay que hacer resaltar una característica que tendría lo irracional: su imprevisibilidad. La anomalía indicada por Planck se ha presentado *inopinadamente*. (Véase Meyerson, *De l'Explication*, Pág 225). Esto significa que no podemos indicar cuando surgirá la resistencia de lo real, es decir, si lo que hemos creído un acuerdo o una reducción de la realidad no dejará de ser tal y si no se ahondará el hiatus establecida entre aquella y el intelecto.

Sabemos donde la racionalización completa es imposible, es decir, donde el acuerdo entre nuestra razón y la realidad exterior cesa: allí están los irracionales ya descubiertos. Pero no sabemos —y no sabremos jamás— donde existe, puesto que no podremos afirmar jamás, que no habrá más nuevos irracionales que se agreguen a los antiguos. Eso hace que no podremos jamás *deducir* realmente la naturaleza, aún teniendo en cuenta todos los elementos dados e irreductibles, todos los irracionales que conoceremos en un momento preciso; siempre tendremos necesidad de nuevas experiencias y siempre éstas nos plantearán nuevos problemas, harán surgir, según la palabra de Duhem, nuevas contradicciones entre nuestras teorías y nuestras observaciones. (Meyerson, Id. Pág. 320).

Se puede observar que Meyerson se mantiene dentro de la esfera del intelecto y de sus modos, pero no prejuzga más allá. Por eso nos parecen injustas las críticas que se le han dirigido o se pueden considerar aplicables a su pensamiento. Nos referimos al filósofo francés G. Marcel en sus obras *Journal Metaphysique* y *Etre et Avoir*.

*
* *

La orientación del pensamiento de Marcel es contra la dialéctica, o más exactamente contra la doctrina que pretendiera dar cuenta de la realidad por procedimientos dialécticos.

Eludiendo la dialéctica trata de situarse en un punto de vista que prescinde de toda mediatización intelectual, tratando de alcanzar por un pensamiento «no prevenido» una visión ingenua de las cosas. De esa orientación pueden considerarse copartícipes, W. James, Whitehead y Bergson, todos ellos pensadores en la búsqueda de lo concreto y de lo inmediato, manteniéndose en un plano «más acá» de lo discursivo.

El realismo que en Meyerson aparecía como conclusión aparece en Marcel como punto de partida ya que él rechaza la distinción entre la idea de existencia y la existencia misma, ficción que nace en el acto arbitrario por el cual el pensamiento pretende transformarse en afirmación de objeto lo que es un conocimiento inmediato y una participación. (G. Marcel, *Journal*, Pág. 315).

Buscando situarse en un estadio *más allá* (nosotros diríamos «más acá»), de la objetividad se disuelve la clásica relación de objeto y sujeto. Desde este punto de vista concuerda con las investigaciones de Le Roy acerca del pensamiento intuitivo.

La existencia que busca Marcel no es la que obtiene Meyerson sino aquella que se coloca como prioridad absoluta, La razón, el *Cogito, guarda el umbral de lo válido*, y para admitir que penetra lo real es menester admitir que válido y real son una misma cosa. Así mantiene su valor la distinción kantiana entre el objeto y la cosa en sí. Lo existente no puede ser tratado como *objeto incognoscible*, sino que la existencia es irreductible con la objetividad.

Cuanto más se acentúe el carácter de objeto, más se dejará en la sombra su índice existencial, porque la calidad de objeto proviene y se manifiesta en la *insularidad* que el espíritu le confiere, es decir que lo hace aparecer como abordable por todas partes. Sobre esta insularidad es que se establece la relación con el pensamiento, es decir relación y no dato inmediato. Se deja en la sombra la *presencia* del objeto o sea su poder de afirmación en sí. La realidad no deja entonces si la encaramos relacionada con el espíritu de ser un espectáculo. Considerándola así, permite que incida sobre ella el idealismo. Esto viendo el objeto como inerte irá indicando que las revelaciones que parecen emanar del objeto están estrechamente condicionadas por las solicitaciones activas, inteligibles que yo le dirijo. (Marcel, op. cit. Pág. 316).

Así el idealismo tendrá siempre razón dentro del plano de lo intelectual porque la existencia no puede ser demostrada. Situándonos en la aseveración que coincida con la realidad sobre la cual versa, realidad maciza, podríamos llegar a la conclusión (que por otra parte Marcel no rehusa) de que esa aseveración es del orden del sentimiento, puesto que fué explícitamente entendido que ese *senti-*

miento no puede intelectualizarse, convertirse en juicio no sólo sin cambiar de naturaleza, sino sin perder tal vez toda significación. Para tener el sentimiento de la existencia hay pues que atenerse a la máxima evangélica de no juzgar.

Si se considera el sujeto eliminándole lo que puede tener de singular, lo consideramos como un sistema cerrado y por eso el idealismo que lo considera así y disminuye hasta eliminar el aporte del objeto, tiende a la afirmación de una *identidad*. Como consecuencia de eso tendremos el carácter inteligible de la sensación.

Considerando el objeto y el sujeto como dos mundos apartes es evidente que el idealismo se encontrará con la situación siguiente: la sensación no puede comprenderse, es ininteligible por cuanto la sensación traduce los derechos del objeto y la tendencia del idealismo es a eliminar ese objeto aumentando cada vez más el patrimonio del sujeto.

El objeto nos comunica su existencia, nos envía un «mensaje» por medio de la sensación; la sensación es recibida y traducida; así se explica el error de los sentidos ya que según se traduzca tendrá o no tendrá objetividad el conocimiento y siempre la traducción tendrá defectos que la harán diferir del original, por eso se insistirá «en la relatividad de las sensaciones», porque, cuando se habla de sensaciones se habla más bien del receptor que traduce el mensaje. Resultaría absurdo, sin embargo que habláramos de traducir algo de lo cual no poseemos el original, y ese es el caso que nos ocupa, ya que el dato inicial que traducimos no lo poseemos, porque si no fuera así, si sintiéramos la realidad tal cual es, ¿por qué la retranscripción?

Ese escrúpulo de Marcel para admitir el pensamiento de Meyerson radica en que si declaramos la sensación irracional, afirmamos que la inteligencia no puede hacer presa sobre la realidad o sea que en el fondo es una forma sin contenido. Y agrega, ¿cómo entonces, no buscar a todo precio la manera de hacer ese pasaje concebible, y hacer entrar el sentir mismo en un sistema de pensamientos?

Pero para relacionar esto con Meyerson cabe estas dos posiciones: o bien se admite que la sensación no puede ser comprendida por la pura inteligencia, sí de otra manera (por el sentir mismo) y se le da la razón a Meyerson o se admite que para Meyerson la sensación no puede ser comprendida por ninguna otra forma de pensamiento, con lo cual se le hace decir más de lo que él ha querido decir.

Porque Marcel reconoce que para que la sensación pueda aparecer inteligible es necesario que el espíritu se establezca sobre un universo que no sea un *mundo de ideas*, pero Meyerson dice que la sensación es ininteligible dentro precisamente del mundo de ideas, porque la misma palabra «inteligible» lo está indicando o indicando también la referencia al mundo del *Cogito* fuera del cual Marcel trata de situarse.

Meyerson no quiere colocarse «más acá» de la razón sino seguir en su dirección, mientras que Marcel quiere lograr por «un acto de

verdadera *humildad espiritual*, esta existencia que forma un cuerpo con lo existente y que no podrá ser afirmada de ninguna cosa particular y designable, aunque fuese el yo», existencia que no es una inmanencia abstracta, sino una *presencia efectiva*. Es a ella a la que llama *presencia absoluta*. Frente a ella se efectúa un movimiento inverso al que habíamos anotado al comienzo; acentuando la inteligibilidad dejábamos en la sombra lo existencial; acentuando la existencia dejamos en la sombra lo inteligible, ya que esa presencia absoluta es un inmediato puro «es decir por esencia no mediatizable» frente al cual el pensamiento no puede retroceder para caracterizar.

Estas consideraciones, así como las referentes al problema del alma y del cuerpo le van a permitir establecer una posición realista. Las dificultades del realismo, el carácter ininteligible de la existencia resultan de la separación que se pretende establecer entre el yo y el cuerpo al tratarlo como instrumento, estableciendo una relación de haber y no de ser, cuando decimos «tengo un cuerpo» en lugar de «soy mi cuerpo». Como todo lo existente se define y se sitúa con relación al cuerpo, resulta que la *encarnación*, dato central de la metafísica *(Etre et Avoir*, Pág. 11), permite trascender la oposición objeto-sujeto y por lo tanto, decir que alguna cosa existe, no es sólo decir que pertenece al mismo sistema que mi cuerpo, (que está ligada a él por ciertas relaciones racionalmente determinables) es decir que ella está de alguna manera unida a mí como mi cuerpo. (id.).

Concluye Marcel: el problema debe plantearse en los términos de la personalidad encarnada; en la medida en que podemos imaginar un entendimiento puro, no hay para tal entendimiento posibilidad de considerar las cosas como existentes o no existentes.

Eludiendo el entendimiento puro, fuga que Meyerson no intenta, se da cuenta que la metafísica no puede satisfacerse en un esfuerzo para trascender lo inmediato, sino que debe volver hacia él o, mejor dicho, no salir de él. No puede plantearse una cuestión metafísica sino considerándola de cerca, como «un esto» como una presentación inmediata (hacemos la salvedad de que cuando Whitehead se refiere en términos similares al plano de la inmediación presentacional, está muy lejos de asignarle el mismo sentido que Marcel, ya que en ese plano según el filósofo sajón ha existido ya una labor de abstracción).

Esa presentación inmediata permite que el pensamiento absorba la exterioridad en él y la sensación aparece como una comunión; por eso es que dice que la fe *debe* participar de la naturaleza de la sensación, aunque admito que sensación significa un «paraíso perdido». Esa comunión de la sensación es posible porque existe una unidad irracional e impensable, de donde surge que el fundamento de la inteligibilidad es algo ininteligible, o sea que la ciencia reposa sobre una «noche oscura del cuerpo».

La participación en el ser aparece amparada por el sentimiento

que funciona como integrante del ser y no del haber, como una conjunción real y como adherencia a lo real.

Desde este punto la teoría del ser, —apunta Wahl—, como opuesta al haber es la afirmación de una presencia de sí mismo, de una plenitud sentida, de algo irreductible a las cualidades y que es intrasmisible. No podemos agotar el ser con palabras sino que mediante la fe como anticipación de la experiencia, le abrimos a ese ser un crédito infinito, sin sentir la menor tentación de discutirlo.

El dilema de James, ¿Bradley o Bergson? lo resuelve Marcel pronunciándose indecididamente por el segundo.

Es claro que si permanecemos atados a la lógica intelectualista el universo es lo absurdo en persona, pero no se puede seguir y decir: tanto peor para el universo, como ha estado de moda.

De acuerdo a Bradley, cuando manejamos las realidades sentidas por nuestro intelecto ellas se hacen menos y menos inteligibles; la actividad se hace irreconstruible, la relación contradictoria, el cambio inadmisible, la personalidad ininteligible, el tiempo, el espacio, la causación imposible, nada sobrevive a la destrucción bradleyana. (James, *Collected Essay and Reviews,* Pág. 492).

Hay una parte del camino en que Bergson y Bradley van juntos. Al comienzo mientras lo conceptual es útil, Bergson lo acompaña; cuando deviene más y más contradictorio y cuando se va haciendo inútil para dar cuenta de realidad el francés prefiere huir antes de hundirse en tanto que el inglés se mantiene y se hunde, pero con él, la realidad. Mientras que Bergson se salva volviendo al punto de partida, al dato inmediato y se une con el viejo empirismo y al misticismo, que aquí hay que entender en un sentido amplio, Bradley sigue en el camino del racionalismo aún dándose cuenta de que, los conceptos son un órgano de incomprensión más que de comprensión, que transforman la realidad con la que nos encontramos en una «apariencia» que «pensamos». Los crudos, inmediatos sentimientos nunca formarán parte de la verdad. El juicio a nuestro modo de ver trasciende y debe trascender la inmediata unidad del sentimiento sobre el cual no es cosa de depender. El juicio tiene que calificar lo real idealmente... Esta es la fundamental inconsistencia del juicio... porque las ideas no pueden calificar la realidad mientras la realidad es calificada inmediatamente en el sentimiento. La realidad como condicionada en el sentimiento ha sido en principio abandonada, mientras otras condiciones no han sido halladas».

Y en sus *Principles of Logic,* decía: los juicios, descubrimos, son la unión de ideas y la verdad no es encontrada sino en los juicios. ¿Cómo entonces están las ideas relacionadas con realidades? Parece ser lo mismo, pero evidentemente no es y su diferencia amenaza convertirse en una discrepancia. Un hecho es individual, una idea es universal; un hecho es sustancial, una idea es adjetiva, un hecho existe por sí, una idea es simbólica; ¿no es manifiesto entonces que las ideas *no* están unidas de la misma manera que lo están los hechos?

Además la esencia de una idea, cuanto más es considerada, más y más parece divergir de la realidad. Y tenemos que arrostrar la conclusión de que, mientras algo es verdadero, *no* es un hecho, y en tanto es un hecho nunca puede ser verdadero. (Op. cit. Pág. 43).

Al distinguir entre el camino de la filosofía y de la vida, que para él aparece ligado al sentimiento, se pronuncia por el primero, porque para el filósofo es *todo* (sic), lo que para James es como decir: el camino de la extenuación no es la vida, pero la extenuación es todo. No entrar en la vida es una más alta vocación que entrar.

Al lado de eso Bergson aparece descubriendo la multiplicidad en la unidad que se le revela en la realidad particular y hacia la cual hay que volverse para salvarse de la discontinuidad conceptual.

Volver a lo inmediato, a la experiencia sentida, significa encontrar la manera de satisfacer la necesidad metafísica, que es un apetito de ser, que no puede satisfacer lo «verdadero» (entendido en el sentido de Bradley) esquema intelectual, límite abstracto, ignorante de la plenitud.

En resumen: Tanto Marcel como James como Bergson, buscan una plenitud de lo real. Todos tienen una apetencia de ser que no puede satisfacer el mundo descarnado que ofrece el intelectualismo.

1945.

MARIO A. SILVA GARCIA

ESTETICA Y PSICOLOGIA DE LOS PAYASOS

A PROPOSITO DE DOS CUADROS DEL PINTOR MANUEL ROSÉ

Lo cómico es privativo del hombre. «Fuera de lo que es propiamente humano, no hay nada cómico», ha dicho Henri Bergson. Cuando nos reimos de un animal es por sorprenderlo en alguna actitud o algún gesto peculiares al hombre; y si es una prenda de vestir la que provoca nuestra risa, su comicidad será debida al modo de desarmonizar con el cuerpo que la lleva o a la forma que manos humanas le han dado.

En este carácter se fundamenta el interés despertado por lo cómico entre filósofos y psicólogos; no es nada más que un caso particular del profundo interés que el hombre siente por lo humano.

Bergson ha ahondado el tema con ese, su pergeñoso estilo, logrando apresar el numen de la comicidad y formular un conjunto de leyes generales según las cuales se produce el juego de aquello que nos hace reir. Pero aun ha llegado más lejos en su penetración, llevando el mediodía a una cualidad sutilísima de la risa, aunque no forme parte de su ser tectónico; su función social.

Dice el filósofo galo que la risa es un correctivo que la sociedad emplea para reajustar ciertas desarmonías entre ella y sus miembros, o más bien, para suprimir cierta relajación que suele manifestarse en la actitud del hombre con respecto al conjunto de sus semejantes.

El ser que provoca nuestra risa es fundamentalmente un distraído. Su distracción puede disfrazarse con infinitos atuendos, como si viviera en una perenne antrueja, pero en la intimidad del disfraz, en su protoplasma vivo, el observador sagaz ha de descubrirla siempre.

La sociedad para subsistir, debe exigir a sus componentes que la atiendan y su seguridad será tanto más sólida, cuanto ese atender signifique una mayor tensión en los medios de enlace entre el individuo y la colectividad. Supongamos por un momento que todos los hombres se desentendieran de sus funciones sociales, que cada uno se preocupara solamente de su individualidad específica y viviera introspectivamente, que esto es, esencialmente lo que hace un individuo cuando se distrae como ser social. Distraerse de algo es apartar la atención de ese algo, volverse hacia otro lado.

Pues bien, si esto ocurriera la sociedad dejaría de existir, ya que es imposible concebir una organización colectiva en la cual sus miembros vivan distraídos con respecto al todo, despreocupándose de los problemas comunes y de los comunes intereses.

Por lo tanto es una medida de seguridad propia, de autoconservación, de parte de la sociedad, evitar la relajación causada en sus relaciones con el individuo, por distracciones de éste.

La risa es el correctivo o el castigo utilizado contra la distracción, y debemos destacar su muy delicada sutileza.

El distraido no es un delincuente común que atenta concientemente contra lo social y por lo tanto no puede ser castigado con un castigo corriente. El correctivo aplicado es el de humillarlo por medio de la risa que su distracción provoca en sus semejantes y que lo llama a la atención exigida por la sociedad, como el ruido de la campanilla de la puerta al criado que dormita cómodamente en un diván.

Pero la sutilidad del rol social de la risa se hace evidente con más transparencia aún, en el siguiente hecho; los encargados de ejecutar el castigo, o sea aquellos que rodean al distraído, son verdugos inconscientemente, pues al reirse no saben, ni se preocupan por ello, que están cumpliendo una función social.

Nos reimos simplemente por que nos es agradable hacerlo, porque la risa es un placer.

Nos encontramos aquí, frente a un mecanismo o engranaje que la naturaleza suele emplear cuando desea asegurar la continuidad de determinada función en la vida animal.

Ese mecanismo se traduce en un sencillo juego consistente en hacer que el cumplimiento de esa función sea placentero.

Cuando se propuso que las especies se conservaran mediante la procreación, hizo de ésta un placer,

Quiso que los seres para vivir tuvieran que alimentarse y coloreó la alimentación con un intenso tono afectivo en el sentido de lo agradable. Ahora bien, mientras los animales conservaron intactas esas posibilidades de placer, sin agregarles ni quitarles nada, sin elaborarlas o sutilizarlas por su cuenta, el hombre, gracias a su condición espiritual, ha adoptado una actitud muy distinta.

Ha convertido cada posibilidad de placer existente en su personalidad biológica, en un milagro de virtuosismo, en una super-estructura, tan alejada a veces, de sus oscuros orígenes larvarios que da la ilusión de ser un micro-universo aparte, totalmente desligado de la intimidad celudar. Lo que entendemos por amor y lo que el amor ha llegado a ser en la vida humana, encierra una gran proporción de elementos que no reconocen otro epígono que la actividad espiritual, alardes de esa actividad, que son, desde el punto de vista fisiológico, lujos innecesarios, pero que, a la vez, constituyen una característica específica del hombre.

El instinto, el sexo, han servido de peana para la creación de una brillante arquitectura que, más que justificarlos, los diviniza.

Lo mismo ha acaecido con la alimentación que, de una necesidad somática se ha metamorfoseado en un delicioso arte y en una sinfonía de gustos exquisitos.

Este afán del espíritu humano de tejer con los hilos de los placeres naturales primorosos y delicados encajes, de transformar, por un proceso de sutilísima diferenciación, sus indiferenciadas ten-

dencias en la individualidad de las estrellas, es para mí su esencia más prístima y debe ser su más legítimo orgullo.

Somos tanto más hombres cuanto más idealizamos e independizamos nuestros instintos y nuestras urgencias biológicas. Nos acercamos a lo animal por nuestro cuerpo y nos alejamos de ello, en virtud de ese anhelo libertario del espíritu que quiere vivir su propia vida en su propio mundo.

¿Qué misterioso impulso arrastra al hombre en esa fuga por los senderos del espíritu? ¿Qué esotérica tendencia lo empuja angustiosamente a la superfetación de su personalidad biológica en engendros de un alado virtuosismo?

¿No sería más cómodo y más congruo con su herencia natural, dejar inalterados sus instintos y vivir como es ya consueto en el mundo animal? Creemos ver en el «élan» que alienta tras ese afán por lo ideal una ansiedad de olvido.

Ansiedad de olvido que se disfraza con el atuendo de una desenfrenada urgencia de placeres, y corre alocada, como el cortejo de Dionisios por las viñas de Tebas, en la mascarada de libertad que constituye el gesto primordial del espíritu.

El hombre quiere olvidar el fondo trágico de su vida, al que tanta luz llevara Don Miguel de Unamuno, fondo trágico que, en definitiva, es su auténtico universo.

Para ello le sirve cada ventana abierta al placer que la naturaleza ha puesto en su estructura biológica, por ellas escapa, con los hilos de sus instintos en la mano, y teje complejos y sutiles artilugios, dialectiza, embellece, y, a veces, sueña la ilusión de su independencia.

Gracias a ese anhelo, poseemos hoy, como producto del desvelo de los mejores hombres, una super-estructura espiritual, que llamamos arte o amor o como se quiera, para nuestro consuelo y nuestra dicha.

Pero no debemos olvidar que esa super-estructura es un epifenómeno de la agitación larvaria del alma, es como la azulada y tenue bruma, tejida con movedizas hebras de vapor, que se suspende sobre la impetuosa corriente del río en el invierno.

Tal vez ese esfuerzo por huir de su trágico destino constituya el sentido de la vida humana. Se podría, casi, definir a ésta como la lucha desesperada del hombre por volver la cara al retablo de lágrimas, dolor y sangre, donde debe ser histrión de su tragedia, para representar una amable comedia en un escenario propio, donde ha esmerado los coruscantes artilugios y los fáciles escotillones.

En este sentido la vida humana es la imagen antitética del mar; aquella pretende, sobre un fondo convólvulo y tornadizo, una apariencia de serenidad y equilibrio, éste, sobre un fondo de densa tranquilidad, anhela una perenne agitación en el albo chisporroteo de las espumas. Ambos fracasan ininterrumpidamente y en ello se fundamenta lo esencial de sus vidas, es el sempiterno fracaso que hace amargas el alma humana y el agua del mar. ¿Es qué, en rea-

lidad, sino posible, es por lo menos deseable un éxito inconcuso del hombre en su afán libertario?

¿Debemos querer una total renovación de los valores vitales heredados de la naturaleza?

La respuesta la encontramos en una frase de Emilio Oribe: «Renovarse, si, pero sin morir». Y una tajante ruptura del connubio, innegable, entre el soma y el espíritu, una renovación absoluta de la estimativa biológica, sería, efectivamente, morir como hombres, en el auténtico etymo del vocablo.

La meta de nuestros propósitos debe ser un equilibrio dinámico entre ambas fuerzas; un egregio y diferenciado universo espiritual con hondas raíces en la abisal indiferenciación del protoplasma, que le aporten, de continuo, una savia siempre nueva y siempre viva.

Este fué el grito revolucionario de Dionisios, que resonara por vez primera en el Himalaya y resurgiera, en su auténtica epifanía en la gruta de Nisa, donde las Hiadas educaron al príncipe borracho de la corte olímpica. Su fantasmagórica caravana se enriquece con «todas las energías de la savia, todas las fuerzas de la naturaleza primitiva, todas las obscenidades del celo universal», que según Paul de Saint-Victor, «toman forma y aliento, figura y traje, para agruparse alrededor de su jefe».

Guiando un carro tirado por cuatro panteras, que él embriaga con zumo de uva, se pone al frente de un extraño cortejo de sátiros, paniscos, aegipanos y centauros, genios del mundo físico, que sueñan un universo de lujuria, donde no se pueda distinguir el vino de la sangre, donde los besos y las lágrimas se beban a un mismo tiempo y donde los ditirambos, de una estupenda asonancia, lleguen hasta el cielo para seducir a las estrellas.

De un sueño así, nació el auténtico espíritu humano, su primera forma fué la tragedia griega y Federico Nietzsche el primer reconstructor de su alumbramiento que tuvo por partero a un viejo e hirsuto sátiro que, mientras la vida se desangraba, tocaba su siringa y golpeaba el suelo con su «cadencioso pie».

No debemos olvidar entre sus epígonos al anciano Sileno, maestro de Dionisios en el arte de podar las vides y bufón de su corte errante, tambaleándose entre dos bacantes que sutilizan su borrachera.

Volvamos a tomar el hilo de nuestra meditación y recordemos que la risa desempeña una función social y que, para asegurar su continuada efectividad, la naturaleza la ha convertido en un placer.

Estamos pues, ante el mismo caso que el amor y la alimentación, pero con una diferencia, la risa es una actividad instintiva exclusivamente humana. Como buena posibilidad natural de placer no ha escapado a ese proceso de sutilización y espiritualización, al cual nos refiriéramos anteriormente. De ella ha surgido una particular especie de diversión fundada en el hecho de hacer reir, no para castigar ni corregir a nadie, sino simplemente por que la risa es agradable y el hombre goza riendo. De esta manera ha venido a

representar, en la sociedad, un papel mucho más amplio y sutil que el de verdugo. Ha servido para olvidar momentáneamente el cotidiano y amargo agitarse de la vida y descansar el espíritu de sus abrumadoras preocupaciones. Se ha convertido en un agradable y espumante licor, de cuyas libaciones resulta una deliciosa embriaguez espiritual.

En verdad que, recordando su capacidad de refrescarnos interiormente, de reavivar con ese, su saltarín sonido, la alegría de nuestro corazón en los momentos de pesadumbre, no podríamos decir que el rol es más importante si el heredado de la naturaleza o el que los hombres han enseñado a cumplir.

Ahora bien, este nuevo matiz en las relaciones entre la sociedad y la risa nos pone al atisbo de un nuevo problema.

En efecto, esta nueva función de la risa, la de divertir, supone una actividad consciente de alguien, precisamente, la del hombre que advierte.

Y el hombre que se ocupa de divertir a los demás provocando, deliberadamente, su risa, constituye, en si, un muy interesante problema psicológico.

La profesión de cómico, de alguna manera hemos de llamar a esta peculiar tarea de hacer reír, implica algunas características generales inherentes a todas las profesiones y además, ciertas tonalidades específicas sobre las cuales ha de gravitar nuestro interés.

En primer lugar proyectaremos el cono luminoso de nuestra atención sobre las primeras.

El individuo especializado en un determinado trabajo presenta una dualidad espiritual que puede reconocer varias gradaciones.

Por un lado, tenemos que el ejercicio de una profesión significa un especial adiestramiento, una particular educación de una parte de la conciencia, con arreglo a un fin concreto; es más, significa un peculiar punto de vista, una característica posición frente a la diversidad abigarrada de problemas que presenta la vida.

Se trata del especial modo de considerar las cosas, que tienen los médicos, distinto del de los comerciantes o del de los agricultores.

Pero junto a esta conciencia, que llamaríamos profesional, elaborada, preparada gradual y cuidadosamente, existe la auténtica conciencia del individuo; es el cúmulo brumoso de la vida afectiva, de las tendencias instintivas, de las virtudes y de los vicios morales, etc., que se organizan en la estructuración del yo.

Gracias a esta última el hombre es una individualidad específica inclasificable, en virtud de la primera, es una unidad social que se puede encasillar en gremios o en clases.

Un mayor esclarecimiento de esta distinción, lo encontramos en el hecho de que la conciencia profesional es un ente diferenciado, evolucionado en un sentido irreductible, en tanto que la conciencia individual conserva su prístina labilidad y es capaz de diferenciarse en nuevas direcciones.

Dijimos que esta dualidad espiritual admitía distintos grados. Estos grados se refieren a las relaciones, más o menos íntimas, entre la conciencia profesional y la conciencia individual, relaciones sobre las cuales gravita el problema de la vocación.

En nuestra visión, puramente objetiva, colocaremos en los extremos los casos opuestos. En un polo, una perfecta congruencia entre la profesión elegida y la naturaleza espiritual del individuo, una regular y feliz sincronización entre su estructura psíquica y el adiestramiento parcial a que la somete. En el otro polo, lo contrario, desarmonía, incongruencia entre su yo íntimo y su profesión y además, la conciencia de haber errado el camino o de un abrumador deber que la vida le obliga a cumplir despreocupándose de su calidad psicológica.

Entre ambos una infinita y polícroma gama de matices.

Esta antinomia de la casuística vocacional ha sido magníficamente expresada, en lo que al cómico se refiere, por el pintor Manuel Rosé en dos telas expuestas en el primer salón de Mayo.

En el análisis de las mismas se transparentará, con una diafanidad cristalina, la íntima cualidad de la profesión del payaso a que aludiéramos anteriormente.

Uno de los cuadros se titula, y pocas veces he visto tan perfecta congruencia entre el título de una obra de arte y su expresión espiritual, «Yo soy el circo»; se trata de un payaso, vestido de gala, sorprendido, en su camarín, momentos antes de entrar en escena, en el preciso instante que se calza los guantes.

Es el payaso famoso; la gente se aglomera en las taquillas por participar un rato del saltarín juego de su mundo de ficción. Su labor es el numen del espectáculo y la atención del público ha sido hábilmente preparada por el increíble salto del acróbata y por la prodigiosa gracia de la ecuyere.

Dentro de unos minutos saldrá al ruedo y, una vez acallados los aplausos que saluden su aparición, la taumaturgia de su ingenio comenzará e hilvanar punzantes retruécanos con gestos de una milagrosa expresión.

El es perfectamente consciente de toda la significación que su personalidad alcanza en el ritmo social, se sabe maestro en el arte de robar, por un corto tiempo, la atención de los hombres a la vida cotidiana y fatigosa. Sabe que su vivaz ingenio pulveriza en un instante la más honda preocupación y diluye la tristeza con una velocidad alucinante; sabe que los hombres le buscan por que le necesitan, por que tienen urgencia de su gracia como un remanso para su diario y preocupado vivir.

Todo esto se transparenta en su gesto, en la altivez de su actitud y en el aristocrático y elegante ademán de calzar sus guantes.

Pero su capacidad expresiva es aun más amplia, más profunda; hay en él una abigarrada concentración de humanidad que desborda, como el encaje blanco de la espuma a la ola verdosa, de su señorial figura.

En el payaso se sintetiza, más aún, se personifica, todo ese proceso que hemos descrito como específico del espíritu humano y que ha transformado la risa, de una posibilidad biológica de placer, en una estructura ideal que le ha valido una nueva función social y una ilusión de independencia.

Por que, ¿cómo nos hace reír? Nos hace reír, precisamente, no distrayéndose torpemente, sino mostrándonos con habilidad, la distracción de terceros o la distracción como vivencia o haciéndose el distraído, con tanta sutileza, que al mismo tiempo nos causa risa su distracción y tenemos conciencia de que la está fingiendo.

En su arte vive toda la evolución de la comicidad, desde su génesis instintiva, hasta su egregia espiritualización. Por eso decimos que hay en él una concentración de humanidad, una síntesis de humanismo. Esta calidad humana está mirificamente concebida en el connubio de formas y colores que el artista ha realizado en su figura y si el arte, como dice Benedetto Croce, es expresión, pocas veces podrá ser tan integralmente logrado.

El otro cuadro tiene como título, y nuevamente debemos subrayar el raro acierto de su elección, «El payaso de la guitarra»; un payaso de vestimenta humilde y ridícula, con la nariz enrojecida como persistencia arcaica de las orgías dionisíacas, pulsa melancólicamente una guitarra.

En este inane detalle de la guitarra alienta gran parte del valor expresivo de la obra.

Por que, si en «Yo soy el circo», teníamos al maestro de la comicidad, al payaso que ama su arte por que es substancia de su alma, ahora nos enfrentamos con un hombre disfrazado de payaso, alguien arrastrado por la vida a hacer reír a los demás, sin talento ni prestancia para la tarea.

Aquél vivía para hacer reír y, feliz o nó, había creado el mundo de sus sueños, era un triunfador, cuya victoria tiene una expresión plástica en la dosis de indiferencia y de hidalguía que hay en su compleja actitud. Este en cambio, hace reír para vivir y lo consigue aparentando torpes distracciones, cayéndose, golpeándose, gesticulando una mímica de simio que, al punto de pensar en su ficción, dejaría de causarnos gracia. Ya no es el espectáculo délfico del programa; sale corriendo y agitándose grotescamente para descansar la expectante atención del público, que se ha mantenido tensa ante la intrepidez alada de la trapecista, mientras unos hombres uniformados preparan el artilugio del número siguiente. Sin embargo, también en él, se transparenta una apretada síntesis de humanidad. La dualidad de su conciencia profesional y de su conciencia individual implica una tragedia mucho más profunda que en cualquier otro caso. Puntualicemos que su trabajo es imitar actitudes humanas que la sociedad castiga e imitarlas lo mejor posible, pues de ello depende su eficacia. Nos hace recordar, en cierto modo, a los antitactas o antinomistas de la antigüedad, que precaban por principio y de acuerdo

a cierta preceptiva. Reavivemos un instante la imagen del viejo Sileno, el bufón de la corte errante de Dionisios a quien habíamos dejado borracho y tambaleante entre dos ninfas que lo sostenían. Dice Paul de Saint-Víctor que no faltan cómicos en las fiestas báquicas; ¿cómo la risa iba a escamotear su presencia en ceremonias que le son tan íntimamente afines, casi su carne y su alma? ¿Acaso no alcanza su sumidad espiritual mediante el impulso de la revolución dionisíaca? El payaso de «Yo soy el circo» es la metamorfosis de Sileno a través de muchos siglos de espiritualización y humanización; el de «El payaso de la guitarra» es el fracaso de Sileno. Detengámonos aquí, el payaso de la guitarra simboliza el fracaso de los hombres en su propósito de espiritualizar la risa, y como el hacerlo equivale a acentuar su condición humana, simboliza el fracaso de los hombres en su actividad específica. En la otra tela vimos la expresión del triunfo del hombre, la espléndida secuencia de su éxito, pero aquí estamos frente a la desnuda amargura de su derrota. Por que espiritualizar la risa equivalía a liberarla, relativamente, de su función natural, a dotarla de medios de expresión más sutiles, menos sincronizados con su naturaleza instintiva; ya vimos como lo consigue el payaso de «Yo soy el circo», y no al simple hecho de provocarla imitando simiescamente las distracciones humanas. Esto último no representa ningún progreso en el sendero de su espiritualización, es sencillamente, repetir lo heredado de la naturalza. Por lo tanto si el resultado del esfuerzo humano en su afán espiritualizante fuera el payaso de la guitarra, tendríamos que reconocer su fracaso; fracaso terrible, pues se refiere a la reafirmación de su humanismo.

En esto, precisamente, consiste la hondura y la peculiar cualidad de la tragedia que trasunta el entristecido payaso de la guitarra. No solo es un fracasado individual, cuya expresión la vemos en la música que le hace olvidar su destino momentos antes de vivirlo, sino que además, simboliza una ilusión rota, un esfuerzo humano abortado.

El lector se sorprenderá que hablemos de «estética de dos payasos» y que tratándose de pintura, dejemos de lado toda consideración técnica y nos despreocupamos del «ismo» que clasificaría al artista, pero convendrá en que la belleza mueve desde distintas situaciones a la emoción de cada individuo, es decir que posee un inconcuso don de ubicuidad. Pues bien, en lo que me es personal, nada me parece más bello, ni más emotivo, que la sutil complejidad del hombre y confieso que estas reflexiones frente a los dos cuadros de Rosé, me han hecho preguntarme si se puede concebir algo más humano que un payaso sorprendido en la intimidad de su camarín.

VIVIAN TRIAS

LECTURAS

EL POETA DE LA CIUDAD Y DEL DOLOR

París tuvo un delicioso poeta que trazó con viva emoción, en pequeños poemas que son verdaderas viñetas románticas, cuadros y escenas de la gran ciudad. Se llamaba Gauthier Ferrieres y, como muchos otros, ¡ay!, murió en la gran guerra, en una oscura acción de los Dardanelos. Sus romances tienen algo de la desenvoltura, la volubilidad y la gracia un poco melancólica de las cancioncillas de Marot, y recuerdan, por su traviesa ironía, algunas de las mejores piezas de Alfredo de Musset. Su filosofía, tocada de ternura, es sonriente, y solamente se oscurece y apesadumbra cuando el progreso burgués destruye o desfigura los poéticos rincones del viejo París. El se propuso hacer una crónica rimada de los bulevares y las avenidas; los malecones y las veredas del Sena; las plazas y los jardines; las iglesias y los hoteles; los mercados y las estaciones. Su imaginación solía planear sobre las buhardillas, torres y chimeneas de la ciudad; vagabundear por las calles y plazas; dialogar con los árboles y las estatuas de los jardines; conversar con los gorriones del Luxemburgo que juguetean entre la fronda y picotean los bustos de los poetas y artistas; conversar con los niños que toman el sol en los parques; ambular por los poéticos rincones del Barrio Latino; asomarse a los talleres y cafés de Montmartre y Montparnasse; recorrer las ferias y tiendas de la antigua barrera, y de todo ello extraía esa poesía sencilla y dulcemente tristona de sus romances.

Como Víctor Hugo, él amaba más que los opulentos barrios de la época de Hausmann, los barrios viejos, con sus pintorescos laberintos, sus quietas y angostas callejas, sus silenciosos *impasses*, sus grises hoteles, sus veredas estrechas y enlosadas. Allí vive todavía el París de Balzac, con su pátina romántica, y se cree tropezar en cada esquina con aquellas figuras que ya sólo hallamos en las estampas de Daumier, o en los dibujos que trazó Devéria para «El museo de las familias» y las ediciones del «Cenáculo». El sentía que el alma del viejo París se iba con los antiguos hoteles demolidos y los vetustos barrios que desaparecían, y procuraba que, al menos la poesía de que estaban impregnados no fuera aventada también por la piqueta destructora, para no sentirse así, sólo y extraño en su propia ciudad.

Je crois parfois, tant Paris change
Et se renouvelle aujourd'hui,
Que je suis un fantôme étrange
Qui nulle part n'est plus chez lui.

*
* *

Montevideo tiene también un poeta, cuya retórica es menos complicada que la de Gauthier Ferrieres, pero que, como éste, pone en sus poemas vivos toques de emoción y sensibilidad y ha cantado a su ciudad, tan olvidada hoy por los poetas, más amigos de peregrinar imaginativamente por la Grecia mitológica, la misteriosa India, o los jardines de los Luises de Francia, que de parar mientes en estas minucias domésticas de nuestra vida ciudadana.

Este poeta es Emilio Frugoni, quien no es un poeta nuevo, pues desde que comenzó a escribir sus primeros versos, casi han transcurrido tres veces aquellos quince años que Tácito consideraba como una larga etapa de la vida humana: *Quindecim annos, grande mortalis aevi spatium.* Quiere esto decir que este poeta hace ya mucho tiempo que goza de la notoriedad literaria. Su nombre corre en las antologías y sus versos y sus libros se conocen y se aprecian en los países de lengua castellana. Rodó prologó una de sus recopilaciones líricas, y recuerdo que el maestro elogió sin reserva la poesía de Frugoni, un poco italianizada, en lo que a la sensibilidad se refiere, pero castiza y melodiosa de forma. Aquellos eran versos líricos, composiciones subjetivas realzadas por la riqueza verbal, la suntuosidad y el color de las imágenes, y un sentimiento muy personal para remozar los temas del repertorio romántico. Luego escribió poemas de corte épico, y hasta de sabor didáctico, y se mostró entonces excelente orador en verso, elocuente y magnífico, con algo del desorden y del arrebato pindárico. Pero este Píndaro nuestro, salvo el diapasón del canto, nada tenía que ver con el poeta griego. Era moderno, bien moderno, y no eran por cierto los juegos y las danzas lo que le inspiraban. Cantaba al pueblo, pero no al pueblo de Beranger, sobre el cual se cierne la sombra de las águilas napoleónicas, sino al pueblo-humanidad, las clases inferiores que sienten gravitar sobre sus hombros el peso del capital burgués. Frugoni, jefe del partido socialista uruguayo, tenía que ser y fué poeta socialista, aun cuando en asuntos de poesía, y dentro de la dignidad de las letras, no caben estas bizarras clasificaciones.

Y puesto que hablamos del orador en verso, digamos también que es éste un noble orador de la prosa castellana, de palabra afluente pero precisa, como si su exuberancia natural estuviera vigilada por el severo sentido crítico.

La literatura de Frugoni no está en relación con su ideología revolucionaria. Ha permanecido un poco al margen del formidable movimiento de renovación que en los últimos treinta años ha conmovido la preceptiva clásica hasta los cimientos para crear formas nuevas, que no siempre son nuevas, y que, muy a menudo, no son bellas. Ha sido así un reaccionario de la forma, y también un poco del concepto literario. Ha preferido a las complicaciones y rebuscamien-

tos modernos el diáfano bien decir de cepa castiza, y mientras otros erraban por extraviadas sendas, mordida el alma por el corrosivo de la ambición y la originalidad, él ha sabido mantener la dignidad del idioma y las nobles tradiciones de la arquitectura del verso castellano. En suma, si estuviéramos en los tiempos del estreno de Hernani, este poeta habría recibido el desdeñoso dictado de clásico, y se habría asociado su nombre al de Delille; hoy, como alcanzamos los tiempos de las estéticas desorbitadas, se le llama romántico, que es un figurín que, aunque parece pasado de moda, cuadra a todas las épocas.

Con este romanticismo de sus versos Frugoni ha construído también su vida; una vida inquieta, entregada, pródiga e integralmente, a su utopía de renovación social. Su ideología humanitaria y su orientación sociológica ahogaron al René egoísta y melancólico que todos llevamos dentro del espíritu, e hicieron de él una especie de Enjolras, militante y demoledor, pero sin el huraño misoginismo del *meneur* del café Musain. La democracia, el socialismo y las peligrosas aventuras revolucionarias no le hicieron olvidar el amor, pero, poco a poco, le desposeyeron de deleites y goces «burgueses», y le obligaron a una vida austera y simple de lucha, meditación y trabajo, sin otros esparcimientos que el hogar, la amistad y la literatura.

La serenidad y melancolía que llegan a nuestra vida con el otoño abrieron en su corazón una nueva fuente de clara y fresca poesía. La pasión ardorosa, el subjetivismo egoísta, las rebeldías revolucionarias, no agitan ya los aquietados lagares del espíritu. Las aguas se espejaron, y en ellas, como en el cristal de un callado remanso, apareció el paisaje de la ciudad natal, con su cielo trasparente, su luz diáfana, sus casas blancas y soleadas, sus torres amigas, sus siluelas familiares. Ese paisaje dió vida a un libro titulado «Poemas montevideanos», que será siempre un pequeño breviario sentimental, poético y anecdótico de la ciudad, una crónica rimada de Montevideo.

*
* *

Yo soy un incansable y audaz explorador
De mi propia ciudad,

dice el poeta, y se lanza por calles y plazas en busca de temas y sensaciones. Javier de Maistre viajó cuarenta y dos días alrededor de su cuarto, y, mientras duró la extraordinaria excursión, experimentó todas las sensaciones y hasta algunos de los peligros de los grandes viajes. Bien pudo este poeta, que es también un viajero curioso e inquieto, viajar románticamente por su ciudad, que es más vasta que el pequeño cuarto del melancólico desterrado de San Petersburgo.

La ciudad, para quien la ama, es como la casa, pero es más que

la casa. Toda ella está llena de nuestra vida, de nuestras ideas, grandes o pequeñas, de nuestras preocupaciones, triviales o graves, de nuestras ilusiones, de nuestras alegrías, de nuestras tristezas, de nuestros recuerdos, sobre todo. En cada calle, en cada plaza, en este barrio, en aquella encrucijada, en aquella casa, en aquel balcón, en este portal, en todas partes hay algo que nos atrae o que nos rechaza, que nos envía un saludo cordial o que nos mira con hostilidad. Todo está saturado, además, del recuerdo de los que nos precedieron en el viaje. En las losas de la acera reconocemos las huellas de los que no han de volver a hollarlas; sobre las fachadas de las casas parece que se ciernen las miradas de los ojos que hace muchos años se cerraron para siempre; en las aldabas y llamadores creemos advertir el calor de las manos que ya no volverán a golpear; en los umbrales se nos antoja que está impresa la planta de los que ya no han de volver a salvar la puerta.

Esta poesía del recuerdo y de las cosas humildes y familiares es la que va a buscar el poeta en su excursión. El ha sentido el hechizo de la ciudad y se entrega a él con total abandono.

Con cuánto amor te canto, Montevideo.
.....
Cómo te amo en la gloria de tus mañanas
Y en tus alucinantes atardeceres,
Y en el mudo llamado de tus ventanas,
Y en los ojos amigos de tus mujeres.

Este amor, que a veces se oscurece y amarga, pues la ciudad es para el poeta «llaga y recreo, herida, y venda y bálsamo para su herida», lo acompaña en su peregrinación por las calles soleadas, bajo los árboles amigos, mezclado a la multitud y al ruido, delicada máquina de sensaciones que va registrando todo aquello que es sonido, forma, color. Se ha lanzado a la calle en una mañana azul en que todo es cordial,

El sol, la nube, el viento, el extraño que pasa.

El poeta lleva el corazón liviano y el alma abierta al optimismo. Todo lo trivial y prosaico de la calle, lo que es cotidiano y que abruma con su vulgaridad, tocado por el poeta, se anima y colorea, y se define en los planos del cuadro con nueva expresión. No hay allí materia despreciable para el artista. Los tranvías y los automóviles que pasan; los chicuelos que pregonan los diarios; los proveedores que congregan a los corros mujeriles donde el sol hace arder los tonos como en los cuadros de Sorolla; los niños que se dirigen a la escuela; el mundo que desfila por las calzadas y aceras; las casas abiertas que muestran al paseante

El corazón doméstico, latiendo en el trabajo
Cotidiano y monótono de acomodar la casa,

todo esto tiene su espíritu, su idioma, su desconocido valor estético.

El poeta recorre la ciudad en todos sentidos; se mezcla al movimiento de los barrios centrales; busca los rincones próceres donde quedan todavía en pie las últimas casonas coloniales; salva los rancios portales y los hondos zaguanes enlosados; abre las primorosas cancelas de hierro forjado; se asoma a los patios floridos; atisba a través de las rejas historiadas; discurre luego por las calles quietas y silenciosas; se detiene en la Plaza Matriz para ver, proyectados sobre el cielo, las torres aéreas de la Catedral y el ático del Cabildo, y se aproxima a la fuente para oír la canción del agua que cae en la pila de mármol, arrojada por los angelillos, tritones y garzas que decoran los tres platos barrocos superpuestos. Esta plaza, que es como el corazón de Montevideo, es para el poeta.

Uno de esos patios
Llenos de luz de las antiguas casas.

En la sosegada paz de la plaza familiar juegan los niños y sueñan al sol, serenamente, los viejos, como si con los trinos de los pájaros que habitan en los plátanos bajara hasta ellos aquel consejo de Horacio que nos exhorta a contentarnos con poco, a recordar sin amargura y a envejecer.

Otras veces el poeta busca los barrios excéntricos, el Cordón y la Aguada, con sus encrucijadas de ciudad de provincia y sus encantadores rincones

De ciudad africana que al sol se duerme...

Llega entonces hasta la periferia, y halla la nota eglógica en los jardines y huertos de las últimas casas que se internan en la pradera. Evoca allí el esplendor pasado de la Unión, con su historia heroica y guerrera; con sus tardes de toros y de fiestas; con sus abigarrados desfiles y cabalgatas; perdido todo en el turbión de las crisis, las bancarrotas y las quiebras. De todo aquello queda apenas el

Refugio de tu plaza, maravilla
De placidez, donde hace nido el sueño,
Y donde el alma a dialogar se entrega
Con las amables sombras del pasado
Que nos saludan tras el cortinado
De una vetusta casa solariega...

Vuelve luego la planta hacia las quintas del Paso del Molino e interroga a los viejos jardines y a los profanados parques de la calle Agraciada. Revive un instante el antiguo burgo aristocrático con sus tardes estivales pobladas de flores y de mujeres; desfilan por la avenida los solemnes *landós* y las ligeras victorias de antaño; cruzan los *phaetons* y *vis-a-vis* arrastrados por troncos trotadores de

sangre, mientras en la glorieta del puente la orquesta deshoja un aire romántico.

¡Paso del Molino!... Vieja burguesía
Que enterró fortunas en el encantado
Barrio veraniego de una «Signoría»...

Todo eso se ha ido también hace ya mucho tiempo y de ello sólo nos quedan ahora las viejas quintas mutiladas por la hipoteca y la subasta; los parques convertidos en barriadas de pretenciosos *chalets;* los jardines ahogados por las construcciones urbanas; los vetustos portones ruinosos y esta honda poesía del recuerdo que nos hace repetir con el poeta:

¡Paso del Molino! Cuando en mi camino,
Cargado de flores te vuelvo a encontrar
Me interno en tus calles como un peregrino,
Y frente a tus rejas me pongo a soñar.

Pero no son solamente estas excursiones románticas las que atraen al poeta. Dentro de éste hay un pintor de aire libre, de factura amplia y fuerte, amigo de la nota violenta y realista. Va en busca de ella a los muelles, al mercado, al conventillo, al suburbio. A veces el pintor arroja los pinceles y toma el buril de aguafuertista para dar forma a melancólicos estados de alma. El mordiente graba sobre el cobre siluetas de cipreses funerarios, «camposantos» a lo Urgell, perfiles tétricos, humeantes chimeneas, formas y gestos arrancados al recuerdo de las pesadillas infantiles. Cuando el poeta está de vena surge la anécdota traviesa e ingeniosa: el balcón nocturno con su idilio de barrio; el domingo de la fámula, poemita escrito en el metro de Juan de Mena, trivial pero deliciosamente tierno, en que por primera vez se canta al amor del «primo» y de la Manuela. Asoma también, de cuando en cuando, el filósofo tocado de pesimismo, el moralista cáustico, el socialista impenitente que pone en el cuadro una pincelada desentonada y estridente, de dudoso gusto literario, y de ningún valor didáctico. Pero todo ello es cosa baladí, mal humor de viajero fatigado y ahito de sensaciones.

La retórica de este libro es, en cierto sentido, nueva. Aunque tímidamente, también Frugoni se lanza por el despeñadero de la invención gramatical, del ritmo bárbaro y de las ambiciosas innovaciones métricas. Es un pequeño tributo rendido a la época, acaso una comprobación de que los procedimientos estéticos ultramodernos no tienen secretos inaccesibles: tal vez, una pequeña venganza contra los que le acusan de romántico y reaccionario. Para defenderse contra este último dictado habría bastado el sentimiento moderno que informa este libro, su valor como expresión psicológica y personal, su espíritu nacionalista e independiente, y este feliz ensayo de hallar poesía, no en los grandes temas objetivos o subjetivos, sino en estas

cosas triviales y cotidianas que, animadas por la imaginación y el sentimiento del poeta, se magnifican y embellecen y nos demuestran que hay una belleza sustantiva que está en todas partes, en las cosas altas y en las cosas humildes y pequeñas, y que es misión del artista develarla y ponerla al alcance de todos los hombres.

*
* *

Acaso no menos bella que esta excursión es la que se puede hacer a través del alma del poeta cuando el lector se entrega a la lectura de su último libro de versos titulado «La elegía unánime». Bello libro a pesar de su melancolía, y acaso por ello mismo. El dolor y la tristeza serán siempre motivo para que el alma se encienda, para que la sensibilidad logre el tono estético, para que el espíritu adquiera el estado de gracia capaz de la creación de belleza, aunque sobre ésta aparezca el fúnebre velo. El autor, que ha llegado ya al otoño de la vida y para quien ésta ha sido constante arena de lucha, de sacrificio, y no pocas veces de dolor, quiere ofrecerse al lector de su libro «Desnudo de la piel para adentro y sin escudo...». Le tiende su mano, temblorosa todavía de la emoción con que escribía, y le dice: «Tú serás mi hermano si tu alma acercas a la mía».

En este estado de confesión, más que de confidencia, entrega al lector su libro de madurez con este verso doloroso y bellísimo

esto es mi corazón deshecho en cantos.

El melancólico breviario poético se desarrolla dentro de un hondo subjetivismo, en el que predomina el pensamiento de la conclusión y de la muerte.

Ya voy sintiendo que soy más de la muerte que de la vida,
porque ya es más lo mío que yace bajo tierra
que lo que se alza aún sobre la superficie del mundo.

Este pensamiento es el *leit motiv* del libro y ello le da tema para decir las cosas más desoladas y más bellas. Y las dice en un lenguaje claro y sublimado, tal como corresponde al dolor, con una sinceridad y una bella sencillez de imágenes que recuerda a los grandes poetas que ya no se nombran: de Musset, Heine, Leopardi.

Ya hay muchas manos que desde más allá de la vida
responden con su saludo insistente
al aleteo de nuestra mano en la desolación de la playa.
Ya hay muchas sombras que tañen sin manos
en las horas del recogimiento
la campana de nuestro corazón tembloroso.
.....
Ya son muchas!...

.....
y no tardará el día en que ellos tengan más de mí
que los seres entre los cuales aliento...
Soy de vosotros! —exclamaré entonces,
y me dejaré morir sobre el pecho
de mis muertos queridos.

Este perenne canto a la muerte y a los muertos se eleva de casi todas las páginas del libro. Es un himno que habla de las cosas hondas del alma, del mundo subjetivo; pero que habla también del desolador espectáculo que ofrece el mundo desvastado por la guerra. El dolor propio se une al dolor universal en una elegía que con razón el poeta ha calificado de unánime. ¿Qué otra cosa que dolor ofrece el panorama de la vida actual, y qué otro tema de mayor actualidad y de mayor verdad pueden hallar los poetas para sus cantos? Ya lo dice el autor en uno de sus poemas:

Por eso cantamos a la muerte
ahora,
todos los poetas del mundo

Esta elegía unánime tiene, sin embargo, sus remansos de esperanza y de paz, y en ellos desborda la ternura del poeta en una especie de misticismo *a rebours*, que le hace hallar en la propia muerte motivos de vida. La partida es una pesadilla que pronto se esfuma, la ausencia se convierte en presencia, el recuerdo es una dulce melancolía sin lágrimas en que la soledad se llena de rumores, en que, como lo dice el poeta en uno de sus más bellos poemas, se adivinan palabras, se sienten manos que se tienden, se escuchan inexpresables cosas. ¡Bendito consuelo el de los diálogos con los seres invisibles en la soledad! Concluyamos diciendo que el poeta, el gran poeta, está todo él en este bello libro que es compendio de la historia de un alma y de una vida, en las que sigue palpitando el romanticismo de la juventud.

«Como no ser romántico con este corazón en llaga viva»... en el que se toca todo cuanto la vida dió a este noble espíritu: lucha, amor, dolor; del que se oye el latido y se adivina el desgarramiento. El poeta ha llegado a la culminación de su obra estética y ha llegado a ella por la sublimación del dolor, el viejo amigo de los hombres.

*
* *

Taine, juzgando a un comentarista de La Bruyére, un poco retrasado en el método crítico y demasiado amigo de los lugares comunes a lo la Harpe, dice que no se debe tratar al público como a un colegial; se es demasiado viejo a los treinta años, agrega, para volver al colegio. Se quiere juzgar por sí mismo; no gusta oir decir magistralmente que tal o cual pasaje es bello. Lo que se desea es

tener los antecedentes necesarios para conocer los orígenes de las ideas y sentimientos del autor y para explicar la obra por las circunstancias que la produjeron. Una vez dados estos datos, termina el gran crítico, el comentarista se retira, el lector llega, aprovecha de estas investigaciones, y juzga como mejor le parece.

El consejo viene de muy alto para no aprovecharlo. Pongamos, pues, fin a esta breve excursión lírica por el alma del poeta.

1923-1943.

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

PAGINAS OLVIDADAS

LA INDEPENDENCIA NACIONAL (1)

Recojo en mi corazón, de los purísimos labios de la infancia, las últimas notas de ese himno cuyas estrofas valientes y severas resuenan como golpes de un escudo guerrero en mis oídos ya habituados a la enervación y la molicie; y evocan involuntariamente en mi espíritu los gloriosos recuerdos de este sitio, un dia no lejano convertido en altar sangriento de heróico y sublime sacrificio.

La solemnidad del sitio se agrega a la solemnidad del momento, y me siento débil y pequeño para interpretar el pensamiento de la comisión que tengo el honor de presidir—débil y pequeño para poner mi palabra a la altura de los sentimientos que me agitan y agitan, sin duda, al pueblo congregado.

Dentro de breves instantes el hilo eléctrico nos anunciará que queda inaugurado en la Florida el Monumento a la Independencia de la República.

El fausto mensaje circulará a la vez en todos los pueblos de la República, y todos los corazones verdaderamente Orientales, por el nacimiento o por la simpatía, vibrarán unisonos, cual movidos por los efluvios de esa electricidad moral con que el amor a la patria une a todos los buenos hijos de una misma tierra.

Nosotros que hemos adorado y levantado tantos ídolos, —tantos ídolos de barro!—en los días tempestuosos de la lucha y en estas horas sin luz de la fatiga, no habíamos tenido un solo recuerdo de mármol ni de bronce para honrar a los héroes y conmemorar las hazañas de 1825. Parecíamos poseídos de un patriotismo nonoclasta; la religión nacional, de culto cívico no tenía un solo templo, un solo Monumento levantado en nuestras villas y ciudades.—El viajero que las hubiese visitado habría podido preguntarse: ¿qué pueblo es este, que no cuenta en sus anales una de esas tradiciones gloriosas, de todos aceptada, de todos venerada, digna de ostentarse al mundo en mármoles y bronces imperecederos?

De hoy en adelante todos podremos decir: «Viajero! si deseas saber que tambien tenemos tradiciones heróicas, acércate al Monu-

(1) La inauguración del monumento a la independencia nacional, obra del escultor Juan Ferrari, erigido en la plaza de la ciudad de la Florida el año 1879, motivó manifestaciones de patriotismo popular en todo el país. En casi todos los departamentos se celebró este acontecimiento que señala una fecha esencial en la historia de la evolución de nuestra sociedad. En la ciudad de Paysandú hubo también solemnes festejos. El doctor don CARLOS MARIA RAMIREZ, que en aquella época se hallaba radicado en la nombrada ciudad, pronunció, como porta voz del pueblo, en la ceremonia realizada en la plaza, este elocuente discurso en que el noble tribuno interpretó magistralmente el sentimiento público.

mento que conmemora la Independencia de la República. — Habrás visto en otras tierras monumentos más lujosos y soberbios, obra tal vez de los esclavos que regimenta el despotismo para embellecer las cercanías de su alcázar, o de la ambición criminal que convierte en gloria humana el insensato abuso de la fuerza;—pero no habrás encontrado a tu paso, condensadas en mármol palpitante por la mano del artista, ni glorias más puras ni grandezas más altas».

Ocupamos sin duda un punto reducido en la corteza del globo que a su turno solo es un glóbulo de espuma en el inmenso mar de la creación. Hay empero un mundo moral donde la ley de las proporciones y la ley de la fuerza se transforman asombrosamente, donde una pequeña batalla de Washington o de Bolívar tiene los mismos resplandores de una colosal victoria de Napoleón I, donde Guillermo Tell, el héroe de las áridas montañas, es tan grande como Bruto, héroe de la vasta República Romana, y donde una lágrima de Polonia pesa mas que el formidable centro de los Czares.

Concentrar en el alma un pensamiento santo, un destello del ideal; poner a su servicio una resolución heróica; romper el molde de las acontecimientos, creándolos por la sola fuerza de la voluntad; arrancar la victoria del carro de los fuertes para uncirla al carro de los débiles;—convertir en realidad viviente, en hecho victorioso y definitivo la untopía de un instante, condenada al absurdo por todos los principios de la lógica y todos los consejos de la previsión y la prudencia,—oh! no puede subir mas alto la grandeza humana, y esa grandeza es la grandeza de los *treinta y tres* Orientales cuando se lanzaron a desafiar el poderío de un opulento Imperio y del gran Monarca que sus destinos regía.

Paréceme que veo en este instante sus figuras trazadas por la mano maestra de nuestro gran pintor.... Asoma el sol de 19 de Abril de 1825. Acaban los héroes de pisar las húmedas arenas que besa el Uruguay; flotan todavía en las costas las débiles barquillas que han cruzado el *Plata* llevando los destinos y la libertad de un pueblo.

Allí están.—Palpita en ellos el alma de la patria, que se espande al respirar sus auras.—Un fuego heróico anima sus miradas; una fuerza estraña parece crispar todos sus músculos; y allí, reunidos en indefinible grupo, juran sobre sus aceros inmortales redimir la patria o sucumbir gloriosamente en la demanda... Oh! quién pudiera detener el curso inexorable de los tiempos y cerrar el libro fatal de la memoria, para contemplarlos siempre asi, jóvenes gallardos paladines de la patria, antes de que la guerra civil extendiese entre ellos la nube roja de los odios y rompiese la santa unidad moral de nuestra tierra, cuando todos eran puros y habría parecido una blasfemia horrible pensar que la vida de aquellos hombres no sería para siempre sagrada e inviolable para nuestro suelo!

El Monumento levantado en la Florida no conmemora únicamente la portentosa hazaña de los *Treinta y tres* Orientales. En aquellos grandes días, el ciudadano no fué menos heróico que el sol-

dado. Casi todos los Orientales tenían entonces temple de metal, y al lado del guerrero se alzaba el estadista como firme columna de la patria. Una asamblea era en aquel entonces una fuerza!—y la Conquista sintió estremecerse su poder cuando la Asamblea de la Florida hizo llegar a su oído y proclamó ante el mundo que el pueblo oriental «de hecho y de derecho era libre e independiente del rey de Portugal, del emperador del Brasil y de cualquier otro del universo». Nunca el derecho y la justicia hablaron en lenguaje más altivo sin otro apoyo eficaz que la explosión de la conciencia humana y del sentimiento patrio, porque entonces, el 25 de Agosto de 1825, la victoria no había sonreído todavía a los patriotas y la empresa libertadora aparecía apenas como una calaverada heróica.

Una marcha forzada habría bastado al poderoso ejército que hacía flamear la bandera auriverde en los muros de Montevideo, para llegar y encontrar indefenso el pueblo donde aquel Senado augusto promulgaba sus decisiones soberanas; más que importa!—en el trance supremo, a semejanza de los viejos patricios de la antigua Roma, ellos habrían esperado la cuchilla del invasor a la puerta del recinto que guardaba el eco de sus declaraciones inmortales.

La idea se hizo verbo: el verbo se hizo ley —Id a cumplirla!—dijeron los próceres de la Florida—y muy luego Rivera la hace imperar con su astucia en los campos de Rincón, y Lavalleja resplandecer con su sable en las orillas del *Sarandí*.

El rumor de ese combate glorioso se dilata hasta la pirámide del pueblo de 1810.— Estaba encadenada la victoria! — Y ella seguirá arrastrando nuestro carro y el de los hermanos que en nuestro auxilio acuden hasta el último confín de nuestros mares y hasta el propio suelo de los conquistadores.

La revolución de Mayo, invocando disidencias que hubieran podido conjurarse, que en todo caso hubiera debido respetar, movida por una diplomacia siniestra, había llegado en su extravío hasta el crímen de estimular la conquista de nuestro suelo, tendiendo la mano, en la sombra, al invasor.—Sabemos que hay manchas que no bastan a borrar todos los perfumes de la *Arabia;* pero esas mismas se borran a veces con los perfumes de la gloria,—y para borrar esa mancha de la revolución de Mayo fué menester toda la gloria de Alvear en Ituzaingó y toda la gloria del almirante Brown en las azuladas aguas de ese Rio que todavía murmura himnos de victoria entre los camalotes del Juncal.

Todos estos recuerdos gloriosos cobran nueva vida y parecen rodearse de una acción magnética, bajo la evocación del monumento que la gratitud nacional ha levantado en la Florida. Parece que se descubriera el luminoso panorama de la vida a un enfermo largo tiempo privado de luz y de aire libre.

El corazón redobla sus latidos como un tambor de guerra. Se despiertan las fibras del patriotismo amortiguado y vibran los resortes enmohecidos de la cívica virtud. Se respira en el ambiente de la

esperanza—y yo pregunto: —con tradiciones tan bellas y tan nobles para fundar una nacionalidad gloriosa— ¿por que no hemos de vivir al fin, todos unidos, en la libertad y en la justicia, sin dejarnos arrastrar por las sacrílegas luchas del pasado, y sin prestar el cuello a la ignominiosa servidumbre, igualmente enemigos de la anarquía y del despotismo,—de la anarquía que todo lo corrompe y del despotismo que no funda sino dominaciones efímeras y sangrientas?

Un Ministro Británico recordaba ha pocos dias que nuestro suelo es más grande que el de la Inglaterra unido al país de Gales—mayor aun que el territorio reunido de Bélgica, Portugal y Grecia.—No es tan pequeña entonces la herencia de nuestros antepasados, y si supiéramos amarla, si supiéramos cultivarla, haríamos fácilmente de ella, no por cierto un coloso, (que es amenudo un monstruo) pero sí un organismo serio y fecundo en la civilización de la América.

Por nuestra admirable situación geográfica y por la ausencia de preocupaciones que son el lote de las viejas sociedades, debemos ser la nación más hospitalaria del mundo.

Envíenos España, vieja madre, el contingente de su sangre generosa;—Francia, sus nobles hijos del 89;—Italia, los compatriotas de Colón, Gaboto y Garibaldi; Inglaterra, sus caracteres serios y viriles;—Alemania, sus hijos fuertes para el pensamiento y el trabajo;—Suiza, sus demócratas modelo, y todos los pueblos del mundo la exuberancia de su savia humana para fundar con la evolución del trabajo y la sucesión de los tiempos una nacionalidad generosa y espansiva, que sea la alianza y la fusión de todas las divinidades de los hombres.

Vengan todas las religiones, todas las ideas, todos los sistemas a vivir tranquilos bajo el amparo de la libertad del pensamiento, depurándose por la contradicción pacífica, trabajando y modelando los espíritus, preparando así las soluciones definitivas y armónicas que serán para el individuo la religión del deber, y para el ciudadano la religión de la ley.

Pero cuán lejos estamos, y cuán indignos somos de esa grande obra civilizadora con que únicamente podríamos corresponder a la grande obra emancipadora de nuestros antepasados!—Tenemos aquí, a nuestro lado, envuelta en los últimos rayos del triste ocaso de la vida, a esa noble anciana, que lleva el nombre ilustre del jefe de los Treinta y Tres Orientales;—y, representando en ella a la casi extinta generación de 1825, podemos apenas enseñarle con orgullo esos centenares de niños que vienen bajo el santo báculo de la educación popular a celebrar los fastos nacionales, y entonan con sagrado entusiasmo el viejo himno de la patria y anuncian sin duda una generación más libre, más viril, más pura, más digna de llevar ofrendas al Monumento de la epopeya nacional.

Los iniciadores de esta fiesta, sentirían colmadas sus aspiraciones si en ella recoje la hermana del Héroe una sonrisa, antes de partir a la región ignota donde se hacen las almas confidencias, para que lleve

hasta el espíritu de los Héroes un rayo de la aurora de esperanzas que surge de esas frentes infantiles.

Para ellas, que encierran el porvenir, pidamos la bendición de Dios—y para las grandes glorias del pasado, la eterna veneración de los hombres!

CARLOS MARIA RAMIREZ.

REVISTA SOCIAL Y POLITICA

LA CANCILLERIA DEL URUGUAY PRECISA SU POSICION

En posesión de las respuestas que las Cancillerías de las Naciones de América dieron a la nota de fecha 21 de Noviembre, que publicamos en el último número, en la que nuestro país propuso el pronunciamiento colectivo de los Gobiernos respecto de los países del Continente que no den cumplimiento a las obligaciones libremente contraídas acerca de los deberes externos y violen, en el orden interno, los derechos elementales del hombre y del ciudadano, el Ministro de Relaciones Exteriores, doctor don Eduardo Rodríguez Larreta, ha enviado a las mismas Cancillerías, la siguiente nota en la que precisa y concreta la doctrina sustentada por la Cancillería del Uruguay:

«Montevideo, 2 de febrero de 1946. — Al Excelentísimo Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de.....

Sr. ministro:

Este ministerio acusa recibo de su muy atenta contestación a la consulta planteada a las cancillerías de América en la nota de fecha 21 de noviembre de 1945. Queda profundamente grato a los generosos conceptos vertidos en cada una de ellas sobre la democracia uruguaya, así como a la trascendencia que ha querido acordársele al tema planteado y el interés puesto en su dilucidación. Ha de ser, presume, la primera vez que el planteamiento de un problema por medio del procedimiento de la consulta diplomática, adquiere tanto volumen, suscitando notables exposiciones de parte de cada una de las cancillerías. Serán agregadas al historial de la política interamericana y constituirán una demostración más de la forma abierta y leal con que se han de estudiar las cuestiones que interesan a todos.

Prosiguiendo el cambio de opiniones que solicité en mi nota de noviembre y en procura ya de puntualizaciones necesarias, intentaré extraer el resultado de esta primera etapa. Tres principios integran la doctrina uruguaya, o por ser más exacto, se compone ésta de dos principales y quiere, en el tercero, encontrar la fórmula que conduzca a la vigencia de aquellos dos.

Primero: paralelismo entre la democracia y la paz.

Segundo: protección internacional de los derechos del hombre.

Tercero: acción colectiva en defensa de esos principios.

Acerca del primero, esto es, del paralelismo entre la democracia y la paz, no existe discrepancia. Todas las cancillerías reconocen que la democracia es un elemento esencial para la organización de un mundo pacífico. Apenas cabe destacar del conjunto de juicios concordantes — a los que se agregan votos

y aspiraciones para que la democracia integre cada vez más los métodos de vida y gobierno de cada una de las repúblicas — la duda sugerida en la nota de Colombia por medio de este concepto: «¿Es posible asegurar que las democracias, tal como el gobierno de Vuestra Excelencia o el mío las conciben, son evidente mayoría en el concierto organizado de las naciones? ¿Si lo son hoy, lo serán siempre?» Y la observación de la República Dominicana estimando esa idea como «novedosa».

En presencia, pues, de tan notable acuerdo, no es necesario insistir más sobre el punto, y corresponde ya declarar tal norma incorporada a ese derecho americano que vamos elaborando.

En cuanto a la necesidad de la vigencia de los derechos del hombre en todas las zonas del continente donde aliente un ser humano, el acuerdo es general. Reconócese al hombre como centro del derecho y motivo esencial de él, y exprésase la viva aspiración de que la tutela de esos derechos se haga cada vez más efectiva. Es cuando llega el momento de adoptar los procedimientos para hacer efectiva tal tutela, extrayéndola del campo de las declaraciones, que se plantea la divergencia fundamental. Varias cancillerías arriban a la conclusión, para nosotros lógica, que reconoce la necesidad, en casos manifiestos de violación de derechos del hombre y de notorio falseamiento de la democracia sustituida por regímenes de fuerza y de latente agresión, de ejercer una acción colectiva. En ese orden de ideas, se colocan las cancillerías de Estados Unidos, Venezuela, Panamá, Cuba, Costa Rica, Guatemala, Nicaragua, Perú, con alguna reserva y, naturalmente, Uruguay. Varias otras repúblicas, detenidas ante el temor de rozar el principio de no intervención, considerando difícil armonizarlo con la acción colectiva, se pronuncian por actitudes que llamaré defensivas. Es el caso de Méjico, cancillería que después de formular una brillante defensa de la «no intervención» agrega que en caso de demostrarse la violación de principios y compromisos a que me he referido, entiende que corresponde la ruptura de relaciones diplomáticas con el gobierno incurso en tales atentados. En calidad de simple acotación, que más adelante desarrollaré, he de decir que la ruptura de relaciones es prevista por nosotros como una de las medidas aconsejables al ejercerse la acción colectiva, y, seguramente, como una de las más eficaces.

Es el caso también del Brasil, quien resistiéndose al simple apartamiento del principio de no intervención, entiende que el no cumplimiento de las obligaciones internacionales y la amenaza a la paz del continente, puede dar lugar a que «las naciones americanas se concierten para obtener la satisfacción de tales compromisos y para una acción inmediata de defensa común contra la nación agresora».

Varias cancillerías, entre las cuales corresponde citar las de Chile, Perú, Bolivia, Honduras y Paraguay, estiman esencial la tutela internacional de los derechos del hombre, pero consideran necesario previamente establecer con precisión cuáles son esos derechos, y para

ello indican la conveniencia de esperar el pronunciamiento del Comité Jurídico de Río de Janeiro, encargado de esa tarea por una resolución de Chapultepec. He de dedicar, más adelante, un capítulo a considerar esta interesante posición.

Existen, por fin, seis cancillerías que resisten la iniciativa, temiendo que de ella pueda derivarse una revisión del principio de no intervención. Son ellas las de Colombia, Haití, Santo Domingo, El Salvador, Ecuador y Argentina, gobierno este último que, aun cuando no contestó directamente la consulta, lo hizo su canciller por medio de una extensa exposición trasmitida por radio y publicada en la prensa.

En general las dificultades que suscita el problema y la resistencia que levanta, emanan del temor de que resulte modificado el principio de no intervención y de la deducción que con notorio apresuramiento se extrajo por algunos, de que se propugnaba la eventualidad de una intervención armada. Una simple consideración debió bastar para destruir tal hipótesis. Es notorio que de acuerdo con la Carta de San Francisco, que todas las repúblicas americanas hemos suscripto, las acciones armadas contra un país incurso en falta, están exclusivamente reservadas al Consejo de Seguridad, salvo el caso de legítima defensa establecido en el artículo 51, y los procedimientos del artículo 107. Y a esta consideración debió agregarse la insistencia con que en nuestra nota de noviembre señalamos la formidable conquista para las relaciones interamericanas que significa el principio de «no intervención» y el cuidado que pusimos en definir el carácter «fraternal» que debía asumir cualquier acción y la «prudencia y delicadeza» con que debiera ser ejercida. Es notorio que, dentro de los procedimientos pacíficos, existe una larga escala de medidas a adoptar contra el país acusado y que ellas fueron ya previstas y enumeradas en la llamada Acta de Chapultepec.

Disipada esa confusión y abarcando, en conjunto, las posiciones adoptadas, esta cancillería cree, —hoy más que ayer— que existe un amplio campo de entendimiento dentro del cual sea posible encontrar una solución al candente problema.

*
* *

Varias de las respuestas que vengo considerando reconocen el acierto de la iniciativa y la necesidad de organizar la defensa de la democracia y de los derechos humanos, pero estiman conveniente una definición previa de esos derechos, que establezca con precisión cuáles son esos derechos, su verdadero alcance, significado, etc. Como la Conferencia de Méjico confió esa tarea al Comité Jurídico de Río de Janeiro, considérase que debe esperarse el pronunciamiento de éste, antes de seguir adelante. Según es notorio, la labor de dicho comité sobre tan importante tarea deberá ser sometida al examen de cada

uno de los gobiernos americanos, con un plazo de seis meses y, con las observaciones que éstos formulen, será sometida a su vez a nuevo examen del comité para su redacción definitiva, y, por fin, al estudio de una Conferencia Internacional de Jurisconsultos, cuya labor requerirá la ratificación de todas las repúblicas. No es exagerado prever que tan prolongada tramitación insumirá alrededor de tres años.

No pongo en duda el interés de la labor confiada al Comité Jurídico, ni la utilidad de lograr un documento que concrete en forma tan prolija como científica, cuáles son los derechos del hombre.

Pero no la considero una causa suficiente para decretar, a un problema de viva actualidad, tan larga dilatoria. En primer lugar, porque cuando la validez de un principio ha sido reconocida, existiendo a su respecto, en lo esencial, un acuerdo notorio, no es de buena práctica posponer su aplicación por falta de una reglamentación que resulta siempre secundaria y cuyo vacío puede ser llenado fácilmente frente al caso planteado. Lo fundamental es la vigencia del principio y una vez declarado y reconocido, no es excusa suficiente para dilatar su aplicación, la falta de una formulación perfecta.

Cuando se trata de los derechos del hombre, esta consideración adquiere máxima fuerza. ¿Quién puede sostener a esta altura de la historia, que necesitan todavía de una nueva definición, para ser protegidos? Existirán a su respecto dudas, que será útil disipar; algún aspecto de su formulación deberá ser comentado o enmendado. Pero en lo sustancial constituye un valor entendido entre los pueblos y debemos creer que también entre los gobiernos. No creo necesario remontarme al «Bill of rights», ni a la declaración de Virginia o a la de Massachussets, ni a la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano de 1789, ni a las innumerables constituciones americanas anteriores o vigentes que contienen sendas declaraciones de derechos, ni a los proyectos de institutos y academias que lucen al pie firmas de ilustres internacionalistas. Existirán entre ellas algunas divergencias; algunas de sus proyecciones deberán ser actualizadas; será útil, si es que se logra, una unificación de conceptos. Pero todo eso es adjetivo. Lo sustantivo es que todos sabemos cuáles son hoy los derechos esenciales del hombre, los inseparables de la persona humana, las mínimas prerrogativas incorporadas a un ser por el solo hecho de existir. Y si necesitamos una precisión, recurramos, señores cancilleres, al intérprete máximo, a quien acaba de condensarlo, con luminosa precisión, en un documento histórico: a las cuatro libertades de Roosevelt.

*
* *

Algunas cancillerías abrigan el muy legítimo y respetable temor de poner en peligro la armonía y solidaridad del continente. Cada vez que se suscita una iniciativa tendiente a perfeccionar el sistema

interamericano, el mismo temor se reproducirá. Cada una de las conquistas obtenidas ha sido el fruto de largas discusiones y se han atravesado difíciles momentos, que luego han sido felizmente superados. El principio de «no intervención» tantas veces citado en esta consulta es un notable ejemplo de cómo puede alcanzarse una finalidad después de un largo y agitado proceso. Si la iniciativa es acertada, si recoge un clamor de la conciencia americana, como se reconoce, si obedece a la satisfacción de una necesidad apremiante, no debe detenernos el temor de dificultades en el camino, ya que todos estamos dispuestos a recorrerlo con la más alta consideración recíproca.

Lo peligroso sería la declaración de una auto-incapacidad para afrontar unidos problemas que reclaman una solución. La solidaridad americana se ha ido fortificando por etapas al calor de los sucesos y problemas que la historia iba suscitando. En un momento dado, sobre la base de la política del buen vecino, logramos la «no intervención» de un estado en los asuntos de otro. ¿Resultará ahora que al suscribir y proclamar con entusiasmo solidario esa noble práctica del buen vecino, cada uno de los firmantes lo hacía con la reserva mental de mantener para él el privilegio de conducirse como un mal vecino?

He afirmado que tales temores no deben detenernos, sobre todo cuando existe un ancho campo para el entendimiento, según resulta de la lectura detenida de las exposiciones. Y, cabe agregar, cuando el proponente está dispuesto a buscar los términos de ese entendimiento, a cuyo efecto, ha estudiado detenidamente el texto de las respuestas, procurando asimilar su espíritu, así como recogiendo varias de sus sugestiones, llega a fijar estas conclusiones, que podrían constituir la base de una deliberación futura:

a) La denuncia de que en un país se violan los principios arriba enunciados, debe ser efectuada ante la Unión Panamericana, por lo menos, por tres repúblicas;

b) Las decisiones que se adopten una vez decidido el estudio del asunto por la consulta americana, deben ser tomadas por no menos de dos tercios de votos de los presentes.

Esas decisiones deben ser.

1. De índole pacífica.

2. Adoptadas por una amplia mayoría, según se ha expresado y, en consecuencia, multilaterales.

3. Defensivas, esto es, ejercerse fundamentalmente en defensa de principios que se consideren necesarios para la convivencia y solidaridad americanas.

Sobre este punto de partida, las medidas a dictarse serían:

a) Declaración de que un país viola aquellos principios.

b) Recomendación de que se ajuste a esos principios y a los compromisos internacionales contraídos.

c) Amonestación.

En el caso de que tales procedimientos no hubieran dado resul-

tado, la consulta americana o el tribunal que se hubiere creado con representación de todas las repúblicas, podrán proceder a:

a) Suspensión de relaciones diplomáticas.
b) Ruptura de relaciones diplomáticas.
c) Ruptura de relaciones consulares.

Si tampoco estas medidas hubieran dado resultado a juicio de la consulta, se procederá a denunciar el caso ante la Asamblea General o el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas, solicitando que asuma jurisdicción en el asunto.

Es sobre estas bases que consideramos posible arribar a un entendimiento, a nuestro juicio cada vez más indispensable, combatiendo la fácil propensión a la inercia, inercia que podría resultar suicida para la democracia.

*
* *

No quiere esta cancillería cerrar estas líneas, sin destacar un hecho al que acuerda extraordinaria significación. Me refiero a la enorme repercusión adquirida por la que se ha dado en llamar «doctrina uruguaya». Han pasado por nuestras manos centenares de artículos de diarios y revistas de todo el continente. El tema ha llegado al debate de las universidades y ha suscitado numerosos pronunciamientos de institutos y organizaciones políticas y jurídicos. Especialmente en el ámbito democrático la reacción ha sido intensa, y aun cuando, como es lógico, no todas las opiniones han coincidido, debo expresar que la gran mayoría acoge con aplauso y vivo interés la iniciativa.

Acaba de publicarse en Estados Unidos un libro de notable resonancia, prologado por veinte hombres eminentes, el primero de los cuales es Einstein, quienes expresan en ese prólogo aspirar a que treinta o cuarenta millones de americanos lean obra tan trascendental. Me refiero a «Anatomía de la Paz» del pensador Emerry Reves.

En dicha obra se lee:

«Así como por más de 14 centurias prevaleció el concepto ptolomeico sobre la forma del Mundo atribuyendo a la Tierra la posición del Centro del Universo, así también en nuestra edad actual concebimos a los «Estado Nación» como el centro funcional de las sociedades políticas, a cuyo interés debe supeditarse el de cualquiera otra organización más vasta: es un geocéntrico mundo de Naciones Estados en cada uno de los cuales se tratan los problemas económicos políticos y sociales, como problemas exclusivamente nacionales.

De acuerdo con esta concepción geocéntrica de los negocios del Mundo, resuélvense los problemas políticos, sociales y económicos dentro de nuestra Nación, a través de la ley y del gobierno.

Pero cuando se trata de los asuntos que interesan a los países que nos rodean, es decir, a los pueblos de otras naciones —entonces ya

no es la ley y el derecho los que regulan nuestras acciones—, sino la «política» y la «diplomacia», lo que significa la discrecionalidad y la arbitrariedad, es decir, la fuerza y la guerra».

Y más adelante, después de señalar cómo las viejas nociones son inadecuadas para afrontar la solución de los problemas actuales, agrega:

«En cada uno de los 70 u 80 estados soberanos, nosotros creemos que nuestra «Nación» es el centro inmóvil alrededor del cual el mundo se mueve.»

La preocupación que trascienden todos esos órganos de opinión, el libro, la prensa, la revista, las universidades, los conferencistas, los institutos jurídicos y políticos, constituye para nosotros la demostración de que no planteamos una cuestión artificial, sino un problema palpitante, recogiendo, como dije en nuestra nota de noviembre, un clamor de la conciencia americana.

¿Hemos de ser sólo los gobiernos quienes permanezcamos impasibles, mirando el pasado, en este mundo en transformación, y nos creamos con derecho a ignorar lo que no queremos saber?

EDUARDO RODRIGUEZ LARRETA

CREACION DE LA BIBLIOTECA DEL MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

El Poder Ejecutivo, por intermedio del Ministerio de Instrucción Pública, ha dictado el siguiente Decreto, mediante el cual se crea la Biblioteca de esa Secretaría de Estado:

Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social

Montevideo, Febrero 5 de 1946.

Teniendo en cuenta que este Ministerio de Instrucción Pública y P. Social, carece de Biblioteca, y, por consiguiente, de aquellos libros, folletos, revistas y demás impresos o manuscritos, imprescindibles en un organismo de su jerarquía, que hagan posible su labor documentaria toda vez que sea necesaria a sus funcionarios;

Vista: la necesidad impostergable de su creación particularizada en su función en aquellas ramas de la publicación que sirvan para documentar los aspectos fundamentales de su gestión y actividad;

el Presidente de la República

acuerda y decreta:

Artículo 1º) Créase la Biblioteca del Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, para uso de sus oficinas y dependencias.

Art. 2º) El caudal de publicaciones que formará su acervo estará compuesto; por las colecciones dispersas que existan en las oficinas del Ministerio, sin excepción de las de la Sección Jurídica, aunque éstas continuarán (catalogadas) en la sección respectiva; las aportaciones de la Biblioteca Nacional, en especial el lote inicial que destina para la inauguración de cada nueva Biblioteca; los volúmenes que obtenga por el servicio de canje de publicaciones; las ediciones oficiales, nacionales y extranjeras que se reciban; las donaciones de instituciones públicas, corporaciones privadas y particulares; los envíos de autores y editoriales del país y del extranjero y las adquisiciones de libros e impresos en general que se efectúen de acuerdo con el rubro que se le asigne al efecto.

Art. 3º) Dicha Biblioteca será provista de local adecuado, útiles y un empleado encargado de la misma, técnico en catalogación de acuerdo con las nuevas normas. La Biblioteca funcionará en horas de oficina y elaborará su catálogo de inmediato.

Art. 4º) En relación con las necesidades esenciales a que ha de servir, la Biblioteca del Ministerio de Instrucción Pública, constatará de las secciones: Biblioteca y Archivo y Fichero artístico-intelectual.

Art. 5º) La Biblioteca formará su acervo especialmente, en obras de educación y cultura intelectual y artística, en obras de carácter estadístico o documentario de la misma materia (Estadística, Memorias, Informes, Textos, Anales, Balances, etc.); obras de carácter sociológico en cuanto a previsión social en general, y estadísticas y documentarias de la misma materia; revistas, y todas aquellas publicaciones (folletos, impresos, periódicos, etc.) de esta misma naturaleza, que sirvan a los fines de un Ministerio de Instrucción Pública, que abarca una acción artística y cultural al mismo tiempo que de previsión social. Las obras serán no sólo nacionales, sino, además, extranjeras. La Dirección de la Biblioteca tratará, por los medios respectivos, de poder canjear los materiales existentes en nuestro país, que puedan ser de utilidad para los demás países, en especial los americanos.

Art. 6º) El Archivo y Fichero, que funcionará anexo a la Biblioteca, tendrá finalidades específicas, que se reglamentarán por separado, en oportunidad.

Art. 7º) Los libros y demás impresos que se reciban por los diversos conductos, que no respondan a las necesidades de la Biblioteca y no entren a formar parte de su caudal, serán destinados al canje o enriquecimiento de otras Bibliotecas, en especial de la Nacional.

Art. 8º) La Biblioteca estará dirigida por el señor Jesualdo Sosa, a quién se le comete su organización y el inmediato funcionamiento. La adquisición de obras estará a cargo de una Comisión integrada por el señor Sub-Secretario de Instruccón Pública y P. Social, el Director de Secciones del mismo Ministerio y el Director de la Biblioteca.

Art. 9º) Para la organización, catalogación, edición, del Boletín

Bibliográfico, en el caso que se disponga su publicación, conservación del material, consulta de obras y régimen general de trabajo de la Biblioteca, se dictará el reglamento correspondiente oportunamente.

Art. 10º) Para hacer frente a las erogaciones que ocasione la adquisición de obras y útiles necesarios para la organización y el funcionamiento de la Biblioteca, el Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, podrá disponer de sus rubros propios, en los casos que sea necesario.

Art. 11º) Comuníquese, etc.

AMEZAGA

Daniel Castellanos

REVISTA LITERARIA

SARAH BOLLO JUZGADA POR JUANA DE IBARBOUROU

En la cátedra literaria que con tan alta dignidad ejerce en el SODRE la ilustre poetisa Juana de Ibarbourou y desde la cual, todos los jueves, envía a sus innumerables oyentes su mensaje de arte y de poesía, la ilustre poetisa ha juzgado en la siguiente forma el libro «Ciprés de púrpura» de Sara Bollo:

Con un prólogo de Américo Castro —ya signo excepcional pues bien sabemos cuánto vale y como se empina el gran español— aparece a fines de 1944, no muy rico de poesía de calidad, en este Uruguay que alardea de su opulencia lírica, un libro de Sarah Bollo, «Ciprés de Púrpura» luego premiado en el Concurso del Ministerio de Instrucción Pública del año 45.

Una nutrida y valiosa obra en prosa y en verso, le sirve de pedestal a este sellado árbol ígneo, símbolo de esa alma alta, ceñida y ardiente que con poemas de elevada jerarquía nos confirma su riqueza. Sarah Bollo tiene una calidad de imagen rutilante, que la señala de especial modo. La palabra castellana con ella adquiere nuevos y finos significados, una gracia sutil, noble y grave, a veces una gracia deslumbrante, como labrada en un oro muy bruñido, solo suyo, y que le transparenta el alma. Es como el virtuosismo musical, más allá de la técnica, y cual la calidad plástica, más allá de la medida y la copia. «Ciprés de Púrpura» es un libro que reboza humana desolación, contenida en una hermosura de idioma, que es como un nuevo descubrimiento de nuestro español. Dice, por ejemplo, en «Plecaria».

Cristo, *quebrado lirio con camino de sangre,*
Cristo, el de María, *clavado torbellino.*

Y dá así tal sentido a la vez espiritual, íntimo y físico a las dos palabras audaz y victoriosamente unidas:

«clavado torbellino»,

que en ella sentimos magníficamente, la significación de combate sin flechas, de batalla sin carros de guerra, de lucha sin duros centuriones armados, que fué la breve existencia, nutrida de acontecimientos y prodigios, de Jesús, el más grande renovador de la historia. Así, verso a verso, encontramos en Sarah Bollo una maravilla de expre-

sión verbal, que todo lo anima de un modo sorprendente, desde la eterna angustia humana, hasta la renovada hermosura de las pequeñas cosas que nacen y mueren todos los días, y que sólo los grandes poetas son capaces de transformar en triunfales motivos de inspiración poderosa. En Sarah Bollo, el adjetivo tiene un valor singular, y todo nombre se le hace centelleante. Encuentra manera de impresionar con palabras comunes, empleadas por ella de modo único, ya de ternura, ya de angustia, ya de invocación, de amor o de éxtasis. Dice, con donosura:

Deliciosa mía.

Caracoles de pluma
Henchidos de gorjeos.

Jaracandá *glorioso* de pétalos de cielo
Escalera de lagos celestes en el viento.

Cascada inmóvil de blancura, crespo clavel.

Y sabia, profunda, ahincadamente:

Un muerto, ay mi Señor, que secreto tan hondo,
mas allá de nosotros, ay, dentro de un mismo.

La invocación, bien lo dice Américo de Castro, el notable prologuista, tiene una suntuosidad oriental, hasta ahora inédita en nuestra poesía, bien lograda en las imágenes de singular efecto magnífico y en la experta elección de los vocablos. Dice:

Narciso de oro, quédate junto a mí

noche inefable, túnica de dalias

Fresca granada, para mi tan yerta.

Como ovejitas de suavísimo vellón,
en el collado florido de las mejillas.

Adjetiva y canta, como en los salmos de David, y a veces como en el Talmud, fuerte y grácil rica y profunda, certera y exacta como una corza en el salto que nos parece inverosímil.

El leiv motif de la muerte, casi integra el libro y es, en realidad, su médula. Los poemas que dedica a su padre, al Dr. Justo Montes Pareja, el escrito «por la muerte súbita de un hombre», todos los reunidos bajo el título común de «Gestos de la muerte» —unos ocho en total— más algunas baladas como la de «Las Lápidas Blancas» y

en muchas de sus canciones, la muerte, en función de nacimiento y de sentimiento, le hace decir las cosas más bellas e inesperadas, al antiguo modo osmanlí, lleno de honda y consoladora poesía. *Su* muerte no es siniestra sino *benigna y bella libertadora.* No viste *túnicas cárdenas de trágicas vigilias,* sino que desciende «en un vuelo de suaves resplandores». Y cuando cae, súbita sobre una criatura y le detiene *el corazón de un golpe*

«rojo corcel de coruscantes crines»,

es, para ella, dulce, rápida, fértil, floreciente, de alas poderosas, jardinera de *temblorosas violetas y follajes derramados.* Tal vez su muerte, es también la total cultivadora del *misterio, egregia rosa.* La

«sirena de los mares encendidos»

es su «tierno astro de albas», «rauda flor volando entre nieblas», «la vaina de espada ardiente de impaciencia», «navío en la costa de misterioso puerto». Por eso, *cree,* espera»;

«La victoria se urde en callado deliquio». «¡La benigna, bella, libertadora»!

La obra de Sarah Bollo es de esa total lealtad a sí misma, que se llama unidad y personalidad. Desde «Los Diálogos de las Luces Perdidas», es la misma profundidad y nobleza, la misma creciente hermosura, el mismo afirmarse en una filosofía mística expresada con la más inteligente selección del idioma en la imagen continua e inesperada y en cierto modo de construir el verso, también muy suyo, que contribuye a esa magia de su expresión, como de armonía que se forma en lo telúrico y llega a golpearnos la afición estética, sin que, al principio nos demos cuenta exacta de por qué nos cautiva tanto. Luego es que vamos sorprendiendo su grave encanto, su audacia victoriosa, *sus perfectos saltos de corza.* Así es como Sarah realiza el verso.

JUANA DE IBARBOUROU

EL «CIRCULO DE LA CRITICA» LLAMA A CONCURSO

El «Círculo de la Crítica» ha llamado a concurso a los hombres de letras para la presentación de una monografía sobre la historia de la crítica teatral en el Uruguay. Se trata de una feliz iniciativa que podría ser aprovechada por quienes concurran al llamado para recordar, con la detención que se merece, a Samuel Blixen, el ilustre crítico teatral tan olvidado, y al que habrá que poner en valor para que las nuevas generaciones conozcan a uno de los más notables escritores del país, y sin duda alguna el más ilustre crítico teatral de cuantos hemos tenido, cuya jerarquía sólo admite equiparación con la de Sarcey, el eminente crítico francés.

Samuel Blixen llenó con su obra crítica toda una época y fué durante largos años el rector del público en materia teatral. A esta misión agregó la que llenó como autor dramático, y en este plano puede decirse que su obra no ha sido todavía lo suficientemente apreciada. Esperan el autor y el crítico la pluma que los defina y les den la situación excepcional que les corresponde en la historia de la literatura nacional.

«LA REVISTA» DE JULIO HERRERA Y REISSIG

Aunque la vida de «La Revista», periódico quincenal fundado y dirigido por Julio Herrera y Reissig, fué breve, —apenas subsistió un año— los dos volúmenes que la forman ofrecen gran interés literario y, sobre todo, contribuyen al mejor conocimiento del poeta, de su cultura y de la evolución que experimentó su gusto en el tránsito de los dos siglos. Es, además, un documento necesario para quien pretenda estudiar la iniciación del modernismo literario en nuestro país.

No vamos a ocuparnos de todos esos temas ahora: solamente nos referiremos al primer número del periódico aparecido el 20 de Agosto de 1899. Consta éste de 32 páginas, que fueron impresas en «El Siglo Ilustrado» de Mariño y Risso, y el fascículo se inicia con el proemio de «La Revista» que el Director tituló «Programando», sin temor al neologismo y haciendo uso del gerundio por haber hallado, sin duda, en este derivado verbal, la representación de la acción inicial que ejecutó al redactar su programa.

Este programa es interesante. Explica el motivo de la aparición de la revista afrontando intrepidamente los lugares comunes de tales circunstancias: «el concierto del periodismo», los «saludos afectuosos a los connacionales de la prensa y a todos los lectores», etc., etc. El motivo esencial invocado por el Director para llevar adelante su empresa era la falta, en Montevideo, de una publicación «literaria y científica» —pues de ambas cosas pretendía el periódico— que viniese «a sacudir a los intelectuales del letargo en que se hallaban, citándolos para el noble torneo en que merece el lauro «no el político ni el mercader» sino «el vigor cerebral, que como lo ha dicho de Vigny tiene alas de mármol...» He aquí la primera cita del poeta; siguen a ésta la de Spencer, que entonces estaba muy en boga, la de Larra, de cuya pregunta «¿asistimos a un bautizo o a un entierro?» se ampara para esgrimir la fusta de Juvenal contra «los figurines automáticos de la moda con tendencias al feminismo», «los vagos trasnochadores que rumian imbécilmente el tiempo, los que hacen la guardia en la puerta de los cafés... los pequeños declamadores y los políticos de oficio» que, según el poeta, aumentaban y se desarrollaban en aquella época «con fecundidad de pez o de pólipos», con desmedro de «la afición por las cosas serias», de las actividades del espíritu y de las especulaciones del arte. Cita luego a Lamartine, a quien el poeta consagró una oda que tiene algo de Hugo y mucho

de Núñez de Arce, a Taine, de quien no tomó la sobriedad ni la precisión; a Sainte-Beuve, la grafia francesa de cuyo nombre escribe por error, así: Saint-Beuve; a Chateaubriand, a quien recuerda para invocar el amor a la gloria; a un poeta árabe que no nombra; a Stuart Mill, de quien recuerda una frase sobre la vocación; a Virgilio, de quien cita un hemistiquio y, por fin, al «gran Libertador del Norte» a quien recuerda así, por perífrasis, y de quien toma esta frase que aplica a la obra que ha emprendido con su revista: «he sembrado: ese es mi mérito».

Esta breve enumeración de citas es interesante para juzgar de la cultura del poeta en aquellos días; pero ella deberá ser completada con el repertorio de las innumerables citas que utilizó luego en sus trabajos, y que demuestran las heteróclitas lecturas que ávidamente hizo entonces y después, y de que fué testigo en aquella época quien esto escribe.

Ofrece el programa en sus cinco páginas y media de coloreada prosa otras cosas interesantes y que tienen relación con la cultura, con el lenguaje y también con el estilo, que ya anunciaba, por momentos, al poeta revolucionario del concepto y de la forma.

Comencemos por algunos conceptos de carácter general que deben ser tenidos en cuenta. Se refería el poeta al perjuicio que significaba para la nueva generación la falta de un órgano capaz de expresar sus aspiraciones y su manera de pensar y de sentir; a la situación de estancamiento en que se hallaba la literatura en el país; a las circunstancias poco propicias para consagrarse al «fomento de las letras ni al despertar de los ingenios» en razón de que en aquellos días la atmósfera que se respiraba estaba «rarificada por los detritos de la política y cargada de ese desánimo pesado que entorpece la marcha de cualquier iniciativa culta». Agregaba que desde la época de la independencia no había habido publicación menos favorecida por las circunstancias y el medio ambiente; pero que aun así, entraba al palenque y se decía «como el héroe legendario: *Tiemblas, osamenta, pero te llevaré al combate!*

Se refería en seguida a la fuerza de la vocación y hacía esta interesante excursión retrospectiva y crítica a través de las letras nacionales:

«Es por eso que, Figueroa, Berro, Ferreira y Artigas, Juan Carlos Gómez, Magariños Cervantes, Bustamante, Joanicó, Carlos María Ramírez, Herrera y Obes, Bauzá, Melían Lafinur, Acevedo Díaz, Herrero y Espinosa, Duvimioso Terra, Justino J. de Aréchaga, Agustín de Vedia, Martín Martínez, Daniel Muñoz, Zorrilla de San Martín, Roxlo, Bernárdez, Maciel, Fernández y Medina y, últimamente, José E. Rodó, Pérez Petit, y los dos hermanos Martínez Vigil, fundaron, en tiempos no tan infelices como los que corren, periódicos más o menos literarios, por lo que vieron la luz pública: «La Revista del Plata», «La Bandera Radical», «Anales del Ateneo», «Revista de Literatura y Ciencias Sociales», «La Cruzada» y tantos otros impresos

de indiscutible valer, verdaderos heraldos de nuestra cultura en el extranjero; —primeramente cuando el clarín de Figueroa llamaba a los ingenios al Parnaso heroico del patriotismo; más tarde, cuando Daniel Muñoz, burilador mordaz de la frase castiza y pura, esgrimía el cáustico de Larra y plantaba elegantemente el *ají cumbarí* en los campos de las letras nacionales, y, por último, cuando Zorrilla de San Martín colocó en el arco de Tabaré la flecha de oro que debía de atravesar el Atlántico. Nos referimos a su poesía que filosofa al mismo tiempo que llora, que emana zumo de nuestros bosques vírgenes y vuela con los temblores de la perdiz de nuestras *cuchillas;* la poesía pictórica, dulce, melancólica y profunda, que exhibe las decoraciones de la Patria, que solloza ante los miembros de bronce de una raza muerta, que vaga con los murciélagos de nuestros estíos, y desgarra las entrañas azules del espíritu humano para mostrarnos el amor lúgubre.

«Nuestra literatura ha tenido distintas fases en las diversas épocas en que ha vivido; en la primera, ha sido una literatura propagandista con nervio bélico y apasionado y por lo tanto una literatura ligera y volátil como un fuego fatuo; más tarde fué una literatura político-histórica, con tendencia romántica, lo cual nos hace pensar en una literatura bohemia, caprichosa, desaliñada y un tanto libre, y por último, se fué vistiendo con el frac de elegancia moderna, urbanizándose en la observación de las reglas, haciéndose seria y galante y, en fin, ciudadanizándose en la gran patria intelectual, de donde nos ha venido y nos viene toda corriente civilizadora.

«Pero, de todos modos y en cualquier época, los literatos han sido considerados y estimulados honrosamente y, aquellos tiempos, no lejanos, en que los triunfos del orador y del poeta llenaban de aplausos las salas en que se verificaban los certámenes, forman raro contraste con estos días de enervamiento y de frivolidad, en que no existen centros literarios, y en que se fundan *footballs*, presenciándose, al revés del triunfo de la cabeza, el triunfo de los pies, y, mientras el Ateneo, no es, en realidad, sino un bello cadáver de arquitectura, que luce su robusta mole frente a la estatua de la Libertad».

Se refería luego, el programa, a las características de la revista; su material sería inédito salvo alguna circunstancia excepcional: se admitirían trabajos literarios y científicos, pero en esta última zona con preferencia, los que se refirieran a la Filosofía y el Derecho y, en general, a las ciencias sociales, con lo cual se proponía servir a la juventud universitaria; excluiría el personalismo y el odio o rivalidades de secta y toda cuestión política y religiosa. A ello debe agregarse lo que ya había dicho al referirse a los «escasísimos méritos» de la Dirección y a sus aspiraciones de servir la cultura pública, y al hecho de que, aquélla se sintiera acompañada por «los cerebros más sobresalientes y de más renombre en nuestro país, tanto en literatura como en ciencias, y muchos de aquellos jóvenes que se han destacado en el grupo universitario por su clara inteligencia y

su poco común preparación, a todo lo cual se agregarían algunas de las firmas «de más brillo y reputación en el mundo literario de América», con lo cual se satisfacía también una aspiración americanista.

Insistamos, por fin, en lo que ya hemos dicho; que en este programa asomaba ya el poeta revolucionario del concepto y de la forma. Aunque en prosa, saltan ya, en el programa, aquí y allá, frases que anuncian al creador de maneras de decir personalísimas y de imágenes detonantes. Clama contra «la dejadez turca» que «cloroformiza el ánimo intelectual»; habla de «la fría almohada de la indiferencia», de «la caridad del opio», de «esa larga postración de anemia reumática», de los «que calculan el fuego de los volcanes con una barra de hielo», del «feto que está por nacer» que es nuestra Literatura, de «un pantano que se pudre en la más vergonzosa estagnación», a todo lo cual puede agregarse más de una de las frases que anteriormente hemos transcripto. En todo esto estaba ya el raro forjador de metáforas, el genial creador de imágenes, el original burilador de frases, el audaz inventor de paradoja *pour êpater les bourgeois*, el deslumbrante escritor barroco que agotó el léxico, que usó de la onomatopeya, que aliteró en ascendente gradación las más audaces y brillantes cláusulas sin un desmayo, sin que decayera la imaginación ni el color, sin «jadear entre los gerundios» como él decía al referirse a un ilustre escritor.

En su primer número inserta «La Revista» la bellísima composición «Triunfal», de María Eugenia Vaz Ferreira, que luego fué muy difundida, y otra que lo fué menos, que se titula «Un sano». Arturo Giménez Pastor firma una breve página de álbum; Santiago Maciel un artículo sobre «El arte tribunicio» y la oratoria de Castelar; Toribio Vidal Belo publica un bellísimo poema, titulado «Noche blanca», que ofrece verdadero interés para el estudio de la iniciación modernista en nuestro país. Esta es una composición que se adelanta a su época. Asoma en este poema una cultura poética que no era común encontrar entonces en Montevideo. Hay en él reflejos de Darío, que entonces era aquí poco conocido, pero hay un gran sentimiento personal y una inspiración muy fresca. El poeta habla un lenguaje nuevo y el sonido de su voz tiene acento de cristal.

Plenos claros de luna opalizan
la acuarela de un lago de plata,
que en la bruma azogada del cielo
borda el tul de las ágatas pálidas.

Todo esto y lo demás que dice la composición eran novedades poéticas que disonaban con las correctas décimas de corte criollo de Elías Regules y los tercetos clásicos de don Tomás Claramunt que se insertan también en el mismo número. Juan Zorrilla de San Martín escribe dos páginas sobre «Concepto de literatura americana» en el que pugna por que los escritores del Nuevo Mundo escriban bien

la lengua madre y cuando lo hagan «digan la verdad nueva, aunque sea en forma antigua». Agrega que América necesita escritores y poetas que «nos den la historia, la leyenda, el romance, la oda, la estrofa antigua con espíritu nuevo». Previene contra los exotismos, invita a los artistas a mirar «con intensidad nuestra naturaleza, nuestro espíritu, nuestro origen y nuestro destino. Y cuando hayamos sorprendido, agrega, una nota nueva, característica, démosla con ingenua sencillez y en forma sobria y dura». Carlos Martínez Vigil publica una serie de pensamientos con el título «De mi cartera» que, luego, con muchos otros, formaron un hermoso volumen que siempre se lee con provecho y deleite; también reúne «pensamientos» en tres páginas Benjamín Fernández y Medina. Sucede a éste Roberto de las Carreras, quien dirige a Herrera y Reissig una encendida epístola y una página del libro que luego llamó «Sueño de Oriente» y que fué motivo de escándalo en su época, y, por fin, Adalberto Soff, seudónimo de Alfredo Bastos, escribe con elegancia y agudeza sobre «Opera popular». Las 32 páginas de la revista se completan con unas breves «Notas de redacción» en las que se anuncian como novedades bibliográficas la aparición de la novela «Gaucha», de Javier de Viana, «Cartas sobre historia política de la República Oriental», de Jacinto Susviela, «Un error judicial», de Pedro Figari, «Piriápolis», de Héctor Vollo, «Nirvana», 2ª edición, de Angel Floro Costa, «Perfiles biográficos», nueva edición, de Orestes Araujo, etc., etc. También se da cuenta de algunas novedades bibliográficas europeas. Por fin se anuncia la próxima aparición de «Mis derrotas», de Alberto Palomeque y de la «Geografía de la República Oriental del Uruguay», por Julio Herrera y Reissig.

Tal es el primer número de «La Revista» y tales algunas de las consideraciones que sugiere. Para completar el panorama habría que evocar la imagen física de su Director, la sala de trabajo que constituía la sede de la redacción del periódico y la pequeña tertulia que en ella reunió el poeta en aquellos días de su iniciación literaria, que no fué precisamente la que más tarde se congregó en la famosa «Torre de los Panoramas».

Estaba, en aquella época, Julio Herrera y Reissig, en la plenitud juvenil. Alto, delgado y de noble continente, su bella cabeza orlada de rubios y ensortijados cabellos que llevaba generalmente erguida, la palidez de su rostro, su frente apolinea, sus ojos azules de serena y dulce mirada, en la que había cierta lejana vaguedad, sus manos aristocráticas, su innato dandysmo que se revelaba en la pulcritud de su oscuro traje, en la blanca corbata, en las charoladas botas y en los guantes de piel de Suecia que gustaba calzar, en el bastón que jamás abandonaba, en el sutil perfume de su pañuelo atraían la atención de los viandantes. La atraían también su paso lento y cadencioso, la animada conversación que invariablemente mantenía con las personas que le acompañaban, sus exclamaciones y apóstrofes, las

detenciones súbitas en la vereda o en la calzada para dar mayor amplitud al discurso.

El gran poeta prodigaba la hipérbole no sólo en sus admirables versos sino también en su conversación, la cual tenía un encanto especial que, tanto provenía de lo imprevisto y coloreado del lenguaje que usaba como del acento melodioso de la voz que, a veces, afectada por la anhelación cardíaca, adquiría un jadeo característico.

Cierta vez que paseaba por la calle Sarandí con un hombre de letras amigo, a quien abrumaba con sus generosos elogios, —pues en esto de elogiar sin tasa también fué pródigo el poeta en quien siempre predominó el sentimiento y el impulso de simpatía sobre la severidad del juicio— se detuvo, y, luego de lanzar a su interlocutor, a quema ropa, un fervoroso *climax* en el que agotó la escala de elogios ascendentes, y tronó contra la incomprensión del ambiente, se detuvo jadeante, y hecha una pausa, concluyó:

—En fin, mi amigo, ¡usted es un transatlántico navegando en una laguna!

Cuando se haga la historia del Montevideo de aquellos días fuerza será describir esta bizarra figura que discurría por las calles de la «ciudad vieja» y a la que sólo faltaba la toga y el pórtico para incorporarla al mundo antiguo.

La verdadera sala de redacción de «La Revista» estaba instalada en el mirador de la vieja casa de los Reissig en la antigua calle Cámaras, en la que entonces vivía la familia del poeta. Era un pandemónium aquel amplio torreón que se levantaba sobre la azotea de la mansión patricia, al que se accedía por una oscura escalera embaldosada y decorada con azulejos. Había allí un viejo escritorio de caoba, una mesa, algunas sillas y altas estanterías, todo lleno de libros, manuscritos y papeles que también ocupaban parte del pavimento. El poeta escribía sin freno y amontonaba los originales en los estantes, sin orden ni concierto. En ellos urgaba constantemente en busca de las carillas de los inconmensurables ensayos críticos con que entonces alternaba sus horas de inspiración poética.

No hay que confundir este mirador con el que luego fué llamado «Torre de los Panoramas». Esta famosa torre corresponde a la casa situada en la calle Ituzaingó esquina Reconquista, que más tarde pasó a habitar la familia del poeta. En aquel mirador de la antigua calle Cámaras, Herrera y Reissig escribió cuanto aparece con su firma y sin ella en «La Revista», y otros extensos trabajos en prosa que se han perdido y cuya lectura oimos de labios del autor en aquella época. Entre esos extensísimos ensayos recordamos, sobre todo, dos: uno sobre Zorrilla de San Martín y otro sobre Carlos Reyles que preparaba entonces «La Raza de Caín».

La tertulia primitiva de Julio Herrera y Reissig era un poco heterogénea. No todos los contertulios eran escritores y poetas, y no todo era poesía y literatura en el mirador del poeta. A éste le gustaba tocar la guitarra y la música criolla solía poner una nota nativa en

aquel ambiente donde ya empezaba a insinuarse la presencia ideal de los dioses del Olimpo, de las princesas anémicas, de las marquesas y abates versallescos, y asomaba la turba de los «poetas malditos» con su modernísimo «*atrezzo*» que iban a desterrar para siempre a los poetas románticos que habían tenido allí su culto.

Volver a leer «La Revista», después de más de cuarenta y cinco años, es despertar un mundo muerto. Esto no se hace sin melancolía; pero con ello se presta un servicio a la historia de las letras nacionales. Y por eso hemos de seguir hojeando sus páginas y apuntando comentarios como los que quedan hechos al correr de la pluma.

REVISTA ARTISTICA

EXPOSICION DE LAS OBRAS DE JUAN MANUEL BESNES E IRIGOYEN

Una interesante exposición se prepara en estos momentos. Se trata de la obra de Juan Manuel Besnes e Irigoyen, dibujante, grabador y pendolista español que residió en nuestro país desde principios del siglo XIX y aquí falleció dejando una profusa obra que tiene relación con nuestra historia, nuestras costumbres y, en general, con la evolución social de nuestro pueblo. Fué un ilustrador cuidadoso y veraz de la época que vivió y en sus cuadernos, apuntes y litografías se hallan interesantísimos elementos para la reconstrucción de la vida de Montevideo y del país en el siglo pasado. Sus trabajos caligráficos son también de subido mérito.

La exposición ha sido confiada a la Comisión Nacional de Bellas Artes y al Museo Histórico Nacional, y será realizada en el Salón Nacional de Bellas Artes en el mes de julio próximo.

He aquí el Decreto dictado por el Poder Ejecutivo, por intermedio del Ministerio de Instrucción Pública, que dispone la realización de esta exposición que tanto interés ofrece para el conocimiento de nuestra cultura:

Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social

Montevideo, Febrero 5 de 1946.

Considerando: el alto mérito de la obra de Juan Manuel Besnes e Irigoyen, quien documentó, con fidelidad histórica tradiciones y episodios de la vida nacional, por lo que debe ser considerado, no tan sólo como uno de los precursores de nuestro costumbrismo, sino de las artes del dibujo y de la pintura en nuestro país:

Atento: A que el Poder Ejecutivo ya ha patrocinado las exposiciones de Pedro Blanes Viale, Juan Manuel Blanes, Pedro Figari, entre los pintores nacionales, y la de Cayetano Gallino, por estar ligada la obra de este último a la evolución de nuestro arte.

Esas iniciativas tuvieron como finalidad ofrecer a la admiración de las actuales generaciones la obra de aquellos ingenios que tan brillantemente contribuyeron al prestigio y enriquecimiento del patrimonio artístico de la nación.

Considerando: Que en la obra de Juan Manuel Besnes e Irigoyen, por su valor costumbrista histórico y artístico, concurren méritos suficientes como para hacerla acreedora a la mayor difusión y al mejor conocimiento por parte del público,

El Presidente de la República

Resuelve:

Artículo 1º — La Comisión Nacional de Bellas Artes y el Museo Histórico Nacional organizarán una exposición de las obras de Juan Manuel Besnes e Irigoyen.

Art. 2º — Dicha exposición se hará en el Salón Nacional de Bellas Artes, en el mes de julio del año en curso.

Art. 3º — La Comisión Nacional de Bellas Artes y el Museo Histórico Nacional editarán, conjuntamente, un volumen destinado a hacer perdurable la obra de Besnes e Irigoyen. Esta publicación deberá comprender: una noticia histórica sobre Besnes e Irigoyen y su obra, que será preparada por el Museo Histórico Nacional. Una valoración artística de dicha obra que será realizada por la Comisión Naciónal de Bellas Artes. Un catálogo descriptivo de toda la obra de Besnes e Irigoyen, y la reproducción en color de todas las obras que se exhiban en la exposición.

El expresado volumen se efectuará independientemente del catálogo o guía que se edite con motivo de la exposición.

Art. 4º — Comuníquese a quienes corresponda, publíquese, etc.

AMEZAGA

Daniel Castellanos

UN RECUERDO DE OCHOA PARA BESNES E IRIGOYEN

La exposición de las obras de Besnes e Irigoyen que se realizará en el mes de julio da actualidad a una breve referencia que el ilustre escritor español, Don Eugenio de Ochoa, hace en su libro «París, Londres y Madrid», editado en París en 1861 por Dramard-Baudey y Cía. a tres obras de aquel artista que figuraron en la Exposición Universal de París de 1855.

Hace Ochoa una descripción muy detallada de aquella histórica muestra del progreso universal al mediar el siglo XIX y al final se refiere a la representación de los países de Hispano-América, la cual, salvo Méjico, fué muy escasa. Nuestro país, la Argentina, Colombia, Venezuela, Costa Rica y Guatemala, por haber llegado tarde, no figuraron en el Catálogo. Bolivia, Perú y Chile no enviaron sus muestras.

No obstante la circunstancia apuntada, el Uruguay figuró en la exposición y logró un premio muy honroso que no se refiere a su aporte industrial o comercial, sino a su aporte artístico. Ochoa registra el hecho con palabras que honran al artista expositor. Dice así: «Buenos Aires no ha remitido más que una selecta colección de minerales que ha sido premiada. Igualmente lo ha sido un expositor de Montevideo, el señor Bernes, por tres hermosos cuadros caligráficos que ha presentado.»

Este señor Bernes a quien se refiere Ochoa, es Don Juan Manuel Besnes e Irigoyen que en el certamen universal de París de 1855 representó a la cultura artística uruguaya y obtuvo un honroso galardón.

REVISTA HISTORICA

LAS TRATATIVAS DE PAZ DE 1838. LAS INSTRUCCIONES A LOS DELEGADOS DEL GOBIERNO DEL GENERAL ORIBE.

Sabido es que después de la batalla del Palmar cuyo resultado puso en jaque al Gobierno del General Oribe, la Asamblea General dispuso que se abrieran gestiones de paz con el General Rivera. El Poder Ejecutivo, en cumplimiento de esa disposición legislativa, designó a los señores Don Joaquín Suárez, Don Juan María Pérez y Don Carlos Gerónimo Villademoros para que entablaran negociaciones con el jefe de la revolución. Los comisionados se trasladaron a Durazno donde enfermó Don Juan María, teniendo éste que ser sustituído por Don Pedro Pablo Sierra.

Los delegados se pusieron en comunicación con el General Rivera, quien, obligado por las operaciones que había emprendido frente a Paysandú, invitó a aquellos a que se trasladaran a su cuartel general para lo cual les ofreció la escolta de la fuerza mandada por el Coronel Don Faustino López.

Las negociaciones de paz abiertas con el General Rivera no dieron resultado. El jefe revolucionario «no se encontraba, dice el General Díaz, en el caso de hacer concesiones, sino imposiciones». Esta afirmación es exacta; pero lo que hizo fracasar la misión de paz, fueron las instrucciones dadas a los comisionados, instrucciones cerradas que no daban margen a un arreglo razonable, cuyo texto no hemos visto publicado y que damos a continuación, pues ofrece verdadero interés para quienes estudien ese momento crítico de nuestra historia. Dice así ese documento:

«Ministerio de Guerra y Marina. — Montevideo, Julio 1º de 1838. — Instrucciones que deberán servir de base para una convención preliminar de paz entre el Gobierno de la República y el General Don Fructuoso Rivera, a las cuales deberá sujetarse la Comisión nombrada a ese fin por el Poder Ejecutivo a virtud del decreto de la Honorable Asamblea General de 9 del corriente que se acompaña en copia autorizada. — Art. 1º — Concédese la revocación del decreto de 5 de Agosto de 1836, (1), en virtud de haber degenerado en guerra civil, la rebelión que dió lugar a expedirlo. — 2º — Se suspenderán las hostilidades en todo el territorio de la República entre las dos partes contendentes. — 3º — Habrá un canje de prisioneros

(1) El decreto de 5 de Agosto de 1836 es el que declaró «traidor a la Patria y depuesto de sus empleos y honores» al General Don Fructuoso Rivera y traidor a la Patria y fuera de la ley al General Don Juan Lavalle e incursos en la misma condición a quienes siguieran la bandera de la revolución.

el todo por el todo de los que existiesen entre una y otra parte. — 4º — Se pondrán en libertad también por una y otra parte todos los individuos que se hallaren arrestados por causas puramente políticas. — 5º — Se dará libre tránsito al Comercio y abastos en toda dirección. — 6º — La fuerza al mando del General Rivera ocupará el Norte del Río Negro, y las fuerzas del Gobierno permanecerán en los puntos que ocupan en la actualidad. — 7º — El Gobierno y demás autoridades ocuparán el lugar en que hoy se hallan por la Ley hasta el 1º de Marzo del año próximo venidero. — 8º — Se socorrerá a la fuerza del General Rivera con una cantidad mensual proporcionada a las circunstancias del erario. — 9º — La Nación representada por sus legítimos apoderados de mancomún con los Ministros o Cónsules del Imperio del Brasil, la Gran Bretaña y Francia se constituyen responsables de guardar o hacer guardar los artículos de la convención que se pactase y que se sujetara a la ratificación del Gobierno y oportunamente a la aprobación de la Honorable Asamblea General de conformidad con su decreto. — *Pedro Lenguas.*»

REVISTA ANECDOTICA

LA SEVERIDAD DEL GENERAL SOLER

El general don Miguel Estanislao Soler era singularmente severo. Narra el general Brito del Pino en su «Diario de la guerra del Brasil» que habiendo dado parte de enfermo uno de los oficiales del primer regimiento, le mandó llamar y le preguntó qué enfermedad padecía. Contestóle aquél que sufría del pecho. Le preguntó entonces qué médico le asistía y el oficial replicó que lo asistía el cirujano don Ignacio Martínez. Le dijo entonces que se retirara y ordenó a Brito del Pino que llamara al nombrado cirujano, a quien interrogó acerca de la enfermedad del oficial.

El cirujano contestó que era encargado de la ambulancia del cuerpo de aquel oficial, pero que le constaba que se hallaba en plena salud, y que jamás le había asistido de enfermedad alguna.

El general despachó al cirujano e hizo comparecer en el acto al oficial y dirigiéndose al ayudante Brito del Pino le dijo:

—«Diga usted al jefe del señor, que lo ponga preso, incomunicado y con una barra de grillos para que no venga a engañar a los superiores y faltar a sus obligaciones.»

Agrega Brito del Pino que luego dijo que haría levantar «un tablado en medio del campo y allí había de degradar al oficial que se estuviera degradando hasta el grado de mentir y suponer enfermedades para faltar al servicio.»

BATALLON DE ASOLEADOS

Cuenta también Brito del Pino que el teniente coronel don Antonio Díaz se presentó al general Soler para decirle «que la hora del ejercicio no era muy buena y que se le habían asoleado algunos soldados».

Cuando se retiró el comandante Díaz exclamó el general Soler:

—«¡Vaya, vaya!, a este batallón será preciso llamarle Batallón de Asoleados! ¡Vea usted que soldados! Nada; es preciso hacer un fanal para cada soldado, para que no les dé el sol, ni el aire, ni nada, y entonces le llamaremos Batallón de Fanales!

LA ASTUCIA DE RIVERA

Producida la conquista de las Misiones por el general Rivera, el general Lavalleja despachó contra él al coronel don Manuel Oribe con instrucciones severísimas. Oribe debía operar conjuntamente con

el coronel López Chico que mandaba la división de fuerzas correntinas. Reunidos ambos jefes cruzaron el río Ibicuy y se situaron en el Paso de Pintos, donde se tirotearon las avanzadas de ambos ejércitos.

En tales circunstancias el coronel López Chico que tenía amistad con el general Rivera propuso al coronel Oribe lo autorizara a entrevistarse con el caudillo a fin de conocer la verdadera situación de su ejército. Convino en ello el Comandante general de campaña y el jefe correntino pasó al campo del general Rivera, quien lo acogió amistosamente.

El caudillo era suficientemente astuto para adivinar el objeto de la visita. Conocía, además, a fondo, a López Chico y sabía cual era el medio de vencerlo sin lucha. Hizo desfilar ante él sus regimientos, sus tiradores y su artillería, le exhibió su parque y maestranza, lo agasajó en el cuartel general y hablaron extensamente en la intimidad de la tienda de campaña sobre vastos y futuros planes.

—Coronel, —dijo por fin Rivera, posando en los pequeños y entornados ojos de su interlocutor su serena mirada, mientras asomaba a sus labios su maliciosa sonrisa—. para demostrarle mi amistad era mi deseo obsequiar a usted con una gruesa tropa de ganado de las arrebatadas al enemigo.

Al oir estas palabras un relámpago de codicia iluminó los ojos de López Chico, quien esquivó la inquisitiva mirada del general, el cual prosiguió:

—Pero temo que el ganado entorpezca los movimientos de su división y no quiero perjudicarlo. Sin embargo, la oferta está hecha.

—Gracias, general, replicó López Chico. Casualmente mis campos están flojos de ganado y su obsequio me vendrá muy bien. Lo acepto porque he resuelto separarme de don Manuel y volverme a Corrientes con mi división.

La maliciosa sonrisa de don Frutos se convirtió en contenida risa. Había dado en el blanco. Su astucia acababa de vencer al indio correntino y, al vencer a éste, acababa de vencer por segunda vez en esta campaña a don Manuel Oribe.

JUANICO EN LAS TULLERIAS

Al rayar el año 1865, en vísperas de caer el partido blanco del poder, vencido por la revolución encabezada por el general don Venancio Flores, se embarcó para Francia el doctor don Cándido Juanicó con las credenciales de ministro plenipotenciario de la República. Su misión era delicada pues debía gestionar el pronunciamiento de las cortes europeas en favor del gobierno claudicante de Montevido.

El emperador Napoleón III recibió afablemente el representante oriental, cuya situación era realmente difícil; pero la emperatriz fué aún más expresiva. Cuando don Cándido Juanicó se presentó en

los salones de las Tullerías para hacer la visita de protocolo a la soberana, Eugenia de Guzmán reconoció en seguida a quien había sido su amigo y contertulio en el palacio de la condesa de Montijo en la plaza del Angel de Madrid.

Sorprendida y encantada, cuando Juanicó se adelantó hacia ella y se inclinó para besarle la mano, la emperatriz Eugenia exclamó:

—«¡Es usted Juanicó!»

Y, ante la sorpresa del chambelán y de las damas de honor de la emperatriz, la visita protocolar del ministro de aquel pequeño y casi ignoto país de ultramar a la soberana de Francia se convirtió en la afectuosa entrevista de dos antiguos amigos.

BIBLIOGRAFIA

LA CABELLERA OSCURA, por *Clara Silva*. — Colección Paloma. Editorial Nova. — Buenos Aires, 1945.

Es éste el primer libro de la autora y, sin embargo, es un libro de definición y plenitud. Luego de leerlo y penetrarlo, —porque es preciso penetrarlo— no hay que hablar de promesas de futuro ni pronunciar palabras de estímulo. El poeta está en él tal como es, dueña de su instrumento, poseída del numen, y su obra lírica se ofrece sin cendales, como las estatuas antiguas, consciente de su don de belleza que es el más alto signo de soberanía e imperio. He aquí el primer elogio que hay que tributar a esta «nueva voz poética tan persuasiva por sí misma» como dice en su bellísimo estudio el eminente prologuista, Guillermo de Torre. El poeta no ha tenido impaciencia; ha mantenido el secreto de su mensaje interior hasta el momento floreal, lo ha modelado durante largos años con amorosa mano, en la soledad de sus «moradas», y solamente lo ha revelado en la hora en que el fruto estaba pleno y maduro. Singular virtud, egregia virtud que contrasta con la impaciencia que da lugar a la fácil improvisación, al boceto informe, al brote falto de sazón. La autora de este libro ha esquivado las tentaciones de la musa núbil y ha sabido esperar que madurara la mies para segar su campo y ofrecer entonces las opulentas gavillas. El título de la obra y la viñeta que exorna la portada pueden ser simple capricho de artista; pero acaso tengan un misterioso significado y representen algo como aquellos signos cabalísticos que los artistas del medioevo y del Renacimiento solían imponer a sus obras y que, más que producto de magia, eran secretas revelaciones para los iniciados. Acaso todo ello pueda vincularse a «El poema de la sangre», el primer poema del libro, enigmático poema en el que la autora, al referirse a un misterioso mundo de leyenda, dice: «Allí empiezan los varones de mi sangre — y las mujeres con sus vastos vientres, — pilares de mis sombras. — Un mar latino — abraza mi morena — raíz. — Colinas de olivares se recuerdan — en la curva ceñida de mi cuerpo. — Vagos, remotos pueblos de habla extraña — habitan tu caliente geografía. — Un áspero brevaje de conquista — dispersa como un viento las simientes antiguas. — A los ríos auríferos, — a los inmensos bosques — de caoba, — se va la dura flor de los linajes. — A saco las ciudades — quebrada su cintura — hendidas las doncellas — indias.» He ahí un bello misterio, un fascinante mito que agrega belleza antigua, belleza de mármoles traslúcidos, a este libro que resulta así como una ánfora llena de turbadoras esencias, en cuyo flanco la mano del artista pintó una oscura fábula que los hombres no logran interpretar. Esta «*suite*» lírica consta de seis partes tituladas «El canto de la sangre», a que ya nos hemos referido, «La cabellera oscura», «Las alabanzas», «Extasis de la memoria», «Destino» y «Formas del tiempo». La primera es el preludio del libro, al que sigue el desarrollo majestuoso de las otras partes que, ya toman el tiempo del «*andante*», del «*scherzo*» o del «*allegro*», pero que mantienen siempre la fuerza sinfónica y el acento patético. El prologuista pregunta ¿dónde situar en el maremágnum de la poesía contemporánea la voz lírica de este libro, «de qué hontanares nocturnos brota esta voz insospechada, surcada por vientos de intensa pasión, pero, al mismo tiempo, diestra en sofrenarse, tendida sensualmente hacia la vida, mas también replegada en sombras de meditación sobre los misterios últimos del alma?». Y aunque la pregunta no está contestada con aquella claridad latina que siempre se desea cuando de crítica se trata, barruntamos por el denso comentario, que esta poesía viene del ser y de la vida, del misterio del amor y de la muerte, y que ello es expresión espontánea y honda de esencial belleza realizada con los medios sensibles que la naturaleza y el arte prestan al

artista. No hay, pues aquí artificios de escuela o hueca retórica o invención personal intrascendente. Hay un poeta, un alto poeta, un maravilloso mundo imaginativo, una sensibilidad de excepción y un sabio dominio de los elementos de realización que tiene el hombre para dar forma a la belleza que crea su fantasía. De ahí la «reconciliación ejemplar» que anota el crítico entre estos dos conceptos: poesía y literatura. Estamos sí, frente a un poeta de verdad que así como el escultor modela la arcilla o esculpe el mármol y el pintor combina los colores y cubre con el pincel el lienzo, ella, artista de excelsa jerarquía, crea su obra y la entrega a la admiración desinteresada de los hombres hablándoles aquel lenguaje que es de todas las épocas, de todas las escuelas y de todas las latitudes.

ACERCANDOSE A ELLOS. DIEZ GENIOS DE LA MUSICA AL ALCANCE DE LOS NIÑOS, por *Ernestina Corma de Kussrow.* — Editorial Ceibo. Talleres La Industrial Gráfica Uruguaya. — Montevideo, 1945.

Este libro debiera ser difundido entre las familias y dado a leer a los niños, aunque también los que no lo son tienen mucho que aprender en sus páginas. En lenguaje sencillo pero elevado, tocado por encantadora intimidad, la autora narra a sus hijos, en forma a veces dialogada, la vida de los grandes músicos modernos: Bach, Haydn, Mozart, Beethoven, Schubert, Chopin, Schumann, Liszt, César Frank y Mussorgski. La vida de los ilustres compositores sirve de fuente de cultura y de enseñanza moral y a la vez de deleite espiritual. La biografía se engalana con la anécdota y con la definición de muchos elementos técnicos y no pocas apreciaciones críticas, con lo cual los lectores pueden constituir una base de conocimientos musicales; pero además se enriquece con ejemplos morales extraídos de la vida de los hombres ilustres estudiados, ejemplos que, en muchos casos, tienen que ser vigoroso estímulo para la formación del carácter de los pequeños lectores. Concluimos diciendo que este es un libro útil a la familia y a la cultura. Los padres tienen en él un precioso regalo para sus hijos. Pero, como además esta obra contiene excelentes elementos de información y está escrita en noble forma, capaz de interesar a todos, nadie perderá el tiempo recorriendo sus páginas y saludando en ellas las figuras de los grandes músicos de los últimos tres siglos, cuyas estampas cobran singular relieve y familiar encanto al ser trazadas por la experta mano de la autora, quien, con este libro agrega a sus notorios lauros artísticos lauros literarios de verdadera calidad.

JORGE MANRIQUE. FUENTES BIBLICAS DE SUS COPLAS, por *Eugenio P. Bergara.* — Editorial Ceibo. Talleres La Industrial Gráfica Uruguaya. — Montevideo, 1945.

Este erudito estudio, obra de verdadero humanista, que ahora toma forma de libro, fué publicado en nuestras páginas por el eminente autor que tanta autoridad tiene ya conquistada con su obra que abarca las bellas letras y las ciencias sociales. Demuestra el distinguido Profesor en este notable ensayo de investigación crítica haber penetrado, con verdadera agudeza y con seguro sentido filosófico, la obra del gran poeta español del siglo XV. La honda exégesis que hace de las famosas coplas a la muerte del Maestre de Santiago Don Rodrigo Manrique, padre del poeta, joya del parnaso español, es, acaso, la más vasta y completa emprendida por crítico alguno. Comprueba también este libro el singular conocimiento de los textos bíblicos que posee el autor, y lo acostumbrado que está a su manejo. En su empecinado estudio ha agotado las fuentes de inspiración y de sugestión que sirvieron al poeta para sus reflexiones religiosas, morales y filosóficas. Agrega aún a este acervo el erudito Profesor una reseña analítica de otras fuentes en que pudo haber bebido Manrique. Son ellas composiciones de poetas y escritores españoles y extranjeros. Y advierte todavía, a

título de observación crítica de carácter general, que el establecimiento del feudalismo, las Cruzadas y las luchas contra los árabes, acontecimientos históricos de extraordinaria trascendencia los tres, ejercieron verdadera influencia sobre las ideas del poeta, de quien dice: «En sus estrofas se simbolizan, en forma realmente admirable, en poesía de ritmo eterno, la inestabilidad de las cosas humanas, la solemnidad de la muerte y el triunfo de la fe sobre el escepticismo». El crítico cierra su estudio con este bello juicio sobre las coplas que, en su síntesis, es definitivo: «Pertenecen al pasado como al presente y al porvenir; no tienen patria ni edad; son como las estrellas, irradian su luz desde lo alto sin que estén subyugadas ni a la inmensidad del tiempo ni a la inmensidad del espacio.» No puede pedirse más claro concepto sobre el valor épico de las coplas. El humanista, el filósofo, el crítico y el escritor rivalizan en este precioso estudio de erudición y arte.

MEDIO SIGLO DE AERONAUTICA. HISTORIA DE LA AVIACION EN EL URUGUAY, por *Juan Carlos Pedemonte.* — Imprenta Militar. — Montevideo, 1944.

La edición de este interesante libro ha sido hecha por la Dirección de Aeronáutica Civil del Ministerio de Defensa Nacional. Se trata, pues, de una edición oficial en la que el autor, cuya obra literaria y de evocación histórica viene llamando la atención desde hace algunos años, hace una excursión retrospectiva a través de las tentativas y ensayos realizados en nuestro país, desde el año 1868 al de 1918, para navegar por los aires. Es una obra de verdadero interés en la cual, por primera vez en el Uruguay, se organiza con carácter orgánico un cuerpo de historia relacionado con la aeronáutica y la aviación. Este cuerpo de historia, además de su valor documental, tiene verdadero sabor anecdótico; y como el libro está escrito en prosa ágil y animada por la sensibilidad y la fuerza de evocación de que el autor ha dado ya excelentes muestras, en sus anteriores libros y en sus artículos periodísticos, se lee con verdadero interés, y a la vez que nos enseña, nos deleita, lo que es hacer el mejor elogio del escritor y del libro. Comprende éste dos partes; la aerostación y la aviación. La primera contiene el animado y pintoresco relato de las ascensiones en globo libre realizadas en el país: las del aeronauta francés Baraille, que remontan a 1868 y fueron epilogadas, cinco años después, con la pérdida del globo «Paz» y su valiente tripulante; la del mejicano Cevallos, famoso trapecista que fué víctima de la caída de su esférico: las del Capitán Martínez, de que fuimos testigos en 1887; las del globo «Portugal» que tripularon Angel Adami y Arturo P. Visca; las travesías de Jorge Newbery; las de Eduardo Bradley, Lezama, Perotti, Selaverry y Mazzolini y Nogueira, y, por fin, la travesía, en esférico, de Zuloaga y Bradley y el *raid* de Cesareo L. Berisso de 1917, que le valió el diploma de Piloto Aeronauta. La segunda parte registra los ensayos de los precursores de la aviación en el Uruguay, Pedro Márquez, Miguel Carrió, Alberto Eirale y José Tosquellas Puig; los importantes ensayos de Enrique Martínez Velazco asociado a los hermanos Rodolfo, Carlos, Julio y Armando Escofet; los vuelos de Cattaneo; la travesía del Río de la Plata por el Cabo Fels; la de Newbery y Lubbe, en la que cupo participación como pasajero al hoy Coronel José San Martín. Se hallan, además, historiadas, las primeras fundaciones de instituciones aeronáuticas; la construcción de los aviones de Francisco Eduardo Bonilla; el nacimiento de la aviación Militar; los vuelos del aviador inglés Barron; los de Domenjoz y su acrobacia; la breve y gloriosa historia de Ricardo Detomasi; la más larga y no menos intrépida de Angel Adami; los arriesgados vuelos de Silvio Pettirosi, víctima de su arrojo; el heroico sacrificio de Juan M. Boiso Lanza, etc., etc. Hemos hecho esta breve e incompleta enumeración al solo efecto de que los lectores se impongan del interés que ofrece este libro, cuya amena lectura proporciona horas de deleite y emoción y es realmente instructiva.

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

REVISTA NACIONAL

LITERATURA — ARTE — CIENCIA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

	En el país	En el Extranjero
Un semestre	$ 5.00	$ 6.00
Un año	» 10.00	» 12.00
Número suelto	» 1.00	» 1.20

Pago por adelantado en efectivo o en giro postal o bancario.

Se venden números sueltos en la Administración y en todas las librerías.

Director Honorario de Administración: JUAN PEDRO CORRADI.

Administración: Ministerio de Instrucción Pública. 25 de Mayo 376. Montevideo.

Teléfonos: 8 04 49 y 8 45 89.

Casa impresora: L.I.G.U., Paysandú 1011, Montevideo.

ADMINISTRACION NACIONAL DE COMBUSTIBLES, ALCOHOL Y PORTLAND
MONTEVIDEO — URUGUAY

Oficinas Centrales: 25 de Mayo 409. — Dirección Postal: Casilla Correo 869

Dirección Telegráfica: ANCAP. Montevideo

DIRECTORIO. — *Presidente:* Don Ricardo A. Ruiz; *Vicepresidente:* Don Latham Clarke; *Vocales:* Don Mario Segredo, Don Silvio Moltedo, Dr. Oscar Canessa.

La ANCAP ejerce los monopolios de alcohol y refinación de petróleo, otorgados por ley del 15 de Octubre de 1931.

Capacidad anual de la Refinería de Petróleo:

Petróleo crudo para elaborar	240:000.000 litros
Producción de nafta	130:000.000 »
» » kerosene	48:000.000 »
» » gas-oil	10:000.000 »
» » fuel-oil	35:000.000 »
» » gas de 2.500 calorías/mt.^{2}	10:000.000 mt.^{3}

Producción anual de la Planta Industrial de Alcoholes:

Capital anual de la Planta Industrial de Alcoholes:

Alcohol potable a 96°	6:000.000 litros
Anhidrido carbónico	130.000 kgs.
Farelo Fresco	7:500.000 »
Aceite	219.000 »
Tortas de germen de maíz	1:700.000 »

En la elaboración de estos productos se emplearán aproximadamente: 15:000.000 de kilos de maíz y 525.000 kilos de cebada.

ADMINISTRACION NACIONAL DE PUERTOS

DIRECTORIO

Presidente: Capitán de Navío don Juan M. Canosa; *Vicepresidente:* Don J. Américo Beisso; *Directores:* Don Horacio García Méndez, Ingeniero Don Santiago Michelini, Ingeniero Don José L. Buzzetti, Contador Don Bartolomé Vicens, Capitán de Navío Don Juan A. Guimil, Don César Benenati Roldós, Don Carlos Sapelli, Don Enrique Storace Bordaberry.

BANCO DE LA REPUBLICA

INSTITUCION DEL ESTADO

DIRECTORIO: *Presidente:* Gral. Arq. Alfredo Baldomir; Vice Presidente: Don Enrique Givogre; *2º Vice Presidente:* Dr. Alfredo García Morales; *Vocales:* Don Carlos Sapelli, Don Alberto Domínguez Cámpora; *Secretario General:* Don Raúl Montero Bustamante.

Gerente General: Contador Don Fermín Silveira Zorzi

El Banco de la República está dividido en dos grandes departamentos independientes: el propiamente bancario, regido por el Directorio, y el Departamento de Emisión, regido por el Consejo Honorario, integrado por el Directorio del Banco y representantes de la banca nacional y extranjera, del comercio y de la industria.

BANCO HIPOTECARIO DEL URUGUAY

Casilla de Correo, 79. — Plaza Constitución. — Montevideo

DIRECTORIO: *Presidente:* Don Andrés Martínez Trueba; *Vice Presidente:* Dr. José Irureta Goyena (hijo); *Vocales:* Arq. Diego Novoa Courras, Don Mario Sadí Barbé; *Gerente General:* Ing. Armando Aresti Hervé; *Secretario General Letrado:* Dr. Humberto E. Capozzoli; *Sub Gerente General:* Esc. Gerardo M. Romero.

CAPITAL		$ 5.000.000.00
RESERVAS Y PROVISIONES		» 23.826.435.35
AVALUO DE PROPIEDADES HIPOTECADAS:	Urbanas ...	» 263.430.600.00
» » » »	Rurales ...	» 127.677.500.00
VALORES HIPOTECARIOS EN CIRCULACION		» 170.391.750.00

SECCION FOMENTO RURAL Y COLONIZACION

CAPITAL	$ 5.000.000.00
RESERVAS Y PROVISIONES ...	» 2.830.595.96

BANCO DE SEGUROS DEL ESTADO

Creado por Ley de 27 Diciembre de 1911

DIRECTORIO: *Presidente:* Dr. Carlos María Sorín; *Vice Presidente:* Dr. Melchor Pacheco, Dr. Guillermo Rodríguez Guerrero, Dr. Benigno Paiva Irisarri.

ADMINISTRACION. — *Gerente:* Sr. Ignacio Reyes Molné; *Sub-Gerentes:* señores Américo Calamet, Julio D. Laguna y Luis J. B. Badetto; *Actuario:* Agr. Hugo Hormaeche; *Contador:* Sr. Francisco Castro; *Asesoría Letrada:* Dr. Arístides Delle Piane y Pedro P. Berro.

REALIZA TODA CLASE DE OPERACIONES DE SEGURO
CAPITAL TOTALMENTE INTEGRADO Y RESERVAS: $ 25:025.570.55

Agraciada esq. Mercedes — Montevideo - Uruguay

Caja Nacional de Ahorros y Descuentos

Dependencia del BANCO DE LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Sección Vales Amortizables. — Préstamos Amortizables a plazos hasta de 30 meses al más bajo interés de plaza. Cuotas de amortización de capital e interés; en 10 meses, $ 10.37; en 20 meses, $ 5.36; en 30 meses, $ 3.69. Trámite rápido.

Sección Administración de Propiedades. — Administramos propiedades garantizando el alquiler sin cobrar recargos. Nos encargamos de la venta de solares a plazos. Comisiones mínimas.

C.A.C.I.

CORPORACION AUXILIAR DEL COMERCIO Y DE LA INDUSTRIA LTDA.

SERA EL VIGIA DE SU PROPIEDAD INDUSTRIAL

M. DE FABRICAS, PATENTES DE INVENCIÓN, PRIVILEGIOS INDUSTRIALES.
CONSULTE NUESTROS FICHEROS MECANICOS, UNICOS EN EL PAIS SO-
BRE MARCAS DE FABRICA Y DE COMERCIO.
Oficinas: EDIF. DE LA BOLSA, Rincón 454 2° Piso - Escrit. 205-707-209 - ute 87-403

BANCO COMERCIAL

MONTEVIDEO

ESTABLECIDO EN EL AÑO 1857

EL MAS ANTIGUO DEL RIO DE LA PLATA

Casa Central: CERRITO N.° 400

Agencia AGUADA: Rondeau N.° 1918

Agencia CORDON: Constituyente 1450, esq. Médanos

Sucursales en

MELO — SALTO — PAYSANDU — MERCEDES

REALIZA TODA CLASE DE OPERACIONES BANCARIAS

Compañía Uruguaya de Navegación y Transportes Aéreos, S. A.

★

SERVICIO DIARIO DE PASAJEROS, AUTOMOVILES Y ENCOMIENDAS

entre

BUENOS AIRES - MONTEVIDEO
Y BUENOS AIRES - COLONIA

SERVICIO BISEMANAL DE CARGAS ENTRE

Montevideo, Fray Bentos, Paysandú y Salto

CON LA MOTO - NAVE

"CIUDAD DEL SALTO"

Salidas: 5, 15 y 25 de cada mes

Y EL BUQUE - MOTOR

"ARAPEY"

Salidas: 10, 20 y 30 de cada mes

★

Piedras 351, Tel. 8 48 81, 8 48 82, 8 48 83

TALLERES L.I.G.U. — CERRITO 740